

Cancionero

Francesco Petrarca



Advertencia de Luarna Ediciones

Este es un libro de dominio público en tanto que los derechos de autor, según la legislación española han caducado.

Luarna lo presenta aquí como un obsequio a sus clientes, dejando claro que:

- 1) La edición no está supervisada por nuestro departamento editorial, de forma que no nos responsabilizamos de la fidelidad del contenido del mismo.
- 2) Luarna sólo ha adaptado la obra para que pueda ser fácilmente visible en los habituales readers de seis pulgadas.
- 3) A todos los efectos no debe considerarse como un libro editado por Luarna.

Los que, en mis rimas sueltas, el sonido
oís del suspirar que alimentaba
al joven corazón que desvariaba
cuando era otro hombre del que luego he sido;

del vario estilo con que me he dolido
cuando a esperanzas vanas me entregaba,
si alguno de saber de amor se alaba,
tanta piedad como perdón le pido.

Que anduve en boca de la gente siento
mucho tiempo y, así, frecuentemente
me advierto avergonzado y me confundo;

y que es vergüenza, y loco sentimiento,
el fruto de mi amor é claramente,
y breve sueño cuanto place al mundo.

Porque una hermosa en mí quiso vengarse
y enmendar mil ofensas en un día,
escondido el Amor su arco traía
como el que espera el tiempo de ensañarse.

En mi pecho, do suele cobijarse,
mi virtud pecho y ojos defendía
cuando el golpe mortal, donde solía
mellarse cualquier dardo fue a encajarse.

Pero aturdida en el primer asalto,
sentí que tiempo y fuerza le faltaba
para que en la ocasión pudiera armarme,

o en el collado fatigoso y alto
esquivar el dolor que me asaltaba,
del que hoy quisiera, y no puedo, guardarme.

Fue el día en que del sol palidieron
los rayos, de su autor compadecido,
cuando, hallándome yo desprevenido,
vuestros ojos, señora, me prendieron.

En tal tiempo, los míos no entendieron
defenderse de Amor: que protegido
me juzgaba; y mi pena y mi gemido
principio en el común dolor tuvieron.

Amor me halló del todo desarmado
y abierto al corazón encontró el paso
de mis ojos, del llanto puerta y barco:

pero, a mi parecer, no quedó honrado
hiriéndome de flecha en aquel caso
y a vos, armada, no mostrando el arco.

IV

El que su arte infinita y providencia
demostró en su admirable magisterio,
que, con éste, creó el otro hemisferio
y a Jove, más que a Marte, dio clemencia,

vino al mundo alumbrando con su ciencia
la verdad que en el libro era misterio,
cambió de Pedro y Juan el ministerio
y, por la red, les dio el cielo en herencia.

Al nacer, no le plugo a Roma darse,
sí a Judea: que, más que todo estado,
exaltar la humildad le complacía;

y hoy, de una aldea chica, un sol ha dado,
que a Natura y al sitio hace alegrarse
donde mujer tan bella ha visto el día.

V

Si con suspiros de llamaros trato,
y al nombre que en mi pecho ha escrito Amor,
de que el LAUde comienza ya el rumor
del primer dulce acento me percato.

Vuestra REaleza, que hallo de inmediato,
redobla, en la alta empresa, mi valor;
pero ¡TAtel!, me grita el fin, que honor
rendirle es de otros hombros peso grato.

AL LAUde, así, y a REverencia, enseña
la misma voz, sin más, cuando os nombramos,
oh de alabanza y de respeto digna:

sino que, si mortal lengua se empeña
en hablar de sus siempre verdes ramos,
su presunción tal vez a Apolo indigna.

VI

Mi loco afán está tan extraviado
de seguir a la que huye tan resuelta,
y de lazos de Amor ligera y suelta
vuela ante mi correr desalentado,

que menos me oye cuanto más airado
busco hacia el buen camino la revuelta:
no me vale espolearlo, o darle vuelta,
que, por su índole, Amor le hace obstinado.

Y cuando ya el bocado ha sacudido,
yo quedo a su merced y, a mi pesar,
hacia un trance de muerte me transporta:

por llegar al laurel donde es cogido
fruto amargo que, dándolo a probar,
la llama ajena aflige y no conforta.

VII

Ociosas plumas, gula y somnolencia
del mundo a la virtud vedan la entrada,
y está casi del todo extraviada
nuestra índole, que al uso reverencia;

la luz del cielo extingue su influencia,
por la que nuestra vida es informada,
y por cosa admirable es señalada
de Helicon a querer fluvial fluencia.

De mirto y de laurel ¿qué anhelo existe?
Pobre y desnuda ve a Filosofía
la turba que del vil negocio es presa.

Pocos contigo irán por la otra vía:
oh espíritu gentil, pues la emprendiste,
magnánimo, no dejes tu alta empresa.

VIII

Cabe los cerros do, por vez primera,
los terrenales miembros vistió un día
la que despierta al que a tí nos envía
y llorar le hace en forma lastimera,

vida mortal, mas libre y placentera,
tuvimos, como toda bestia ansía,
sin temor de encontrar en nuestra vía
nada que nuestro andar nos impidiera

Mas del mísero estado en que nos vemos,
traídas de anterior vida serena,
sólo un consuelo, y el morir, tenemos:

venganza del que sufre fuerza ajena
y, al llevarnos así, ya en sus extremos,
queda sujeto por mayor cadena.

IX

Cuando el planeta que las horas cuenta
se alberga con el Toro nuevamente,
virtud cae de la cuerna incandescente
que al mundo da una nueva vestimenta;

no sólo a lo que al ojo se presenta,
ribera y montes, florecer consiente,
que, donde el día ya nunca se siente,
al humor terrenal preña y contenta,

y tal fruto con otros coger cuento:
así, el sol de las damas, si me hiere
los rayos de sus ojos esgrimiendo,

crea de amor palabra y pensamiento,
mas si los rige u ocultarlos quiere,
siempre sin primavera me estoy viendo.

X

De la esperanza nuestra gloriosa
columna, y aun del gran nombre latino,
al que no desvió del buen camino
de Jove airado lluvia tormentosa,

no aquí comedia y casa fastuosa,
sino, en cambio, un abeto, un haya, un pino,
entre la hierba y el alcor vecino,
que, al subirlo y bajarlo, el verso glosa,

al cielo hacen alzarse al intelecto;
y el rui señor que; en sombras, dulcemente
cada noche llorando se lamenta,

de razones de amor llena la mente:
mas tal bien trunca, y hace así imperfecto,
tu persona, señor, cuando se ausenta.

XI

Dejar por sol o sombra vuestro velo,
señora, yo no os veo,
desde que en mí advertísteis el deseo
que de mi alma ahuyentó todo otro anhelo.

Mientras mi alto pensar tuve encubierto,
que deseando dio muerte a mi mente,
vi vuestro rostro de ternura ornado;
mas desde que el Amor me hizo evidente,
el rubio pelo lo lleváis cubierto,
y el mirar amoroso ensimismado.
Lo que más deseaba me es quitado:
así el velo me trata,
con frío y con calor, y así me mata
de vuestra dulce luz nublando el cielo.

XII

Si del tormento áspero mi vida
puede guardarse, y de los desengaños,
tanto que vea en los postreros años
la luz de vuestros ojos extinguida,

la áurea melena en plata convertida,
dejar guirnaldas y vistosos paños,
y ajarse el bello rostro que, en mis daños,
me hace lento el lamento y me intimida:

al fin me dará Amor tanta osadía
que podré de mis penas descubrirlos
cuáles fueron el año y hora y día;

y aunque la edad me impida conseguiros,
que llegue al menos a la angustia mía
un socorro de ya tardos suspiros.

XIII

Cuando, entre las demás, de mi señora
viene, a veces, Amor en el semblante,
cuanto en belleza va ella por delante,
tanto crece el afán que me enamora.

Yo bendigo el lugar, y el tiempo y hora,
en que miré a una altura semejante.
y digo: «Da las gracias, alma amante,
por ser de tanto honor merecedora.

De ella es el amoroso pensamiento
que, siguiéndolo, al sumo bien te envía,
teniendo en poco lo que el vulgo ansía;

de ella viene la osada gallardía
que te encamina al cielo, con aliento
tal que, esperando, ufano ya me siento.»

XIV

Ojos cansados, mientras con anhelo
os vuelvo al bello rostro que os dio muerte,
cuidad de vuestra suerte,
que Amor ya os desafía, y yo me duelo.

Muerte sólo cerrar puede a mi mente
el camino amoroso que le muestra
de su salud el puerto deleitoso;
mas os puede ocultar la lumbre vuestra
causa menor, que menos cabalmente
estáis hechos que mi ánimo amoroso.
Antes que haya llegado al doloroso
llanto, oh dolientes, la cercana hora,
tomad, ya al fin, ahora
a tan largo penar breve consuelo.

Yo me vuelvo hacia atrás a cada paso,
mi cuerpo exhausto apenas soportando,
y de vuestro aire alivio voy tomando
que le ayuda a seguir, diciendo: «¡Ay, laso!»

Llamo al perdido bien y el tiempo paso,
con vida corta, largo trecho andando,
los pies detengo pálido y temblando
y mi abatida vista en llanto arraso.

Me asalta, en medio de la pena mía,
tal duda: ¿cómo vive separado
este cuerpo de su alma, tan lejana?

Pero responde Amor: «¿Has olvidado
que ésta es de los amantes regalía,
libres de toda cualidad humana?»

XVI

Se aleja el viejecito albo y canoso
del sitio en que su edad vio completada
y de su familita consternada,
que se queda sin padre y sin esposo;

desde allí, va llevando el flanco añoso,
ya de su vida en la postrer jornada,
con voluntad piadosa y esforzada,
quebrantado y con paso fatigoso;

Llega a Roma, su anhelo realizando,
para mirar el rostro del que un día
también allá en el cielo ver espera:

así a veces, ¡ay triste!, voy buscando,
hasta donde es posible, oh dueña mía,
vuestra anhelada forma verdadera.

XVII

Llanto amargo me llueve de la cara,
de suspiros entre un viento angustioso,
cuando hacia vos los ojos volver oso,
única que del mundo me separa.

Verdad es que la mansa risa clara
a mi ardiente deseo es un reposo,
pues cuando atento en vos la vista poso,
del fuego del martirio ella me ampara.

Pero luego mi espíritu se hiela
al ver cómo apartáis con gestos suaves
mis fatales estrellas, cuando os dejo.

Librada al fin con amorosas llaves,
por seguiros, del pecho el alma vuela;
y, pensativo, asaz de ella me alejo.

XVIII

Cuando estoy todo vuelto a aquella parte
do la faz de mi dama emana lumbre,
y hay en mi pensamiento tanta lumbre
que me quema y derrite parte a parte,

temo a mi corazón, por si se parte,
y cerca el final veo de mi lumbre;
me voy igual que un ciego, ya sin lumbre,
que a dónde va no sabe, pero parte.

De esta manera escapo de ser muerto,
mas sin huir tan presto que al deseo
no me lleve conmigo, como suelo.

Callado voy, pues el lenguaje muerto
a otros llorar haría, y yo deseo
que el llanto mío caiga solo al suelo.

XIX

Existen animales de tan fiera
vista que del sol mismo se defiende;
otros, a los que intensa luz ofende,
tan sólo por la noche salen fuera;

y otros, cuyo deseo loco espera
gozar tal vez del fuego, porque esplende,
su otra propiedad prueban, la que enciende:
la mía es, ay de mí; la última hilera.

No soy tan fuerte que la luz resista
de esta mujer, y no en los tenebrosos
lugares me protejo, ni en la tarde:

mas, con ojos enfermos y llorosos,
mirarla es mi destino y mi conquista;
y sé muy bien que voy tras lo que me arde.

XX

Me suele avergonzar que no esté siendo
por mí vuestra belleza puesta en rima,
pues que a ninguna más tuve en estima
desde que os vi por vez primera entiendo.

Mas que excede a mis fuerzas estoy viendo
obra que no sabrá pulir mi lima:
y por ello el ingenio que se estima,
helado, al laborar, se está sintiendo.

Abrí los labios, mas la voz no pudo
de mi pecho arrancar ningún acento,
¿pues qué voz ascender puede tan alto?

Me puse a escribir versos a menudo,
mas la pluma, la mano y el talento
fueron vencidos al primer asalto.

Mil veces, por tener, dulce guerrera,
con vuestros ojos paz, os he ofrecido
el corazón; mas no os ha complacido,
pues no mira tan bajo una altanera.

Y si algo de él otra mujer espera,
en débil esperanza ha consentido:
desdén lo que vos no habéis querido,
y mío no será como antes era.

Mas si no le ayudáis, si lo espantase,
en su exilio infeliz, pues no sabría
solo estar, ni acudir si otra le llama,

puede que el curso natural no hallase:
y grave culpa de los dos sería,
y mucho más de vos, pues mucho os ama.

XXII

Para todo animal que anida en tierra,
salvo algunos que tienen odio al sol,
tiempo es de trabajar mientras hay día;
mas cuando el cielo enciende sus estrellas,
cual torna a casa, cual se va a la selva
a descansar hasta que llega el alba.

Yo, desde que comienza, bella, el alba
a remover las sombras de la tierra,
despertando a las bestias de la selva,
no gozo treguas suspirando al sol;
luego, al ver llamear a las estrellas,
llorando voy, y deseando el día.

Cuando la noche ahuyenta al claro día,
y lo que es mi tiniebla es de otro el alba,
pienso en la crueldad de las estrellas
que me han formado de sensible tierra;
y al día yo maldigo en que vi el sol,

que me da aspecto de hijo de la selva.

No creo que paciese nunca en selva
ser tan feroz, de noche ni de día,
cual la que en sombras lloro y bajo el sol;
no el primer sueño cánsame, o el alba:
que, aunque sea mortal cuerpo de tierra,
viene mi firme amor de las estrellas.

Antes que vuelva a vos, claras estrellas,
o dé en el suelo en la amorosa selva,
dejando al cuerpo hacerse polvo y tierra,
¡viese en ella piedad!, que en sólo un día
puede enmendar mil años y, hasta el alba,
enriquecerme tras caer el sol.

¡Si la tuviera, tras marcharse el sol,
y tan sólo nos vieses las estrellas,
sólo una noche, y no llegase el alba;
y no se transformase en verde selva
por salir de mis brazos, como el día

que Apolo la seguía aquí en la tierra!

Mas yo estaré so tierra en seca selva
y al día llenarán chicas estrellas
antes que a tan dulce alba llegue el sol.

Del dulce tiempo de la edad primera,
que vio nacer y todavía en hierba
al fiero afán para mi mal crecido,
pues cantando el dolor se desacerba,
cantaré cómo libre entonces era,
hasta que Amor mi albergue no ha sufrido.
Luego diré de cómo le ha ofendido
en demasía, y cómo el resultado
es que sirvo de ejemplo a mucha gente;
aunque esté mi inclemente
estrago escrito, y haya fatigado
mil plumas: que en el valle y la ribera
el grave son de mis suspiros suena
dando fe al mundo de mi vida triste.
Y si aquí la memoria no me asiste,
como suele, discúlpela mi pena,
y un pensamiento que de tal manera
la angustia, que alejarse hace a cualquiera

y me fuerza a olvidarme: pues procura
lo de dentro, y me deja la envoltura

Digo que desde que, ay, por vez primera
me asaltó Amor, los años ya pasados
el juvenil aspecto me cambiaban;
y el corazón, envuelto en mis helados
pensamientos, de duro esmalte era
y mis afectos ya no se ablandaban.
Las lágrimas mi pecho aún no bañaban
ni rompían mi sueño, y yo creía
portento en otros lo por mí omitido.

¡Ay del que soy, y he sido!
La vida elogia el fin, la noche al día.
Que viendo aquel cruel que la potencia
del golpe de su flecha solamente
mis ropas traspasaba, aun siendo aguda,
a una fuerte mujer llamó en su ayuda,
y desde entonces se mostró impotente
ingenio o fuerza, o el pedir clemencia;

y los dos transmutaron mi existencia,
haciendo de hombre vivo laurel verde
que en la fría estación hojas no pierde.

¡Cómo quedéme, al darme cuenta un día
de que se transmutaba mi persona,
y mi cabello era la fronda donde
esperaba coger yo su corona!

Que los pies con que andaba y me movía,
pues cada miembro al alma le responde,
raíz se hicieron que la riba esconde
no del Peneo, si de un río más fiero;
y hechos ramas mis brazos vi al momento.
No menos pasmo siento
de blanca pluma al verme por entero
cubierto, y ver ya muerto y fulminado
mi esperar, que demás se remontaba.
Pues por no saber yo dónde ni cuándo
lo volvería a encontrar, solo y llorando
donde me lo quitaron siempre andaba
buscando por las aguas, y a su lado;

y ya mi lengua nunca ha silenciado,
mientras podía, su caída dura:
y el son me dio del cisne la blancura.

Por la amada ribera anduve tanto
que, si quería hablar, siempre cantaba,
con desusada voz merced pidiendo;
y nunca con dulzura tal templaba
ni hacer oía mi amoroso llanto,
del rigor mansedumbre requiriendo.
¿Cuál fue el sentir, si al recordar me enciendo?
Mas no es mucho decir, que lo que queda
por contar de mi dulce agria enemiga
es preciso que diga,
aunque sea tal que a todo hablar exceda.
Esta, que almas robar con la mirada
suele, mi corazón tomó en su mano,
diciéndome: «No digas nada de esto.»
La vi después y, siendo otro su gesto,
no la reconocí y, oh juicio humano,
le dijo la verdad mi alma asustada
y, al punto, su figura acostumbrada

recuperando, me dejó, ¡ay, cautivo!,
vuelto guijarro temeroso y vivo.

Tan, turbada me hablaba aquella hermosa
que yo temblaba dentro de la piedra,
oyendo: «¿Y si no soy quien has creído?»
Yo me decía: «Si esta me despiedra,
ninguna vida juzgaré enojosa;
dame, oh Señor, el llanto que he tenido.»
Cómo no sé: mas luego me he movido,
culpándome a mí mismo solamente,
porque entre vivo y muerto estaba absorto.
Mas, como el tiempo es corto,
no la pluma seguir puede a la mente
y, aunque escritas en ella, preteridas
mil cosas dejo, y de otras sigo hablando
que al que escuche le harán maravillarse.
Al corazón la muerte fue a enroscarse
y no pude librarlo ni callando,
o acorrer las virtudes afligidas.
Las vivas voces viendo prohibidas,

en tinta y en papel mi grito nuestro:
¡No soy mío, y, si muero, el daño es vuestro

Ante sus ojos, digno yo creía
haberme hecho, de indigno que antes era,
y esta esperanza hacía me atrevido:
mas del desdén ciega humildad la hoguera
o bien la enciende; y esto lo sabía
tras estar de tinieblas revestido:
que al rogarle, mi luz se había ido.
Y como alrededor yo no encontraba
sombra suya, ni huella de su paso,
como quien duerme al raso,
sobre la hierba un día descansaba.
Al rayo fugitivo allí acusando,
muy tristemente comencé a dolerme
y a su gusto dejé correr al llanto;
nunca el sol derritió de nieve el manto
como yo me sentía disolverme
y convertirme en fuente al pie de un pino:
mucho tiempo tuve húmedo el camino.

¿Quién vio que un hombre fuente se volviera?
Y lo que digo es cosa verdadera.

El alma a la que Dios gentil ha hecho,
pues otros no dispensan esta gracia,
semejante a su autor el temple tiene:
de perdonar, por ello, no se sacia
a quien, con humildad y amante pecho,
tras ofenderla, por mercedes viene.
Y si contra su estilo ella sostiene
que ha de ser muy rogada, en El se espeja,
que es porque el miedo de pecar aumente:
que no bien se arrepiente
de un pecado quien otro ya apareja.
Desde que mi señora, conmovida,
al dignarse mirarme, vio cómo era
mi castigo parejo a mi pecado,
benigna me volvió al primer estado.
Mas de este mundo nada el sabio espera:

nervios y huesos, siendo requerida,
me volvió piedra dura; y desunida
del peso antiguo voz fui que llamaba
a la Muerte, y que sólo a ella nombraba.

Alma errante (me acuerdo) y dolorida,
por extrañas cavernas apartadas
mucho lloré mi ardor intemperante,
pero al fin vi mis penas acabadas
y a mis miembros terrestres me vi unida
para un dolor sentir más lacerante.
Mi deseo llevé tan adelante
que de caza una vez, como solía,
me fui, y aquella fiera hermosa y cruda
vi que estaba, desnuda,
en una fuente, cuando más ardía
el sol. Y, como de otra no me pago,
a mirarla me puse y, vergonzosa,
por esconderse o por venganza rara,
con sus manos echóme agua a la cara.
Digo (y no es mi palabra mentirosa)

que arrancarme sentí mi propia imago
y solitario ciervo, que ahora vago
de selva en selva, pronto me volvía;
y huyendo sigo aún de mi jauría.

Canción, yo nunca he sido nube de oro
que hecha preciosa lluvia cayó un día,
tal que amenguó de Júpiter la hoguera;
pues llama que encendió un mirar yo era
y el pájaro que más alto subía,
alzando a aquella que en mi canto honoro:
por nueva faz nunca dejé al que adoro
primer laurel, que hasta su sombra grata,
si es menos bello, a todo placer mata.

XXIV

Si aquella fronda que los golpes para
del cielo, cuando truena Jove airado,
no la corona hubiérame negado
que en premio a los poetas se depara,

a vuestras diosas algo más amara,
a las que el siglo vil ha abandonado;
pero tamaña injuria me ha apartado
de la que las olivas inventara

que no hierve la arena en Etiopía
como ardo yo, bajo su sol ardiente,
porque he perdido lo que más quería.

Buscad un manantial, ay, más tranquilo,
porque ningún licor mana mi fuente,
salvo aquel que llorando yo destilo.

XXV

Amor lloraba, y yo con él gemía,
del cual mis pasos nunca andan lejanos,
viendo, por los efectos inhumanos,
que vuestra alma sus nudos deshacía.

Ahora que al buen camino Dios os guía,
con fervor alzo al cielo mis dos manos
y doy gracias al ver que los humanos
ruegos justos escucha, y gracia envía.

Y si, tornando a la amorosa vida,
por alejaros del deseo hermoso,
foso o lomas halláis en el sendero,
es para demostrar que es espinoso,
y que es alpestre y dura la subida
que conduce hacia el bien más verdadero.

Más alegre que yo no toma tierra
nave que por las olas fue vencida,
cuando se ve a la gente conmovida
hincarse de rodillas en la tierra;

ni más alegre, al verse libre, yerra
quien la soga a su cuello vio ceñida,
que yo, viendo la espada desceñida
que movió a mi señor tan larga guerra.

Y cuantos al Amor loáis en rima
al que tejió de amor dichos selectos,
si antes se equivocó, mostradle estima:

que el reino goza más de los electos
por uno convertido, y más se estima,
que por noventa y nueve ya perfectos.

XXVII

El sucesor de Carlos, que la coma
con la antigua corona ya ornamenta,
se arma para romper la cornamenta
De Babilonia y quien su nombre toma

Al vicario de Cristo el peso doma
de manto y llaves, e ir al nido intenta,
y, si no le desvían, llegar cuenta,

tras ver Bolonia, hasta la noble Roma

Vence vuestra gentil noble cordera
fieros lobos: y así sea tratada
gente que amor legal desempareja.

Por tanto, consolad a la que espera,
y a Roma, que del cónyuge se queja;

y por Jesús ceñíos ya la espada.

XXVIII

Oh esperada en el cielo, alma ferviente
y bella, que del cuerpo vas vestida,
no, como las demás, con él cargada:
para hacerte más suave la subida,
predilecta de Dios, sierva obediente,
que lleva de su reino hasta la entrada,
mira otra vez tu barca aparejada,
vuelta su espalda al mundo ciego y duro,
para ir a mejor puerto,
de un viento occidental camino cierto;
el cual, por medio de este valle oscuro,
do lloramos el nuestro y otro entuerto,
la llevará, de antiguos lazos suelta,
por camino seguro,
al puro oriente hacia el que se halla vuelta.

Tal vez los amorosos ruegos santos
y el santo sollozar de los mortales

hayan llegado a la piedad superna;
y no han sido, tal vez, tantos ni tales,
ni sus méritos fueron nunca tantos,
que a ellos cediera la justicia eterna;
pero el benigno que al cielo gobierna
al lugar donde fue crucificado
su gracia envía, y mira,
y al nuevo Carlos en el pecho inspira
venganza, que nos daña al demorarla,
por la que Europa hace años que suspira,
y que es socorro de su amante esposa,
tal que, con anunciarla,
inquieta a Babilonia temerosa.

Todo el que mora del Garona al monte
y entre el Ródano, el Rin y el mar salado,
las enseñas cristianas acompaña;
y el que esté de la fama enamorado,
del Pirineo al último horizonte,
despoblará, con Aragón, a España;

de Inglaterra y las ínsulas que baña,
del Carro a Calpe, el Oceano ingente,
hasta do se pregona
la ciencia del santísimo Helicon,
entre distintas armas, lengua y gente,
tan alta empresa caridad abona.
¿Cuándo él amor al hijo y a la esposa
fueron tan justamente
tratados de manera desdeñosa?

Una parte del mundo siempre yace
entre los hielos y la helada nieve,
del camino del sol muy alejada;
y, bajo el día nebuloso y breve,
odiando ya la paz, en ella nace
gente feroz a quien morir no enfada;
y si, con devoción no acostumbrada
y tudesco furor, la espada ciñe,
la mahometana gente
y la que es a los dioses obediente
de acá del mar que rojo color tiñe,

tú debes ver si acaso es excelente
pueblo desnudo, temeroso y lento,
que con hierro no riñe,
pues sus golpes confía siempre al viento.

De retirar el cuello el tiempo viene
del yugo antiguo, y de rasgar el velo
con que se oscureció nuestra mirada;
y de que el noble ingenio que del cielo,
por gracia del eterno Apolo tiene,
muestre, y que su elocuencia sea mostrada
con la lengua o con tinta celebrada:
que, si de Orfeo y de Anfión leyendo,
tu alma no se sorprende,
ver a Italia y sus hijos más se entiende,
que, de tu claro hablar el son oyendo,
despierta y por Jesús la lanza prende;
pues si la antigua madre ve lo cierto,
nunca tuvo, riñendo,
mayor razón ni más gentil acierto.

Tú, que el papel antiguo y el moderno
viste, para un tesoro así ganarte
y al cielo con tu cuerpo has ascendido,
sabes bien, desde el vástago de Marte
al grande Augusto que del lauro eterno,
tres veces triunfador, se vio ceñido,
cómo Roma su sangre ya ha vertido
saliendo de los otros en defensa:
¿por qué ahora no sería,
no generosa, sí obligada y pía,
al vindicar la despiadada ofensa
al hijo glorioso de María?
¿Qué, entonces, de la humana ayuda espera
la adversa parte, o piensa,
sí Cristo se halla en la contraria hilera?

Mira el osar de Jerjes temerario,
que ultrajó, por llegar a nuestros lidos,
con nuevos puentes la extensión marina;
y verás cómo, muertos sus maridos,

visten las persas negro funerario,
y enrojado el mar de Salamina
Y no sólo esta miserable ruina
de aquel infeliz pueblo del Oriente
te promete victoria,
mas Maratón, do se cubrió de gloria
quien, león, lo guardó con poca gente,
y otras mil que conoces por la historia:
que humillar ante Dios mucho conviene
la rodilla y la mente,
pues destinado a tanto bien te tiene.

Verás Italia y la honorable orilla,
canción, que a mí me oculta en la contienda,
no mar, monte o corriente,
más sólo Amor, que con su luz valiente
más me enamora porque más me encienda,
que ante el uso Natura es impotente
sin perder a las otras, vete ahora,
que no sólo do hay venda
se alberga Amor, por quien se ríe y llora.

XXIX

Rojo, oscuro o violáceo ornamento
nunca dama ha vestido,
ni en rubia trenza el oro retorció,
tan hermosa como esta que ha robado
mi arbitrio, y con la cual de libertad
pierdo el camino; y no voy sosteniendo carga
menos pesada.

Y si a veces dispónese al lamento
mi alma, que no ha tenido
consejo, y su martirio la extravía;
su vista, del deseo desenfrenado
la frena, y de la loca actividad
libra al pecho; y suaviza estarla viendo
el desdén de la amada.

De cuanto fue de amor mi sufrimiento,
y lo que aún no he sufrido,
hasta que al pecho cure quien mordía
sin piedad, que aún lo tiene enamorado,
venganza habré; si no, contra Humildad,
Orgullo e Ira, el paso interrumpiendo,
dejan la llave echada.

La hora y día en que al blanco y negro, atento,
la vista he dirigido,
que me expulsó de donde Amor corría,
nueva raíz de este vivir cuitado
fueron -y la que admira a nuestra edad-
y es plomo o leño quien lo está advirtiendo
con alma no espantada.

Lágrima que derrama el sentimiento,
por las que el dolorido
lado izquierdo me bañan, que sufría
antes las flechas, no al querer ha ahogado,

que la sentencia cae con equidad:
y es justo que ella, que la está afligiendo
lave al alma llagada.

Se me ha vuelto disorde el pensamiento:
cual yo cansada, ha habido
quien la adorada espada a sí volvía;
no a ella le pido verme liberado:
que al cielo el más derecho es, en verdad,
su camino, y para él no estoy queriendo
nave más aviada.

Suaves estrellas, acompañamiento
de aquel seno elegido
cuando al mundo el buen parto descendía,
que aquí es estrella, y verde ha conservado,
como hoja en el laurel, la honestidad,
do no. cae rayo y ser no esté temiendo
por el viento alterada.

De elogiarla en sus versos, el intento
sé que desfallecido
al más digno poeta dejaría:
¿tiene el recuerdo un sitio que adecuado
sea a tanta virtud, tanta beldad,
y valor que en sus ojos voy leyendo,
del pecho llave amada

No hay, dama, para Amor, so el sol luciendo
prenda más adorada.

XXX

A una joven bajo un verde laurel
Vi más blanca y más fría que la nieve
que no golpea el sol por años y años;
y su voz, faz hermosa y los cabellos
tanto amo que ahora van ante mis ojos,
y siempre irán, por montes o en la riba.

Irán mis pensamientos a la riba
cuando no dé hojas verde el laurel;
quieto mi corazón, secos los ojos,
verán helarse al fuego, arder la nieve:
porque no tengo yo tantos cabellos
cuantos por ese día aguardara años.

Mas porque el tiempo vuela, huyen los años
y en un punto a la muerte el hombre arriba,

ya oscuros o ya blancos los cabellos,
la sombra ha de seguir de aquel laurel
por el ardiente sol y por la nieve,
hasta el día en que al fin cierre estos ojos.

No se vieron jamás tan bellos ojos,
en nuestra edad o en los primeros años,
que me derritan como el sol la nieve:
y así un río de llanto va a la riba
que Amor conduce hasta el cruel laurel
de ramas de diamante, áureos cabellos.

Temo cambiar de faz y de cabellos
sin que me muestre con piedad los ojos
el ídolo esculpido en tal laurel:
Que, si al contar no yerro, hace siete años
que suspirando voy de riba en riba,
noche y día, al calor y con la nieve.

Mas fuego dentro, y fuera blanca nieve,
pensando igual, mudados los cabellos,
llorando iré yo siempre a cada riba
por que tal vez piedad muestren los ojos
de alguien que nazca dentro de mil años;
si aún vive, cultivado, este laurel.

A oro y topacio al sul sobre la nieve
vencen blondos cabellos, y los ojos
que apresuran mis años a la riba.

Esta ánima gentil que ahora parte,
llamada antes de tiempo a la otra vida,
si arriba es cuanto debe agradecida,
tendrá del cielo la más santa parte.

Si queda entre la tercia luz y Marte,
la luz del sol será descolorida:

por verla será de almas circuída
su belleza que excede a todo arte.

Si se posara bajo el cuarto nido,
ninguna de las tres sería tan bella,
todo el renombre en ella reunido;

no habitaría el quinto giro ella;
y si vuela más alto, sé vencido

con Jove al resplandor de cada estrella.

XXXII

Cuanto más me avecino al postrer día,
que a la humana miseria hace más breve,
más veo al tiempo andar veloz y leve,
y a mi esperanza en él falsa y vacía.

Poco andaremos -digo al alma mía
de amor hablando, mientras grave lleve
el peso terrenal que, como nieve
se funde; que a la paz así nos guía:

porque con él caerá aquella esperanza
que me hizo devanear tan largamente,
y la risa y el llanto, y miedo e ira;

veremos claro que frecuentemente
lo que es dudoso es otro quien lo alcanza
y que, a menudo, en vano se suspira.

XXXIII

Ya la amorosa estrella llameaba
por Oriente, y la otra, que celosa
a Juno pone, bella y luminosa,
por Septentrión sus rayos carreteaba;

descalza aún, la viejecita hilaba,
tras atizar las brasas, hacendosa;
y a los amantes era la hora odiosa,
pues a menudo al llanto los llamaba,

cuando a mi corazón, casi muriendo,
mi esperanza llegó, no por la vía
que había el sueño y el dolor cerrado;

¡qué cambiada, ay de mi, yo la veía!
Y parecía decir: .¿Qué estás temiendo?
Ver estos ojos aún no te es vedado.»

XXXIV

Apolo, si el deseo ha perdurado
que te inflamaba en la tesalia onda,
y si a la amada cabellera blonda,
tras tantos años, no la has olvidado,

del perezoso hielo y tiempo airado,
que durará mientras tu faz se esconda,
defiende a la honorable y sacra fronda
en que, después que tú, yo me he enredado;

y por virtud de la esperanza amante
que te hizo soportar la vida acerba,
bórrale al aire los nubosos trazos;

y admirados veremos al instante
a nuestra dama estar sobre la hierba
y hacerse sombra con sus propios brazos.

XXXV

Voy midiendo -abstraído, el paso tardo-,
los campos más desiertos, lentamente;
por si he de huir, mi vista es diligente:
que ante una huella humana me acobardo.

' No sé hallar más defensa ni resguardo
del claro darse cuenta de la gente,
porque en el comportarme tristemente
desde fuera se ve que por dentro ardo:

tanto, que creo ya que monte y río,
ribera y selva saben el talante
de mi vida, pues no hay otro testigo.

Mas camino tan áspero y bravío
no hallo en que Amor no sea mi acompañante:
yo con él razonando, y él conmigo.

XXXVI

Si muriendo creyera ser librado
del pensar amoroso que me aterra,
con mis manos ya habría puesto en tierra
aquel peso y mi cuerpo tan odiado;

mas temiendo a tal paso ser llevado
de llanto en llanto, y de una en otra guerra,
aún del lado de acá, pues se me cierra,
medio me quedo, y casi lo he pasado.

Ya es hora de que hubiera despedido
la última flecha la inhumana cuerda
en otra sangre ya barcada y tinta;

y a aquella sorda, y al Amor, lo pido:
que ella con su color la faz me pinta
y de llamarme a si nunca se acuerda.

XXXVII

Tan débil es el hilo al que confío
mi fastidiosa vida
que, si no es socorrida,
pronto verá su ruta terminada:
porque después de mi cruel partida
de aquel dulce bien mío,
de una esperanza fío
que me mantiene vivo en la jornada,
diciendo: «Aunque privada
sea de la amada vista,
la triste alma resista;
¿quién sabe si mejor tiempo le espera,
y edad más lisonjera,
o si el perdido bien se reconquista?».
Esta esperanza me sostuvo un día
y, al menguar, me entretiene en demasía.
El tiempo pasa, y quiere que me apronte
para el viaje inminente,
y espacio suficiente

no hallo para pensar en la partida:
de sol apunta un rayo por Oriente
y, al punto, al otro monte
del opuesto horizonte
ves que llega por larga vía torcida.
Es tan corta la vida,
tanto el cuerpo flaquea
de la humana ralea,
que cuando ya me veo separado
del bello rostro amado,
y el deseo no vuela, y aletea,
del consuelo usual poco subsiste,
ni sé si durará mi vida triste.
Todo lugar me aflige en que no veo
los bellos ojos suaves
que tenían las llaves
del pensamiento, mientras Dios quería;
y porque mis retiros sean más graves,
si duermo o me meneo,
ya nada más deseo,
pues me enfadó lo que después veía.
Cuánta montaña umbría,

cuánto mar, y corriente,
me esconden su luciente
mirada, que el cenit esplendoroso
me volvió tenebroso,
para que al recordar más me impaciente,
y cuánto era mi vida jubilosa
me enseñe la presente, tan odiosa.
¡Triste!, si razonando yo renuevo
aquel deseo ardiente
que me nació en la mente
cuando a mi mejor parte di de lado,
y si amor del olvido cruzó el puente,
¿quién me conduce al cebo
y a un mayor dolor nuevo?
¿Y por qué antes no callo, ya empiedrado?
Nunca el vidrio ha mostrado,
ciertamente, por fuera
el color que cubriera
igual que el alma desolada muestra,
clara, la pena nuestra,
y aún más del pecho la dulzura fiera,
por los ojos que, el llanto deseando,

siempre quien se lo apague están buscando.
¡Raro placer, que así al ingenio humano
frecuentemente lleva
a querer cosa nueva
que más suspiros a acoger invita!
Y uno soy yo que al llanto ama y aprueba;
y de sutil me ufano
porque lloro y me afano
y el corazón con más dolor palpita;
y, como a ello me incita
de una bella mirada
el razonar, y nada
tanta emoción me hace sentir adentro,
suelo correr, y entro,
dónde la pena sea más extremada,
y a ojos y corazón castigo ofenda,
que de amor me guiaron por la senda.
Las trenzas de oro de que el sol se siente
tal vez de envidia lleno,
y ese mirar sereno
donde el fuego de Amor está encendido,
por los que antes de tiempo muero y peno,

y el razonar prudente,
en el mundo infrecuente,

que, como don gentil, míos ya han sido,
se me quitan, y olvido
más cuanto pueda herirme
que privado sentirme
de ese saludo angelical magnánimo
que despertaba en mi ánimo
la virtud, y me hacía consumirme:
y así cosa ninguna ya no espero
que no me induzca al llanto lastimero.
Y, para que llorar más me contente,
esas manos sutiles
y los brazos gentiles,
y ese proceder suave y altanero,
y el humilde desdén, y juveniles
senos, y el pecho ardiente,
torre de su alta mente,
me cela este lugar alpestre y fiero;
y ya no sé si espero
ver vivo a mi señora,

puesto que, hora tras hora,
se yergue la esperanza y no se afirma,
y al caer me confirma
que no he de ver a la que el cielo honora,
do Honestidad se alberga, y Cortesía,
y donde ver mi albergue yo querría.
Canción, si el dulce sitio
de nuestra dama ves,
bien creo yo que crees
que ella te tenderá la mano bella,
que yo estoy lejos de ella.
No la toques; sumisa y a sus pies,
dile que en cuanto pueda iré sin duda,
con carne y huesos o alma ya desnuda.

XXXVIII

Orso, nunca hubo estero ni corriente,
sombra de rama o muro, o de collado,
niebla, que es lluvia o cielo encapotado,
mar, ni río que a él vuelva hecho afluyente,

ni impedimento del que me lamente,
de nuestra vista obstáculo extremado,
como el velo que oculta el rostro amado,
y parece que diga: «Llora y siente.»

Y de ese inclinar de ojos, que el contento
me quita, por orgullo o por recato,
por el que moriré antes de la cuenta,

y de una blanca mano, siempre atenta
a provocar mi angustia, me lamento,
que un escollo es, si de mirarla trato.

XXXIX

Tanto de ese mirar temo el asalto
en que Amor, con mi muerte, se aposenta,
que huyo cual niño al que la vara ahuyenta,
y hace tiempo que he dado el primer salto.

En adelante, fatigoso o alto
lugar no habrá que yo ambición no sienta
de escalar, evitando a la que intenta
hacerme esmalte de sentidos falto.

Luego si en ir a veros he tardado,
por no acercarme a la que me destruye,
no indisciplinable fallo tal vez fuera.

Digo más, que el volver aquel que huye,
y el corazón del miedo haber librado,
de mi fe han sido prueba, y no ligera.

XL

Si Amor o Muerte no hacen al tejido
que estoy urdiendo nada de dañoso,
y si me desenvuelvo en lo viscoso,
y lo hago de verdades bien tupido,

en nuevo estilo, con el viejo unido,
quizás logre un trabajo artificioso,
del que -con aprensión decirlo oso
hasta en Roma podrás oír el ruido.

Mas si, para acabar la obra luego,
un poco de hilo santo me es preciso
de aquel que le sobró a mi padre amado,

¿por qué a abrirme la mano eres remiso,
contra costumbre? Abrela ya, te ruego,
y verás cuán bello es el resultado.

XLI

Cuando del propio sitio se está yendo
el árbol que amó Febo en cuerpo humano,
suspira y suda en su obrador Vulcano,
a Júpiter de dardos proveyendo:

el cual nieva, o tronando está y lloviendo,
sin honrar a César más que a Jano;
llora el mundo, y el sol se halla lejano,
en otra parte a su adorada viendo.

Cobra entonces valor Saturno y Marte,
cruelles estrellas; y Orión armado
timón y velas al marino parte;

a Neptuno y a Juno, Eolo turbado
hace sentirse, igual que a mí, si parte
el rostro en las alturas esperado.

XLII

Mas cuando el sonreír humilde y llano
ya más no esconde su belleza rara,
sería esfuerzo vano que forjara
aquel antiguo herrero siciliano:

que armas no tiene ya Jove en la mano,
de las que en Mongibelo le templara,
y su hermana es de nuevo bella y clara
de Apolo en la mirada, mano a mano.

La costa occidental un aura ha alzado
que hace seguro el navegar sin arte,
y a los prados de flores ha vestido;

y cuanta estrella es enojosa parte,
porque la ahuyenta el rostro enamorado,
por el que tanto llanto se ha vertido.

XLIII

Por vez novena, el hijo de Latona
desde el balcón miraba soberano,
por la que había suspirado en vano,
que hoy de otro los suspiros emociona.

Ya que, cansado de alumbrar la zona,
no halló su albergue, próximo o lejano,
se nos mostró lo mismo que hombre insano,
que no halla a una amadísima persona.

Y se quedó -tan triste estaba- aparte,
y volver no vio al rostro que alabado
será en papeles mil, si yo no muero;

y la piedad lo había ya cambiado,
y los ojos lo habían bañado en parte:
mas el aire siguió como primero.

XLIV

El que, en Tesalia, mano diligente
tuvo, y de civil sangre la manchaba,
la muerte de su yerno lamentaba,
viendo la faz sabida ante él presente;

y el pastor que a Goliat rompió la frente,
por su indócil familia sollozaba,
y sobre el buen Saúl la faz cambiaba,
de lo que el fiero monte se resiente.

Mas vos, a quien piedad no descolora,
y que siempre oponéis defensas fuertes
contra el arco de Amor, que en vano tira,

me habéis visto vejado por mil muertes:
y no han vertido llanto hasta esta hora
vuestros ojos, si no ha sido de ira.

XLV

Mi antagonista, en el que ver soléis
los ojos que el Amor, y el cielo, honora,
con belleza no suya os enamora:
que excede a la mortal la que tenéis.

Del dulce albergue mío vos me habéis
echado, por consejo de él, señora:
mísero exilio, aunque creyera ahora
no ser digno de estar do sola estéis.

Mas si allí fuertemente fui clavado,
nunca el espejo contra mí debía
hacerse, complaciéndoos, tan superba.

Sea por vos Narciso recordado,
que al mismo fin lleva una y otra vía,
sin que os merezca, vuelta flor, la hierba.

XLVI

El oro y perlas y el floral tocado
que ajar debió el invierno riguroso,
son púas cuyo extremo ponzoñoso
se me clava en el pecho y el costado.

De mis días será el curso truncado,
Que un gran dolor no suele hacerse añoso;
y al homicida espejo culpar no oso:

que, al miraros a vos, le habéis cansado.
Este impuso silencio al clamoreo
de mi señor, cuando por mí pedía,
viendo en vos terminar vuestro deseo;
fue fabricado sobre el agua umbría

del abismo, y bañado en el Leteo,
donde empezó a nacer la muerte mía.

XLVII

Desfallecer sentía yo en mi seno
la virtud que de vos recibe vida;
y porque naturalmente se cuida
contra la muerte todo ser terreno,

largué rienda al deseo, al que hoy refreno,
y por la senda fue casi perdida:
porque a ella noche y día me convida,
aunque a otra, en contra suya, lo condeno.

Y me condujo, lento y vergonzoso,
a ver los bellos ojos, que no veo
cuanto quiero, por no serles gravoso.

Que viviré algo más es lo que creo,
gracias a ese mirar tan luminoso;
y moriré, si no atiendo al deseo.

XLVIII

Si el fuego con el fuego no parece
ni hay río al que la lluvia haya secado,
pues lo igual por lo igual es ayudado,
y a menudo un contrario al otro acrece,

Amor -que un alma en dos cuerpos guarece-,
si has siempre nuestras mentes gobernado,
¿qué haces tú que, de moda desusado,
con más querer, así el de ella decrece?

Tal vez igual que el Nilo que, cayendo
desde muy alto, su contorno atruena,
o cual sol que, al mirarlo, está ofuscando,

el deseo que consigo no consuena,
en su objeto extremado va cediendo
y, al espolear demás, se va frenando.

XLIX

Aunque te haya guardado de mentira
y en cuanto puedo te haya enaltecido,
ingrata lengua, nunca me has rendido
honor, y me has pagado con tu ira:

que, cuando por mercedes más suspira
mi corazón, si ayuda te he pedido,
fría, un discurso errado has proferido
semejante al que el sueño nos inspira.

Lágrimas tristes, vos me acompañáis
por la noche, aunque estar solo quisiera,
y luego huís donde mi paz se halla;

y vos, que angustia y pena me causáis,
suspiros, quebrantados salís fuera:
sólo mi faz del corazón no calla.

L

Cuando el cielo más rápido se inclina
hacia Occidente, y nuestro día vuela
donde otra gente ya lo está esperando,
sola, y cansada ya, la viejezuela
que en un país lejano peregrina,
más se apresura, el paso redoblando,
y, tan solita estando
al fin de la jornada,
quizás es consolada
por un breve reposo, en el que olvida
el tedio de la vía recorrida.

Mas, ay de mí, cuanto dolor me aqueja
de día, más la herida
me encona, si la eterna luz nos deja.

Apenas vuelve el sol las inflamadas
ruedas, llega la noche y se descuelga

la sombra de la sierra y, como aumenta,
el labrador avaro el arma cuelga
y, para ver sus penas ahuyentadas,
con sus alpestres notas se contenta;
y a la mesa se sienta,
con tan pobre comida
como la preterida
de bellotas, que todo el mundo honora.
Mas quien quiera se alegre en buena hora,
que una alegre, ni aun quieta,
no he tenido hasta ahora,
ni por giro de cielo ni planeta.

Cuando el pastor al gran planeta observa
y ve a su luz bajar hacia su nido
y oscurecer las tierras del Oriente,
coge el cayado, tras haberse erguido,
dejando hayas y fuentes, y la hierba,
y a su ejército mueve lentamente;
y lejos de la gente
la choza o la espelunca

con verde fronda enjunca
y, sin tristezas, pronto está soñando.
¡Ay, cruel Amor!, por ti, entonces, buscando
voy a la fiera que mi paz destruye,
sus huellas rastreando:
y a ésa no la atas, que se amaga y huye.

Y los marinos en alguna rada
echan sus miembros, cuando el sol se ha ido,
bajo la áspera manta, en duro lecho.
Pero yo, aunque en las olas se haya hundido,
y deje a espaldas tuyas a Granada,
y a España y a Marruecos y al Estrecho,
y todo humano pecho,
y mundo y animales,
descanse de sus males,
me obstino siempre y no me desengaño,
y cada día ve aumentar el daño:
y en afán voy creciendo al acercarme,
ay, al décimo año,
y no acierto quién de él pueda librarme.

Y, porque con hablar me he desahogado,
veo esta tarde bueyes desuncidos
que vuelven de la tierra labrantía:
¿por qué no se me quitan los gemidos,
cuando sea, ni el yugo me es quitado?
¿por qué lloran mis ojos noche y día?
Ay de mí, ¿qué quería
cuando tan fijamente
miré su faz riente
para esculpirla, imaginando, en parte
de la que nunca, con violencia ni arte,
será movida, hasta que yo sea presa
de quien todo lo parte
Y aún no sé lo que puedo creer de ésa.

Canción, si todo el día
estarme acompañando
te ha hecho ya de mi bando,
que a todos no te muestres yo te ruego,

ni al ajeno loor tengas apego:
que asaz te hará pensar de cerro en cerro
cómo me acaba el fuego

de este pedernal vivo al que me aferro.

LI

Poco a mis ojos de acercarse habría
la luz que los deslumbra aunque alejada,
que, cual la vio Tesalia transformada,
tal se cambiara cada forma mía.

Y aunque más volverme ella no podría
que vuelto estoy (y no me vale nada),
de la piedra más dura que es tallada
mi imagen pensativa ya sería,

o del mármol más bello, o de diamante,
blanco de miedo aquél, o de un diáspero,
que tanto al vulgo avaro le apetece;

y libre me vería del yugo áspero
por el que envidio al viejo y laso amante

cuya espalda a Marruecos oscurece.

No a su amante Diana más placía
cuando, en parejo trance, su mirada
desnuda la encontró en el agua fría,

que a mí la pastorcilla despiadada,
mientras lavaba su gracioso velo,
que el rubio pelo esconda a la ventada:

tanto, que me hizo, cuando ardía el cielo,
sentir temblores su amoroso hielo.

Alma gentil que aquellos miembros riges
en que, peregrinando, halla morada
un señor sabio y lleno de coraje,
pues alcanzaste aquella vara honrada
con que a Roma y sus crímenes corriges,
y la encaminas a su antiguo viaje,
a ti te hablo, que no hay quien te aventaje
en virtud, que en el mundo ya no cuenta,
ni se avergüenza el que obra con malicia.
Qué espera no lo sé, ni qué codicia,
Italia, que su mal quizás no sienta:
ociosa, vieja y lenta,
¿no hay quien del sueño quiera despertarla?
Yo querría del pelo zarandearla.

Del perezoso sueño no confío
que salga, ni a llamadas haga caso,

pues es muy grande el peso que la doma;
mas no está entre tus brazos por acaso,
que sacudir y alzar pueden con brío,
nuestra cabeza, cuyo nombre es Roma.
La venerable cabellera toma,
y las trenzas, tejidas ya sin arte,
coge, y saca del fango a la indolente,
por la que lloro yo constantemente,
que en ti he puesto de fe mi mayor parte:
que si él pueblo de Marte
la vista hacia su honor alzase un día,
tal gracia, pienso, a ti te tocaría.

Los viejos muros que aún respeta y ama
y teme el mundo, cuando el tiempo andado
recuerda, y hacia atrás los ojos vuelve,
y las piedras que miembros han guardado
de los que nunca quedarán sin fama,
si antes la creación no se disuelve,
y todo aquello que una ruina envuelve,
por ti espera sanar de todo vicio.

¡Oh grandes Escipiones, Bruto honrado,
cuánto os agrada, si es ya manifiesto
allá en lo alto, el bien provisto oficio!

¡Y creo que Fabricio
el pecho alegre sentirá con ella!

Y dice: «Roma mía, aún serás bella.»

Y si lo que es de aquí cuenta en la altura,
las almas que en la eterna ciudad moran,
y el cuerpo abandonaron en la tierra,
del largo odio civil el fin te imploran,
debido al cual no hay gente ya segura,
y el camino a los templos se les cierra
que fueron tan devotos, y hoy, en guerra,
cuevas de bandoleros han sido hechos,
que sus puertas al bueno son cerradas
y, entre altares y estatuas despojadas,
se tratan crueldades y cohechos.

¡Ay, qué espantosos hechos!

No sin esquilas lánzase el asalto,
que para honrar a -Dios están en alto.

El tierno vulgo inerme, las llorosas
mujeres, los cansados viejecitos
que ya su larga vida están odiando;
negros, pardos y blancos frailecitos,
y otras gentes enfermas y anhelosas,
«¡Señor, auxilio, auxilio!», están gritando.
Y de los pobres el pasmado bando
te descubre sus carnes tan llagadas
que a Aníbal y a otros buenos los harían.
Si del solar de Dios no se desvían
tus ojos, pocas chispas inflamadas
ahogando, sosegadas
quedarían las llamas del mal celo,
y tu obra alabarían en el cielo.

Osos, lobos, leones y serpientes,
y águilas, con frecuencia causan grima
a una columna, y ellos se hacen daño;
y una dama gentil a ti se arrima

y llora, y quiere que extirpar intentes
los hierbajos que no dan flor hogaño.
Más que pasado está el milésimo año
desde que a aquellos grandes ha perdido
que donde estaba la pusieron antes.
¡Ay, gentes nuevas, más que petulantes,
que irreverentes con tal madre han sido!
Tú padre, tú marido:
todo socorro de tu mano atiende,
que el mayor padre en otro tajo entiende.

Sucede rara vez que empresas altas
la fortuna injuriosa no contraste,
que con los grandes hechos mal concuerda.
Ahora, evacuando el paso por do entraste,
me hace que le perdone graves faltas,
porque consigo misma aquí discuerda:
puesto que hasta ahora el mundo no recuerda
que hombre mortal tuviese libre vía
para lograr, cual tú, renombre eterno:
que puedes enmendar, si bien discierno,

a la más noble y alta monarquía.
Pues tu gloria sería,
si con otros contó joven y fuerte,
en su vejez, salvarla de la muerte.

Canción, sobre el Tarpeyo tú verás
a un caballero al que mi Italia honora,
más que a sí, al bien ajeno dedicado.
Dile: «Uno que tu rostro no ha mirado,
sino como el que oyendo se enamora,
dice que Roma ahora,

desde sus siete alcores, y llorando,
mercedes, sin cesar, te está implorando.»

Porque insignia de amor su faz traía
movióme una romera el pecho errante,
pues la más digna de honras la creía.

Y, al ir tras ella por las hierbas verdes,
oí a una voz decir, alta y distante;
¡Ay, cuántos pasos por la selva pierdes!»

Pensativo, gané el refugio umbroso
de un haya, y miré en tomo: y comprendía
que era aquel viaje mío peligroso;

y atrás volví, casi a mitad del día.

LV

El fuego que creía yo apagado
por el frío y la edad ya menos nueva
las llamas y el martirio me renueva.

Que no se apagó nunca, es lo que veo,
el rescoldo, y que fue sólo cubierto,
y este segundo error más grave creo.
Con los miles de lágrimas que vierto,
sea el dolor por los ojos descubierta
del corazón, que brasa y yesca lleva:
no cual fue, que la llama aún más se eleva.

¿Qué otro fuego no habrían extinguido
las ondas que mis ojos van vertiendo?
Amor, aunque muy tarde lo he sabido,
quiere entre dos contrarios verme ardiendo;
y al corazón mil lazos va tendiendo,

y, si espero que a ser libre se atreva,
me ata la bella faz, como él se mueva.

LVI

Si el ciego afán que al corazón destruye
contando el tiempo no me ha confundido,
advierto, mientras hablo, cómo huye
el que a mí y al favor fue prometido.

¿Qué sombra cruel en malograr influye
la semilla del fruto apetecido?
¿Qué muro el paso hacia la espiga obstruye?
¿De qué fiera, en mi ovil, oigo el rugido?

¡Ay, triste!, no lo sé, mas se me alcanza
que, para más doliente hacer mi vida,
el Amor me condujo a la esperar-iza.

Y a mi recuerdo lo leído viene,
que hasta el día de su última partida

llamar feliz a un hombre no conviene.

LVII

Mis venturas se acercan lentamente,
dudando espero, el ansia en mí renace,
y aguardar y apartarme me desplace,
pues se van, como el tigre, velozmente.

Ay de mí, nieve habrá negra y caliente,
sierras con peces, mar que olas no hace,
y el sol se acostará por donde nace
Eufrate y Tigris de una misma fuente,

antes que ella una tregua, o paz, me ofrezca,
o Amor otro uso enseñe a mi señora,
que en contra mía ya han pactado alianza:

que si algo hay dulce, tras la amarga hora,

hace el desdén que el gusto desfallezca;
y de sus gracias nada más me alcanza.

LVIII

La mejilla que el llanto os ha cansado
reposad, señor mío, en el primero,
y avaro sed de vos con ese fiero
que a quien le sigue trae tan demudado.

Cerrad con otro del siniestro lado
el camino a quien sea su mensajero,
y sed uno en agosto y en enero,
que falta tiempo al viaje dilatado.

Bebed con el tercero alguna hierba
que purgue al pecho del absorto llanto,
dulce al final, y en el comienzo acerba,

y ponedme do el gozo se conserva,

tal que Caronte no me cause espanto,
que la plegaria mía no es superba.

LIX

Aunque lo que me trajo a amar primero
ella quiera quitarme,
de mi firme querer no he de apartarme.

Entre las áureas crenchas, escondido
tenía Amor el lazo;
y el hielo de sus ojos luego ha herido
mi alma con un flechazo,
por la virtud de su esplendor movido;
y me hace, al acordarme,
de todo otro deseo despojarme.

¡Ay, triste!, que los áureos cabellos
mostrarme ya no quiere;
y el movimiento de los ojos bellos,
conforme huyen, me hiere;
mas, porque bien muriendo honor se adquiere,
no quiera, por sanarme,
Amor de tales nudos desatarme.

LX

El que amé gentil árbol muchos años,
mientras su bella fronda no me huía,
mi ingenio débil florecer hacía
a su sombra, y crecer mis desengaños.

Después que, sin temer yo sus engaños,
el dulce leño se hizo impío un día,
a un solo fin volví la mente mía,
que es hablar siempre de sus tristes daños.

¿Qué podrá hablar quien por amor suspira,
si le hubiesen mis rimas nuevas dado
otra esperanza, que por ésta pierde?

Ni lo coja poeta, ni salvado
sea por Jove, y el Sol sienta tal ira

que seca haga caer su fronda verde.

LXI

Benditos sean el año, el mes, el día,
la estación, la hora, el tiempo y el instante,
y el país y el lugar en que delante
de los ojos que me atan me veía;

y el dulce afán primero que sentía
cuando me ataba Amor, y aquel tirante
arco, y sus flechas, y, en mi pecho amante,
las profundas heridas que me abría.

Bendito sea el incesante acento
que llamando a mi dama he difundido,
y el llanto y el deseo y el lamento,

y bendito el papel con que he solido
ganarle fama y, ay, mi pensamiento,
que parte en él tan sólo ella ha tenido.

LXII

Padre del cielo, tras mis días perdidos,
tras malgastar mis noches devaneando
-su aire, gentil para mi mal, mirando
con aquellos deseos encendidos-,

sean con Tu luz mis pasos dirigidos
y, a mejor vida y hechos retornando,
pueda de mi adversario ir evitando
los lazos contra mí en vano tendidos.

Once años hace ahora, Señor mío,
que me somete el yugo violento,
que más feroz se muestra al más domado.

Miserere del no digno afán mío;
lleva a mejor lugar mi pensamiento;

recuérdale que hoy fuiste en cruz clavado.

LXIII

La faz volviendo a mi color perdido,
que recordar la muerte hace a la gente,
me saludasteis tan benignamente
que habéis mi pecho en vida mantenido.

La frágil vida que mi pecho ampara
de vuestros ojos fue don manifiesto,
y de esa voz angélica tan suave.
Por ellos sé que estoy donde me han puesto:

que, como al animal tardo la vara,
supieron despertar a mi alma grave.
Vos manejáis con una y otra llave

mi corazón, y de ello estoy contento,
dispuesto a navegar a todo viento,

que es cuanto hacéis por dulce honor tenido.

LXIV

Si vos pudiéseis, por turbados gestos,
por bajar de ojos o inclinar de testa,
o por ser al huir más que otras presta,
desdeñando los ruegos más honestos,

salir jamás, o usando otros pretextos,
del pecho en que más fronda tiene puesta
Amor del primer lauro, fuera ésta
razón justa a desdenes como éstos:

que gentil planta en áridos terrenos
parece inconveniente, y parte leda
de allí naturalmente, y presurosa;

y pues vuestro destino, empero, os veda
en otra parte estar, cuidaos al menos

de no estar siempre en actitud odiosa.

LXV

No haber estado en guardia me lastima
cuando por vez primera me hirió Amor,
que, paso a paso, se ha vuelto señor
de mi vida, y se me ha puesto en la cima.

No creí que, por fuerza de su lima,
ni un punto de firmeza o de valor
cediese el corazón en su favor;
mas tal sucede al que demás se estima.

Toda defensa ya será tardía,
salvo probar si, mucho o poco, el ruego
mortal Amor escucha todavía.

Y, como no ha lugar, ya no le ruego
que arda discretamente el alma mía,

sino que parte tenga ella en el fuego.

LXVI

El cargado aire, y la importuna niebla
opresa en rededor por bravos vientos,
muy pronto habrá de convertirse en lluvia;
y ya son casi de cristal los ríos,
y en vez de hierbecillas por los valles
se ve tan solamente escarcha y hielo.

Y hay en mi corazón, más frío que hielo,
pensamientos pesados como niebla,
cual la que a veces se alza de estos valles,
compactos, ay, contra amorosos vientos,
y rodeados de estancados ríos,
cuando del cielo cae más lenta lluvia.

En poco tiempo pasa una gran lluvia,
y disuelve el calor nieves y hielo,
con que de ver soberbios son los ríos;

nunca el cielo escondió tan densa niebla
que, acometida del furor del viento,
no huyese de los cerros y los valles.

Mas no me vale que florezcan valles,
antes lloro al sereno y a la lluvia
y a los helados y a los suaves vientos:
que un día mi señora no sea hielo
por dentro, ni por fuera sea niebla,
y veré seco el mar, lagos y ríos.

Mientras desciendan hacia el mar los ríos
y amen las fieras los umbrosos valles,
los bellos ojos cubrirá esa niebla
que hace a los míos verter continua lluvia,
y en el hermoso pecho el duro hielo
que arranca al mío tan dolientes vientos.

Bien debo perdonar todos los vientos

por amor al que en medio de dos ríos
me encerró entre el verdor y el dulce hielo,
tanto que pinté luego por mil valles
la sombra a la que estuve, sin de lluvia
curarme, o de calor, ni trueno o niebla.
Pero no huyó jamás niebla por viento,
como aquel día, ni ríos por la lluvia,
ni hielo cuando el sol abre los valles.

LXVII

Del mar Tirreno en la siniestra riba,
donde el viento gemir hace a las ondas,
vi de repente las altivas frondas
de las que es obligado que yo escriba.

Amor, que en mi interior hirviendo iba,
me empujó, al recordar las trenzas blondas,
a un río que oculta el césped, y en las hondas
aguas caí, no cual persona viva.

Solo, entre bosquecillos y collados,
me avergoncé, que al corazón gentil
esto basta, que ignora otros cuidados.

Bueno es cambiar de estilo y de carril,
de la vista a los pies, si al ser mojados
secase a la otra un más cortés abril.

LXVIII

El sacro aspecto de la tierra vuestra
me lleva a lamentar el mal pasado,
gritando: ¡Arriba! ¿Qué haces tú, cuitado?;
y el camino del cielo así me muestra.

Mas otro pensamiento a la palestra
sale, y dice: ¿Por qué huyes, apocado?
Si te acuerdas, el tiempo ya ha pasado
de ver de nuevo a la señora nuestra.

Su razonar, entonces, entendiendo,
se hiela el alma, y quedo dolorido
como quien malas nuevas está oyendo.

Vuelve el primero, y el que le ha seguido
cuál vencerá no sé; mas combatiendo,

y no una sola vez, me han conmovido.

LXIX

Ay, Amor, contra ti yo bien sabía
que nunca humano aviso me ha valido;
tanto tus fieras garras he sentido,
tantos lazos ya vi, tanta falsía.

Y me admiro de nuevo, porque huía
(lo diré, porque el caso me ha atañido,
que en el agua salada lo he sentido,
entre Elba y Giglio y la Toscana mía)

yo de tus manos, y por un camino,
por viento y cielo y ondas agitado,
iba, que era ignorado y peregrino:

cuando he aquí a tus nuncios, no sé dónde,
que del propio destino me han mostrado,

que a él cede aquel que lucha, y quien se esconde.

LXX

¡Ay triste, que no hay sitio hasta el que llegue
con mi esperanza, ya tan traicionada!
Si con piedad mi voz no es escuchada,
¿de qué vale que al cielo tanto ruegue?
Pero si hacer callar no hay quien me niegue
antes de mi partida
a esta voz afligida,
no a mi señor disguste que me entregue
a pedirle entre flores ir diciendo:
Mi canto y gozo que es muy justo entiendo.

Justa cosa es que alguna vez yo cante,
puesto que he suspirado tanto tiempo;
que nunca he comenzado tan a tiempo
que ajuste risa a mi dolor constante.
Si lograra que fuese cautivante
para esos ojos santos
alguno de mis cantos,

feliz sería sobre todo amante.
Y más cuando yo diga sin mentir:
Si ella lo pide, yo quiero decir.

Bellas razones que, tan paso a paso,
me habéis llevado a razonar tan alto,
ved que ella tiene el pecho de basalto
tan duro que por mí dentro no paso.
Tan bajo ella no mira, ni hace caso
de lo que decir suelo,
pues no lo quiere el cielo,
por contrastar al cual estoy tan laso:
y, como el pecho mío se endurece,
hablar ásperamente me apetece.

¿Qué digo? ¿dónde estoy? ¿y quién me engaña
sino yo, y desear más que debiera?
Pues si en el cielo voy de esfera a esfera,
veo que ningún astro en mí se ensaña.
Si mortal velo mi mirada empaña,

¿quién culpa a las estrellas
y a tantas cosas bellas?
Siempre quien me acongoja me acompaña,
puesto que de placer llenarme sabe
la dulce vista y la mirada suave.

Todo cuanto del mundo es ornamento
bien hecho fue por el maestro eterno,
mas yo, que tan adentro no discierno,
que me deslumbra lo cercano siento;
y si al vero esplendor no estoy atento,
no puede estar parado
el ojo, y lo ha enfermado
su culpa, pero nunca aquel momento
-en el que angelical su beldad era
del dulce tiempo de la edad primera.

LXXI

Porque la vida es breve
y al ingenio la empresa alta intimida,
ni en él ni en ella estoy muy confiado;
mas fío que sea oída
donde anhelo, y allá donde estar debe,
esta pena que grito, aunque callado.
Ojos bellos do Amor nido ha encontrado,
a vos dirijo mi imperfecto acento,
al que, aunque es perezoso, el gusto impele:
que a quien cantaros suele
le ayuda a ser gentil el argumento
y, en alas amorosas,
le aparta de cualquier vil pensamiento.
Alzado en ellas, vengo a decir cosas
que en mi pecho mantuve silenciosas.

No creáis que no siento
que os están mis elogios afrentando:

mas no puede el deseo ser frenado
que hay en mí desde cuando
vi aquello que no iguala el pensamiento
ni por mi voz ni otra es igualado.
Principio de mi dulce y triste estado,
otro que vos sé bien que no me entiende.
Cuando entre ardientes rayos me hago nieve,
vuestros desdenes mueve
tal vez mi indignidad, porque os ofende.
Si el temor, con frecuencia,
no templara la llama que me enciende,
¡feliz desfallecer!, que en su presencia
más prefiero morir que su carencia.

No, pues, yo me deshaga,
frágil objeto a tan ardiente fuego
que de él no es mi valor quien me libera,
sino que el miedo luego,
que de mis venas el ardor apaga,
me asegura, y así sigo en la hoguera.
¡Oh monte, oh valle, oh bosques, oh ribera,

testigos todos de mi dura vida,

cuánto me oistéis invocar la muerte!

Ay, dolorosa suerte,

quedarse aflige, y no ayuda la huída.

Mas si mayor pavora

no me frenase, más pronta salida

fin pondría a esta pena áspera y dura;

y su origen nó ve tal desventura.

Dolor, ¿por qué mis trenos

me empujas a decir aunque no quiero?

Ayúdame cuando a mi encanto acudo.

Ya no os acuso, empero,

ojos sobre el mortal curso serenos,

ni al que me tiene atado con tal nudo.

Ved de cuántos colores, a menudo,

Amor el rostro mío va pintando,

e imaginad, por dentro, el alma mía,

do se está noche y día

con el poder que en vos va cosechando,
ojos que os alegráis
aunque a vos mismos no os estéis mirando:
mas cuantas veces hacia mí os tornáis,
por otro lo que sois sabiendo estáis.

Si os fuese a vos mostrada
la divina belleza que me guía
al escribir, como a quien sí la mira,
no templada alegría
sentiríais: por ello está alejada
del vigor natural que os abre y gira.
Feliz el alma que por vos suspira,
luces del cielo, por las que hallo grata
la vida que otras cosas me han agriado.
Ay, ¿por qué tan contado
me dáis lo que la sed en mí no mata?
¿Y por que más frecuente
mente no veis que Amor me desbarata?
¿Por qué me despojáis tan prontamente
del bien que el alma sólo a veces siente?

Que sólo a veces, digo,
gracias a vos, en mi alma triste siento
una dulzura nueva inusitada,
la cual, si un pensamiento
es enojoso, no le presta abrigo,
y uno de mil tan sólo halla morada:
para él, y nada más, vivir me agrada.
Y si mi bien más perdurable fuese
ningún estado al mío igualaría,
mas tanto honor haría
que, si me envidian, me ensoberbeciese:
mas ya estoy lamentando
que ante el llanto la extrema risa cese,
y, los ígneos suspiros apagando,
a mi vuelva, de mí mismo pensando.

El suave pensamiento
que vive dentro aleja de mi pecho,
pues tal se muestra, toda otra alegría;

y mi palabra y mi hecho
son tales que con ser inmortal cuento
aunque haya de morir la carne mía.
Si os mostráis, huyen tedio y agonía,
y juntos vuelven tras vuestra partida.
Mas, porque la memoria enamorada
les impide la entrada,
en parte extrema no tienen cabida;
y si un buen fruto crece
en mi alma, a su semilla distéis vida:
que, tierra seca, en mí nada florece,
y, así, el mérito a vos os pertenece.
Tú no me aquietas, no, que antes me inflamas
y hablo de lo que tanto me extasía:
sabe que no estás sola, canción mía.

LXXII

Gentil señora mía,
en vuestros ojos una dulce lumbre
muestra el camino que al cielo conduce;
y, por larga costumbre,
donde sólo es Amor mi compañía,
el corazón ya casi se trasluce.
Esta visión a hacer el bien me induce,
y el fin glorioso ya me está mostrando;
lejos del vulgo sólo ella me lleva:
no hay lengua que se atreva
a contar lo que siento contemplando
una luz tan serena
cuando el invierno escarchas va sembrando,
y luego el año nueva vida estrena,
como ocurrió al principio de mi pena.

Yo pienso: si allá arriba,

donde el santo motor de las estrellas
mostrar quiso sus obras en la tierra,
se hallan otras tan bellas,
ábrase su prisión y, fugitiva,
siga mi alma el camino que le cierra.
Luego regreso a mi diaria guerra,
dando gracias al día en que he nacido
y a Natura, que tal bien me han mostrado,
y a la que ha levantado
mi corazón; porque antes me he sentido
a mí enojoso y grave
y desde el día aquel me he halagado
llenando el corazón de un pensar suave,
pues de los bellos ojos es su llave.

Nunca estado gozoso
concedieron Amor o la Fortuna
voluble a sus amigos más felices,
que no cambie por una
mirada de do viene mi reposo
como viene la flor de las raíces.

Chispas bellas de célicos matices,
que me alegráis, donde el placer se enciende
que dulcemente me arde y me destruye:
como se esfuma y huye
toda otra luz donde la vuestra esplende,
así en mi pecho siento,
cuando tanta dulzura hasta él descende,
que huyen de él todo objeto y pensamiento,
y a Amor y a vos tan sólo da aposento.

El dulzor que han sentido
cuantos amantes fueron venturosos,
ni aun reunido, al mío igualaría
cuando entre los hermosos
blanco y negro la luz habéis movido
que es del Amor juguete y alegría;
que aún en pañales, y en la cuna mía,
a mis defectos y a Fortuna aviesa
este remedio preparaba el cielo.
Mal me hicieron el velo
y la mano que tanto se atraviesa

entre mi sumo agrado
y los ojos, do el llanto nunca cesa,
por ver deseo y pecho desahogado,
que éste, cuando cambiáis, cambia de estado.

Porque veo, y me apena,
que no pueden mis dotes ayudarme
ni me hacen digno del mirar que aguardo,
me esfuerzo en comportarme
como a la alta esperanza más consuena,
y a ese fuego gentil en el que ardo.
Si al bien veloz, y a su contrario tardo,
despreciador de cuanto el mundo ama,
por solícito estudio puedo hacerme,
podría sostenerme
en el benigno juicio una tal fama:
que el fin de mis dolores,
pues a otra parte el corazón no llama,
viene al temblar los ojos seductores,
fe extrema de los finos amadores.
Canción, delante tienes a una hermana

y al mismo albergue la otra está llegando,
y por ello el papel voy preparando.

LXXIII

Puesto que mi destino
del deseo encendido a hablar me incita
que desde siempre me ha forzado al llanto,
Amor, que a ello me invita,
sea mi escolta, y enséñeme el camino,
y el deseo armonice con mi canto;
mas que no el corazón decaiga tanto
como temo, si el dulce afecto crece
que siento donde no llega ojo ajeno;
que al cantar ardo y peno,
no por mi ingenio -lo que me estremece-,
si, como a veces suelo,
me creo que el ardor mental decrece;
pues me derrite el son con que me duelo
como si fuese al sol hombre de hielo.

Al comenzar, creía

que cantando iba a darle a mi encendido
deseo tregua, o un breve reposo.
Esta esperanza ha sido
quien me hizo declarar lo que sentía:
y ahora se esfuma mientras yo la glosó.
Pero tan alta empresa seguir oso,
las amorosas notas continuando,
tan fuerte es el querer que me enajena:
la razón no lo frena
porque, muerta, contra él no está luchando.
Mis versos, pues, yo diga
por Amor instruido, y si escuchando
se hallase mi dulcísima enemiga,
no mía, de piedad la hagan amiga.

Si en épocas pasadas,
cuando habitó el honor pechos ardientes,
su industria a algunos hombres dirigía
por tierras diferentes,
cerros y ondas pasando, tras honradas
cosas, y la mejor flor recogía,

puesto que Amor, Natura y Dios un día
a todas las virtudes han juntado
en los ojos do vive el gozo mío,
este y el otro río
no he de pasar, ni he de cambiar de estado.
A ellos siempre regreso,
fuentes de mi salud, esperanzado,
y si el afán me mata con su exceso,
verlos me alivia del penoso peso.

Igual que el navegante
a quien el fuerte viento desalienta
mira a dos luces del nocturno cielo,
lo mismo, en mi tormenta
de Amor, miro en dos luces al brillante
signo en el que hallo mi único consuelo.
Mas siempre es más lo que robarles suelo,
de acá y de allá, que Amor me enseña, ay laso,
que cuanto don gentil tomando voy;
y lo poco que soy
es porque son la norma en que me baso;

pues, tras verla, no he dado
sin ellas hacia el bien un solo paso:
y en mi cima a las dos las he plantado,
que engaño fuera verme yo estimado.

Sé que nunca podría
narrar, ni imaginar, cuantos efectos
esos ojos tan suaves me han causado;
que los gozos y afectos
de esta vida, y belleza y gallardía,
son casi nada, puestos a su lado.
Paz, sin ningún afán atormentado,
muy como la del cielo, que es eterna,
procede de su risa enamorada.
Ojalá mi mirada
pudiese ver cómo Amor los gobierna,
y así un día pasase
sin que girara la rueda superna,
ni en otros ni en mí mismo yo pensase
y muy escasas veces parpadease.

¡Triste!, que deseando
voy lo que es imposible que suceda,
y vivo de querer sin esperanza:
si el nudo con que enreda
mi lengua Amor, y la detiene, cuando
la luz más que la humana vista avanza,
se desatase, osara sin tardanza
palabras tan pasmosas ir cantando
que harían sollozar al ser oídas;
mas las ya hechas heridas
a otra parte a mi pecho van forzando:
y ya pálido y yerto,
mi sangre -¿adónde va?- se está ocultando,
y el que era ya no soy; y en ello advierto
que este es el golpe con que Amor me ha muer-
to.

Canción, del razonar dulce con ella,
ya que la pluma se me cansa siento,

mas no de hablar conmigo el pensamiento.

LXXIV

Me canso de pensar cómo cansado
no se encuentra de vos mi pensamiento,
y cómo de esta vida no me ausento
por no estar de suspiros abrumado;

y cómo de decir del rostro amado,
cabellos y ojos que sin tregua miento,
no han fallado la lengua y el acento
que de día y de noche os han llamado;

y de que ya los pies no sienta lasos
de seguir vuestro rastro en toda parte
perdiendo inútilmente tantos pasos;

de ello viene el papel que por mi parte

de vos lleno, y la tinta: y mis fracasos
serán culpa de Amor, no falta de arte.

LXXV

Los ojos que de modo me han llagado
que ellos mismos podrían curar la llaga,
y no virtud de hierba o de arte maga,
o de diamante de ultramar llegado,

la vía de otro amor tal me han cortado
que un sólo pensamiento ya me embriaga;
y si mi lengua de ir tras él se paga,
no ella, su guía puede ser mofado.

Estos los ojos son que victoriosas
las empresas de Amor están haciendo
doquiera, y más aún al asaltarme;

estos los ojos son que están ardiendo
siempre en mi pecho, chispas luminosas:

y por eso los canto sin cansarme.

LXXVI

A ella Amor me ha devuelto lisonjeando
y en la antigua prisión a estar me obliga,
y las llaves le ha dado a esa enemiga
que todavía me sigue enajenando.

No me di cuenta, ¡triste!, sino cuando
estuve en su poder; y con fatiga
(¿quién lo creerá, aunque jure lo que diga?)
vuelvo a la libertad, mas suspirando.

Y, cual cuitado preso, totalmente
de mis cadenas aún no me liberto,
y hablan del corazón ojos y frente.

Cuando hayas mis colores descubierto,

dirás: «Si veo y juzgo rectamente,
éste se halla muy cerca de estar muerto.»

LXXVII

Por mirar Policleto con fijeza,
con los que fueron grandes en su arte,
mil años, no verían la menor parte
de la beldad que amo con fineza.

Mas Simón subió al cielo con certeza
(de donde esa gentil señora parte)
y la copió en papel parte por parte
para dar aquí fe de su belleza.

Y fue la obra de aquellas que en el cielo,
no en la tierra, se habrían concebido,
que aquí los miembros son del alma velo.

Fue cortés; pero no lo hubiera sido
tras bajar a sentir calor y hielo,
y haber el mortal mundo conocido.

LXXVIII

Cuando Simón la inspiración sentía
que, en mi nombre, el pincel puso en su mano,
si hubiera dado al simulacro humano,
con la figura, voz y cotesía,

mi pecho de suspiros libraría,
que me muestran lo que otros aman vano:
pues es su aspecto tan humilde y llano
que le promete paz al alma mía.

Que parece, si le hablo, que quisiera
benignamente recibir mis preces,
si a mis palabras responder supiera.

Justo es que Pigmalión se envaneciera

de su imagen de mármol, pues mil veces
tuvo lo que una sola mi alma espera.

LXXIX

Si al principio responde el fin y el medio
del décimo cuarto año que suspiro,
ya ni la aura ni sombra son remedio,
si crecer tanto a mi deseo miro.

Amor, con quien mi afán ya no promedio,
y bajo cuyo yugo no respiro,
tal me gobierna, que no soy ni medio
que hacia mi mal los ojos tanto giro.

Languideciendo voy de día en día
tan a ocultas, que yo tan solamente
lo veo, y quien mirando me destruye.

Mi cuerpo al alma apenas ya consiente,

y no creo que dure su estadía,
que, al avanzar la muerte, el vivir huye.

LXXX

Quien ha resuelto conducir su vida
sobre falaces olas y entre escollos,
de la muerte apartado por un leño,
no puede estar muy lejos de su fin,
mas debería regresar al puerto
mientras aún al timón cede la vela.

La aura suave a quien cedí la vela
y el timón, al seguir la amante vida,
esperando llegar a mejor puerto,
me condujo entre más de mil escollos;
y las razones de doliente fin
no las tenía en torno, sí en el leño.

Larga prisión sufrí en el ciego leño,
y erré sin parar mientes en la vela

que antes de tiempo me acercaba al fin;
luego le plugo a quien me dio la vida
tanto alejarme a mí de los escollos,
que, aunque de lejos, pude ver el puerto.

Como una luz nocturna en algún puerto
que tal vez desde el mar vio nave o leño,
si tempestad no lo impidió, o escollos,
así por cima de la inflada vela
las enseñas yo vi de la otra vida;
y suspiré previendo ya mi fin.

No que yo esté seguro aún del fin:
que, queriendo de día alcanzar puerto,
es largo el viaje con tan poca vida;
y temo, pues me veo en frágil leño,
y más que quiero está inflada la vela,
del aura que me trajo a estos escollos.

Para vivo escapar de los escollos

y terminar mi exilio con buen fin,
¡con cuánto gusto volvería la vela,
y anclaría después en algún puerto!
Pero ardo igual que un incendiado leño:
tan duro me es dejar la usual vida.

Oh, Señor de mi fin y de la vida,
antes que estelle el leño en los escollos,
lleva a buen puerto la cansada vela.

LXXXI

Porque, cansado, soportando sigo
el viejo haz de mis culpas y la impía
costumbre, mucho temo por la vía
caer, y que me aprese mi enemigo.

Bien vino a liberarme un viejo amigo
por suma e inefable cortesía
como volando huyó, la vista mía
le busca, mas en vano me fatigo.

Pero su voz, aquí, sigue diciéndome:
Oh vos, los que sufrís: he aquí el camino;
venid a mí, si el paso otro no cierra.

¿Qué gracia hará, qué amor, o qué destino,

-plumas, cual de paloma, concediéndome-,
que repose y me eleve de la tierra?

LXXXII

Hasta ahora de amaros no he cesado,
señora, ni lo haré mientras aliente;
pero ya llego a odiarme fieramente,
y del continuo llanto estoy cansado;

y un cándido sepulcro no grabado
prefiero a que en sus mármoles se miente
vuestro nombre en mi daño, donde ausente
mi alma del cuerpo esté que aún no ha dejado.

Pues si un pecho que amante fe rebosa
os sacia sin temer vuestro atropello,
plázcaos, entonces, ser con él piadosa.

Pero erráis al creer que ocurra aquello

que os sacie, si vuestra alma es desdeñosa:
y a Amor y a mí las gracias doy por ello.

LXXXIII

Sin que ambas sienes me haya emblanquecido
el tiempo, que parece irlas mezclando,
seguro no estaré: que a veces ando
por donde tiene Amor su arco tendido.

Por él no temo verme retenido,
ni destrozado, aunque aún me esté enredando,
ni que me parta el corazón, tirando
flechas con que por fuera sea herido.

Más lágrimas no pueden ya brotarme,
aunque muy bien conocen su sendero,
y es difícil cerrarles la salida.

Calentar, no quemarme, el altanero

rayo podrá; y el sueño perturbarme,
no romperlo, la imagen desabrida.

LXXXIV

- Ojos, llorad: hacedle compañía
al pecho que, al fallar, estáis matando.
- Eso hacemos, que estamos lamentando
su yerro, más que el nuestro, noche y día.

- Por vosotros Amor forzó su vía
a donde como dueño está morando.
- Nos movió la esperanza que brotando
fue de aquel que lamenta su agonía.

- No podéis en razones igualaros:
que, al ver primero, habéis ya consentido
ser de su mal y el vuestro tan avaros.

- Tus palabras nos han entristecido,

pues los juicios perfectos son tan raros
que a otros acusa quien culpable ha sido.

LXXXV

Siempre he amado, y amo más ahora,
y siento que he de amar más cada día,
al lugar donde vuelvo todavía
cuando me angustia amor y el pecho llora.

Y me propongo amar el tiempo y hora
que de viles cuidados me desvía;
y más el rostro hermoso, y cortesía,
de la que con sus obras me enamora.

¿Quién pensó ver unido, como veo,
para asaltarme, de uno y otro lado,
tanto enemigo dulce al pecho mío?

Amor, ¡con qué fuerza hoy me has sojuzgado!

Y si a esperanza no urgiera el deseo,
muerto caería, aunque vivir ansío.

LXXXVI

Sé que voy a odiar siempre a esa ventana
de donde Amor mil flechas me ha lanzado,
porque ninguna de ellas me ha matado:
que es morir bello, si es la vida ufana.

Pero el quedarme en la prisión humana
infinidad de males me ha causado;
que, inmortales en mí, más he penado,
y aún alma y corazón mi pecho hermana.

¡Mísera!, que debía haber sabido,
por tan larga experiencia, cómo al tiempo
no hay quien lo vuelva atrás ni quien lo frene.

Muchas veces así la he advertido:

«Vete, infeliz, que no muere a destiempo
quien detrás más serenos días tiene.»

LXXXVII

Tan pronto como el arco ha disparado,
sabe quien con maestría lo gobierna,
aunque lejos del blanco lo discierna,
qué tiro es malo y cuál será acertado:

y así vísteis que el tiro descargado
por vuestros ojos iba hacia mi interna
parte, señora, por lo que es eterna
la queja de mi pecho lacerado.

Y que dijisteis tengo por muy cierto:
«Pobre amante, ¿a qué afán le está empujando?
Quiere Amor de esta flecha verle muerto.»

Y ahora, al ver que el dolor me está embridando,

no es muerte, mas dolor aún más despierto,
lo que mis enemigos me están dando.

LXXXVIII

Pues mi esperanza viene con pereza
y el curso de la vida es reducido,
de saberlo a su tiempo; habría huido
atrás, y galopando con presteza;

y voy huyendo cojo, y con torpeza,
del lado que el deseo me ha torcido
mas voy seguro, aunque mi rostro ha sido
marcado del amor por la aspereza.

Y así aconsejo: Los que hacéis tal vía,
volved el paso; y no espere ninguno,
si Amor le abrasa, al más extremo fuego:

yo vivo, mas de mil no escapa uno,

que era muy fuerte la enemiga mía
y con el pecho herido la vi luego.

LXXXIX

Cuando de la prisión de Amor huía,
donde muy a su antojo fui tratado,
señoras mías, fuera dilatado
contar cuánto estar libre me dolía.

Me dijo el corazón que no sabría
vivir solo; y, tras poco haber andado,
encontré a aquel traidor tan disfrazado
que a otro más sabio confundido habría.

Por lo que, suspirando al tiempo ido,
dije: ¡Ay de mí, que el cepo y las cadenas
eran más dulces que el andar tan suelto!

¡Ay, qué tarde conozco bien mis penas,
y con cuántas fatigas he salido

del error en que yo me había envuelto!

XC

Al aura el pelo de oro vi esparcido,
que en mil sedosos bucles lo volvía;
la dulce luz sobremanera ardía
de aquellos ojos que hoy tanta han perdido;

el rostro de cortés color teñido,
no sé si es cierto o falso, ver creía:
si en mi pecho amorosa yesca había,
¿quién, porque ardió, se siente sorprendido?

No era su caminar cosa mortal,
sino de forma angélica; y sonaba
su voz como no suena voz humana.

A un celestial espíritu miraba,

a un sol vivo; y si ya no fuese igual,
porque distienda el arco no me sana.

XCI

La mujer que has amado con vehemencia
de nuestro lado de repente ha huido,
y yo creo que al cielo habrá subido,
tanta fue su dulzura y su indulgencia.

Recupera las llaves, en su ausencia,
del corazón, que en vida ella ha tenido;
síguela por la vía que ha seguido,
sin que el mundo avasalle tu conciencia.

Que, libre de la carga más pesada,
puedes dejar las otras fácilmente
y ascender cual romero no agobiado.

Bien ves a lo creado ir velozmente

hacia la muerte, y que ha de ir descargada
el alma nuestra al paso aventurado.

XCII

Llorad, señoras, y con vos Amor,
y en cada país lloren los amantes,
que ha muerto quien, con muestras incesantes,
mientras estuvo vivo, os rindió honor.

Yo ruego a mi acerbísimo dolor
que no seque mis lágrimas constantes,
y que me dé suspiros anhelantes
con que desahogue al pecho de amargor.

Lloren las rimas, lloren, ay, los versos,
porque nuestro amoroso micer Cino
nos ha dejado solos y ha partido.

Llore Pistoya, y lloren los perversos

que han perdido con él tan buen vecino,
y esté contento el cielo, al que él ha ido.

XCIII

«Escribe», Amor me dijo; y repetía:
«escribe lo que viste en letras de oro:
cómo a mis seguidores descoloro
y a la vez les doy vida y agonía.

Hubo un tiempo en que tu alma esto sentía,
célebre ejemplo al amoroso coro;
otra empresa emprendiste en mi desdoro,
mas antes que escapases te prendía.

Si a los ojos do viste mi figura,
y en los que tuve yo mi dulce fuerte
al romper tu rigor, me restituyen

arco y flechas que todo lo destruyen,

seca la faz no siempre vas a verte,
que bien sabes que el llanto es mi pastura.»

XCIV

Cuando al pecho los ojos han llevado
la imagen dueña, otra cualquiera parte:
las virtudes que el ánimo comparte
dejan los miembros, peso inanimado.

Y es el primer milagro secundado
por otro, pues la ya expulsada parte,
huyendo por sí misma, va a una parte
donde logra un desquite alborozado.

Y así dos rostros suelen marchitarse,
porque el vigor que vivos los mostraba
ya en ningún lado se halla donde estaba.

Y esto es lo que aquel día recordaba

cuando vi a dos amantes transformarse,
y lo mismo que yo los vi mostrarse.

XCV

Poner quisiera en verso el pensamiento
como en mi corazón lo pongo mudo,
que nunca ha habido espíritu tan crudo
que no le conmoviera mi lamento.

Mas vos, ojos, me distéis tan violento
golpe, que no valió yelmo ni escudo;
y por fuera y por dentro voy desnudo,
aunque el dolor no impulse a mi lamento.

Puesto que en mí vuestra mirada esplende
como el sol por el vidrio reflejado
baste el deseo, sin que yo lo diga.

No a María ni a Pedro, ¡ay, desgraciado!,
dañó la fe, que a mí me es enemiga;
y sé que nadie, sino vos, me entiende.

XCVI

Estoy ya de esperar tan fatigado,
y de la lid de llanto en que me empleo,
que odio ya la esperanza y el deseo,
y cuanto tiene al corazón atado.

Mas el gracioso rostro, que pintado
llevo en el pecho, y donde mire veo,
me obliga; y al primer martirio reo
contra mi voluntad soy empujado,

Bien sé que erré cuando la antigua estrada
de libertad me fue cortada un día,
que es mal seguir lo que a la vista agrada;

entonces a su mal libre corría,

y ahora al arbitrio ajeno es empujada,
por un solo pecado, el alma mía.

XCVII

¡Ay, bella libertad, en qué medida,
al alejarte, me mostraste cuál
era mi estado cuando el inicial
dardo causóme la incurable herida!

Nada valió de la razón la brida,
que mi mirada amó su propio mal,
pues le repugna toda obra mortal:
¡triste, a mis ojos avecé en seguida!

Y no puedo escuchar a quien hablando
de mi muerte no esté; y al aire el nombre
que suena dulcemente voy lanzando.

Que a nada más Amor me está empujando

ni otro camino sé, ni cómo un hombre
puede, en papeles, a otra estar loando.

XCVIII

Orso, a vuestro corcel ponerse puede,
para que retroceda, un buen bocado,
¿mas quién al corazón mantendrá atado
si odia al contrario y con honor procede?

No suspiréis: que su valor no cede
porque el llegar allí os esté vedado,
que, cual la voz del pueblo ha divulgado,
allí se encuentra, y nada le precede.

Basta con que en el campo esté presente
el día que ha de estar, bajo el emblema
que por sangre, virtud y edad merece,

gritando: «Aunque mi dueño se halle ausente,

en mi impulso gentil arde y se quema,
y, por no acompañarme, languidece».

XCIX

Pues tanto vos y yo hemos comprobado
cómo nuestro esperar falaz se hace,
tras el bien sumo que Jamás desplace
alza el alma a más feliz estado.

Esta vida terrena es como un prado
en que entre hierba y flor la sierpe yace;
y si a los ojos su apariencia place,
se queda el corazón más enredado.

Vos, pues, si procuráis tener la mente
serena hasta que llegue el postrer día,
id con los pocos, no con vulgar gente.

Se me dirá: «Mostrando vas la vía

a otros, ¡oh, hermano!, y tú frecuentemente perdido andas, y más hoy todavía.»

C

Esa ventana en que un sol se presenta
cuando quiere -y el otro hacia la nona
y ésa. donde, si en él Bóreas se encona,
el aire, en días breves, se lamenta;

la piedra en que los días largos se sienta
mi señora, y consigo allí razona;
y cuanto sitio su gentil persona
cubra de sombra, o su pisada sienta;

y el paso en el que Amor salió a mi encuentro,
y la nueva estación que me renueva
las heridas cada año, el día reo,

y el rostro y las palabras, ay, que lleva

mi corazón clavadas en su centro,
dan a mis luces de llorar deseo.

CI

Ay, nos convierte en presas doloridas
aquella que a ninguno nos perdona,
y el mundo sin tardar nos abandona
pues no son sus promesas mantenidas;

ni son mis penas bien retribuídas,
que ya el día final me desazona
y Amor, a pesar de ello, me aprisiona
y a mis' ojos las parias' son pedidas.

Días, horas e instantes van trayendo
a los años, y yo no sufro engaño,
sino fuerza mayor que de arte maga.

Siete y siete años luchan ya en mi daño

razón y afán; y aquella irá venciendo,
si hay alguna alma aquí del bien presaga.

CII

Cuando el traidor de Egipto le entregó
a Julio César la honorable testa,
veló éste la alegría manifiesta,
y en papel está escrito que lloró;

y cuando Aníbal a Fortuna vio
contra su imperio hacerse tan molesta,
rió entre gente al llanto predispuesta
por desahogar la rabia que sintió.

Y así ocurre que el ánimo cada una
de sus pasiones con su opuesto manto
cubre, y con su apariencia clara o bruna:

pero si alguna vez yo río o canto,
lo hago porque no tengo sino una

manera de ocultar mi triste llanto.

CIII

Venció Aníbal y no supo, venciendo,
usar debidamente su ventura:
y que debéis obrar con más cordura,
caro señor, en vuestro caso entiendo.

La osa por sus oseznos va gruñendo,
que en mayo hallaron áspera pastura;
se reconcome, afila la uña dura
y cobrarnos su daño está queriendo.

Mientras el dolor nuevo la encocora,
no queráis envainar la noble espada,
y seguid decidido a donde os llama

vuestra fortuna; id recto por la estrada

que os puede dar, tras vuestra extrema hora,
mil años y mil más, honor y fama.

CIV

Esa virtud que en vos vi floreciendo
cuando a daros batalla empezó Amor,
da un fruto que es igual que aquella flor;
y mi esperanza ya se está cumpliendo.

Por ello el corazón me está diciendo
que escriba en papel algo en vuestro honor,
que no hay para esculpir nada mejor,
ni aun al que vive en marmol repitiendo.

¿Creéis que a Pablo Emilio, al Africano,
a César o a Marcelo hicieron tales
fundiendo bronces o martillo en mano?

Pandolfo mío, son obras mortales

esas, mas nuestro estudio soberano
convierte a quienes canta en inmortales.

No quiero más cantar como cantaba,
pues alguien no escuchaba y burla hacía;
el bienestar podría traerme entuerto.
El siempre suspirar nada recaba;
cubre a la sierra brava nieve fría;
y ya está cerca el día, y me despierto.
Un dulce acto, por cierto es gentil cosa
y en mujer amorosa aún me agrada
el verla reservada y desdeñosa,
no esquivada y orgullosa:
Amor rige su imperio sin espada.
Quien ya perdió la estrada vuelva el paso;
duerma quien no halla albergue sobre el verde;
quien uno de oro pierde,
mate su sed en cristalino vaso.

Me dí en guarda a San Pedro; ahora ya
no:

quien puede, ya entendió, que yo me entien-
do.

Un feudo estar sufriendo es muy pesado:
si puedo, me despiedo, y se acabó.

Faetón en el Po cayó muriendo,
y, el río a espaldas viendo, ya ha pasado
-¡vedlo!- el mirlo cuitado. Ahora no quiero:

no hay escollo ligero entre las ondas,
ni entre las frondas liga. Desespero
cuando orgullo altanero

te hace, mujer, que la virtud escondas.

Puede que a otro respondas si no llama,
que hay quien del que le ruega escapa y huye;
funde el hielo y destruye
a otros, y hay quien por verse muerto clama.

El dicho «Ama a quien te ama» yo lo sigo.
Sé lo que digo, mas dejadlo estar,

que hay quien se ha de enterar cuando lo
vea.

Sufre a una humilde dama un dulce amigo.

Mal se conoce el higo. Y de alabar
creo el no comenzar alta tarea;
en el país que sea hostel se alcanza.

La infinita esperanza a otros mató;
y a mí ya me tocó meterme en danza.

Mi ya escasa bonanza
quiero para quien no me rechazó.

En Aquel fío yo que nos regenta
y en el bosque a los Suyos da posada:
que con pía cayada
me lleve en el rebaño que apacienta.

Puede que un libro coja quien no entiende;
y alguno la red tiende y nada pilla;
quien por muy sutil brilla da en locura.
Que la ley no sea coja que otro atiende.

Tras el bien se desciende milla a milla.
Asombro y maravilla poco dura.
La escondida hermosura es la más suave.
¡Bendita sea ,la llave que ha girado
en el pecho, y librado al alma, y sabe
quitarle el grillo grave
y el suspirar doliente y prolongado!
Donde más me ha llagado a alguien le duele,
y doliéndole endulza a mi dolor:
y doy gracias a Amor
pues no lo siento; y no es menor que suele.

Las palabras discretas y calladas,
y el son que horas calmadas me procura;
la prisión de la pura luz que ansío,
en el campo violetas perfumadas,
las fieras enjauladas, su bravura,
y la dulce pavora, el gentil brío,
de dos fuentes un río apaciguado
do anhelo, y recatado do querría,

y Amor y Celosía, me han ganado,
y el bello rostro amado
cuyos signos le indican mejor vía
a la esperanza mía y a mis daños.
¡Oh secreto bien mío, y el que venga,
ya paz o guerra tenga,
nunca me abandonéis en estos paños!

A mis pasados daños odio y amo,
y en lo que oigo proclamo una fe ardiente.
Disfruto del presente y más espero,
y, contando los años, callo y clamo
y anido en el buen ramo felizmente,
y el desdén gratamente loar quiero,
que aquel afecto fiero ya ha vencido
y en el alma ha esculpido «Qué escuchado
sería, y señalado», y suprimido
(tanto adelante he ido,
que lo diré) «No fuiste tan osado».
Quien me ha herido el costado lo consue-
la,

y más en mi alma que en papel escribo;
por lo que muero y vivo,
que al mismo tiempo me caldea y hiela.

Una bella angelita, con gracejo,
voló del cielo hasta la fresca riba
por donde me llevaba mi destino,

Al verme sin compañía ni cortejo,
de seda un lazo que tejiendo iba
tendió en la hierba, do es verde el camino.

Quedé apresado; y no me causó enojos,
tan dulce luz salía de sus ojos.

CVII

No veo donde pueda ya salvarme:
siempre soy por sus ojos hostigado .
y temo, ¡triste!, que el afán sobrado
pueda el pecho sin treguas destrozarne.

Quisiera huir, mas nunca de alumbrarme
la mente esas dos luces han cesado,
y el décimo quinto año han aumentado
su brillo hasta el extremo de cegarme:

su imagen por doquiera se reparte
y no puedo mirar donde no vea
aquella luz o alguna semejante.

De un laurel solo tal selva verdea
que mi adversario, con pasmoso arte,
me lleva entre las ramas anhelante.

CVIII

Oh, más que los demás feliz terreno
do Amor detuvo el pie, cuando el semblante
a mí volvió, y su luz santificante
que al aire en torno a sí torna sereno:

que antes deshaga el tiempo doy por bueno
una sólida imagen de diamante,
que el gesto dulce no tenga delante
del que memoria y pecho está tan lleno,

ni tantas veces contemplarte espero
que no me incline, la señal buscando
que el pie marcó en aquel gracioso giro.

Si amor no duerme en corazón sincero,
Sennuccio mío, implórale, rogando

alguna lagrimita, o un suspiro.

CIX

Más de mil veces, ay, amor me asalta
de día, y en mis noches intranquilas,
y vuelvo a donde arder vi las pupilas
que inmortalizan a mi hoguera alta.

Mi alma se aquieta y no se sobresalta,
que a vísperas, y a nona, alba y esquilas,
en mi pensar las hallo tan tranquilas
que nada más recuerdo ni echo en falta.

El aura suave que del rostro hermoso,
al son del cortés verbo, se alza y vuela
para aquietar el sitio donde espira,

como gentil espíritu glorioso

en aquel aire siempre me consuela,
que en otro sitio mi alma no respira.

CX

Empujándome Amor al sitio usado,
alerta a guisa del que espera guerra
-que se prepara, y todo paso cierra-,
de antiguos pensamientos yo iba armado.

Me volví; y una sombra vi que al lado
pintaba el sol, y conocí en la tierra
a aquella, que si el juicio mío no yerra,
era más digna de inmortal estado.

¿Por qué temes?, habló al pecho mi mente.
Mas no entró antes en él mi pensamiento
que los rayos en que ardo fatalmente.

Como con el fulgor, trueno al momento,
a la vez me alcanzaron la luciente

mirada y de un saludo el dulce acento.

CXI

La que al mirar mi corazón regenta,
donde a solas pensaba en el amor
se apareció: y me víme Yo en su honor
con frente reverente y macilenta.

Apenas de mi estado se dio cuenta,
volvióse a mí, mostrando tal color
que habría Jove, ciego de furor,
depuesto armas, y su ira violenta.

Me recobré; y entonces ella, hablando,
se fue, que sus palabras no sufría
ni de su vista el dulce centelleo.

Tantos placeres gusta el alma mía,
y tales, su saludo recordando,

que desde entonces sin dolor me veo.

CXII

Sennuccio, sabed bien de qué manera
tratado soy, y qué vida es la mía:
ardo y me gasto aún como solía;
me arrastra la aura, y soy siempre el que era.

Aquí humilde, y aquí la vi altanera;
ora áspera, ora afable, acerba o pía;
ya vestirse modestia o gallardía;
a veces mansa, desdeñosa o fiera.

Cantó aquí dulcemente, aquí sentóse;
se volvió aquí, y aquí detuvo el paso;
aquí, al mirar, mi pecho ha traspasado;

dijo algo aquí, y aquí ella sonrióse;
cambió aquí el gesto. En ello Amor, ¡ay, laso!,

noche y día me tiene a mí ocupado.

CXIII

Aquí, do medio estoy, Sennuccio mío,
(pudiera estar entero, y vos contento),
huyendo vine tempestad y viento
que al tiempo de repente han vuelto impío.

Seguro estoy; y que entendáis confío
por qué del rayo ya temor no siento
y por qué no se apaga el violento
deseo, ni siquiera pierde brío.

Que en cuanto en la amorosa corte estuve
vi dónde nació la aura dulce y pura
que aquietta al aire, al trueno desterrando.

En mi alma, que ella rige, el fuego tuve
por Amor avivado, y sin pavora.
¿Qué haría sus dos ojos contemplando?

CXIV

De Babilonia impía, que proscrita
tiene a vergüenza y es madre de errores,
que al bien no alberga, y sí a muchos dolores,
el querer vivir más a huir me incita.

Aquí estoy solo; y, como Amor me invita,
rimas y versos cojo, hierba y flores,
e imagino con él tiempos mejores:
mas otra ayuda el alma necesita.

No me ocupo del vulgo o de Fortuna,
ni de mí mucho, ni de viles cosas,
ni dentro o fuera estoy acalorado.

A dos tan sólo añoro: y quiero a una
con miradas humildes y piadosas,

y al otro con el pie bien afirmado.

CXV

Yo vi entre dos amantes, altanera
y honesta, a una mujer; y vi a su lado
a Amor, por dioses y hombres acatado;
yo, en baja parte; el Sol, en la cimera.

Cuando se vio cercada por la esfera
del amigo más bello, el rostro amado
volvió a mí alegre; y nunca más airado,
ni altivo, contra mí verlo quisiera.

De pronto, se volvieron alegría
los dolorosos celos que primero
por tan alto rival había sentido.

Y el Sol el rostro triste y lastimero
con una nubecilla se cubría,

tanto le disgustó verse vencido.

CXVI

Lleno de la inefable dulcedumbre
que en mis dos ojos estampó su huella
el día en que, por cara menos bella
no ver, debí privarlos de su lumbre,

dejé lo que más quiero; que al relumbre
avecé a mi razón sólo de aquélla,
pues no ve más, y cuanto no sea ella
odia y desprecia siempre por costumbre.

En un valle cerrado todo en torno,
que alivia el suspirar desfalleciente,
entré con Amor sólo, meditando.

No allí mujeres, sino roca y fuente;
y a ver la imagen de aquel día torno,

que, donde mire, voy imaginando.

CXVII

Si la roca, do el valle es más cerrado
-su propio nombre de ello se deriva-,
mirase a Roma y, por índole esquivada,
la espalda a Babilonia hubiera dado,

tendrían mis suspiros mejor vado
para llegar a su esperanza viva;

y, aunque esparcidos, cada cual arriba
donde lo mando, y ni uno me ha fallado.

Que allá son dulcemente recibidos
advierto en que ninguno aquí retorna,
con tal deleite al otro lado están.

Mis ojos sufren cuando el día torna
por los parajes a ellos escondidos;
y me dan llanto, y a mis pies afán.

CXVIII

El décimo sexto año de mi llanto
quedóse atrás; y sigo caminando
hacia el fin de mi vida, imaginando
que no dura mi afán desde hace tanto.

Lo amargo es dulce, y útil mi quebranto;
y, aunque el vivir me pesa, estoy rogando
que supere a Fortuna, y recelando
que antes mueran los ojos que yo canto.

En otra parte quiero estar ahora;
y más querer quisiera, y más no quiero,
y hago por no poder cuanto es posible;

que si de nuevo el viejo anhelo llora,
prueba que otro no soy, sino el primero,

que ante mil cambios soy incommovible.

CXIX

Una mujer aún más que el sol hermosa,
de igual edad, y más de luz dotada,
con beldad afamada,
siendo yo acerbo, me arrastró a su hilera.
Esta en palabras y obras (como cosa
en verdad en el mundo inusitada),
por una y otra estrada,
siempre ante mí fue amable y altanera.
Por ella dejé yo de ser el que era
tras sus ojos de cerca haber sufrido;
por ella había emprendido
la fatigosa empresa precozmente:
y así, si llego al fatigoso puerto,
espero largamente
vivir, cuando me tengan ya por muerto.

Esta mujer me tuvo muchos años
lleno de juvenil deseo ardiendo,

tal como ahora comprendo,
tan sólo por ponerme más a prueba,
mostrándome su sombra, y velo y paños
alguna vez, que el resto iba escondiendo;
y yo, triste, creyendo
ver mucho de ella, toda mi edad nueva
gocé, y el gozo el recordar renueva,
ya que un poco presente se me hace.
Y poco tiempo-hace
cual hasta entonces visto no la había
se descubrió, y el corazón me ha helado;
y así estará hasta el día
en que sea por sus brazos abrazado.

Mas no me lo han quitado miedo o hielo,
porque mi corazón es tan osado
que sus pies he besado
por beber en sus ojos más dulzura;
y ella me ha dicho, ya quitado el velo:
«Ve cuán bella a tus ojos me he mostrado
y, amigo, lo adecuado

para tu edad pedirme ahora procura.»
«Señora -dije-, mucho tiempo dura
mi amor por vos, en el que estoy ardiendo.
Y, si así estoy sintiendo,
otro querer o desquerer no cabe.»
Ella con voz tan dulce empezó a hablarme,
y con rostro tan grave,
que esperanza y temor siempre ha de darme.

«Raro», me dijo, «fue en la humana turba
aquel que oyendo hablar de mi valor
un fuego en su interior
no sintiera, aunque fuese brevemente;
mas mi adversaria, que, ay, el bien perturba,
lo apaga pronto, y muere así el honor
y reina otro señor
que promete un vivir más indolente.
Amor me dice, pues abrió tu mente,
cosas que verdad son, por las que veo
que tu ardiente deseo
de recibir honores te hará digno;

y así tendrás de mi amistad un día
a una mujer por signo,
que a tus ojos dará más alegría.»

Quise decir: «Posible no es tal cosa,
y ella: «Oh, mira -y a un sitio oculto luego
la vista alcé a su ruego
a una que se ha mostrado a poca gente!»
Pronto incliné la frente vergonzosa,
que el corazón ardía en mayor fuego.
Ella lo tomó a juego
y «Veo dónde estás -dijo indulgente-,
que lo mismo que el sol con luz potente
hace pronto ocultarse a toda estrella,
así es ya menos bella
mi apariencia si luz más grande brilla.
Mas no por eso de tu lado parto,
que a ambas de una semilla,
a ella antes, nos produjo el mismo parto.»

El lazo de vergüenza iba rompiendo
con que atada quedó la lengua mía
cuando escarnio sufría
porque mi pensamiento había leído;
y dije: «Si lo que oigo bien entiendo,
dichoso el padre, y sea bendito el día
en que adorno os hacía
del mundo, y cuanto yo os he perseguido;
y si del buen camino me he salido,
mucho me duele, y más de lo que nuestro;
pero si del ser vuestro
soy digno de oír más, que habléis os ruego.»
Se quedó pensativa, y con dulzura
me miró, y dijo luego,
mandando al corazón voz y hermosura:

«Tal como a nuestro padre le placía
para vida inmortal hemos nacido.
¿Mas de qué os ha valido?
Más os valiera ser nuestra la falla.
Bellas y amadas hemos sido un día,

jóvenes y graciosas, y el olvido
hace que hacia su nido,
ambas alas moviendo, ésa se vaya;
yo soy mi sombra. Y ya mi boca calla,
que en poco tiempo mucho estás sabiendo.»
Y dió un paso, diciendo:
«No temas que me vaya de tu lado.»
Y de verde laurel fui gentilmente
por ella coronado,
pues con sus manos lo ciñó a mi frente.

Canción a quien te tenga por oscura
di: No me apura porque pronto espero
que lo que es verdadero
otro mensaje hará más manifiesto.
Que a despertar a otros he venido,
si quien me impuso esto,
al separarme de él, no me ha mentido.

CXX

Las pías rimas por las que he sabido
de vuestro ingenio, y del cortés afecto,
de tal modo han movido a mi intelecto
que a coger esta pluma me han traído

para deciros que aún no me ha mordido
la que espero con todos, y al respecto
digo que sin recelos, en efecto,
hasta sus mismas puertas he corrido;

luego me volví atrás, porque vi escrito
sobre el umbral del pazo en que ella mora
que mi final no estaba aún prescrito,

si bien no leí allí el día y la hora.
A que no me lloréis más os invito,

y a mejor elegir al que se honora.

CXXI

Mira, Amor, a ésta que en sus verdes años
de tu reino se mofa y de mis males,
y está segura entre enemigos tales.

Tú estás armado, y ella en trenza y paños
está, y descalza, entre florida hierba,
conmigo impía, y contra tí superba.

Yo preso estoy; mas si piedad conserva
tu arco firme, y acaso alguna flecha,
de los dos, mi señor, sea venganza hecha.

CXXII

Diecisiete años ha girado el cielo
desde que ardo, y jamás me he apagado;
mas cuando pienso en mi presente estado
en medio de las llamas siento un hielo.

Cierto es el dicho, que uno cambia el pelo
mas no el vicio; y si el cuerpo está cansado,
no está el afecto humano atenuado:
causa es la sombra del pesado velo.

¡Ay, triste!, ¿llegará el día dichoso
en que, mirando huir a la edad mía,
salga del fuego, libre ya de enojos?

¿Podré mirar cuanto desee un día
ese aire dulce de su rostro hermoso

y un sensato placer dar a mis ojos?

CXXIII

Aquel palidecer, que de amorosa
niebla a la dulce risa recubría,
con tal realeza al alma se ofrecía
que a mi faz, en su busca, salió ansiosa.

Entonces ví que igual que la gloriosa
gente se mira, en tal guisa se abría
la no por otros vista idea pía:
mas yo la vi, que no miro a otra cosa.

Todo angélico aspecto, o recatada
acción de una mujer que amar consiente,
no pueden compararse a lo que digo.

Bajaba a tierra la gentil mirada,
y creo que exclamaba, aunque silente:

«¿Quién aleja de mí a mi fiel amigo?»

CXXIV

Amor, Fortuna, y mi conciencia, esquivo
ante el presente, y vuelta hacia el pasado,
tal me afligen, que a veces he envidiado
a cuantos se hallan en la opuesta riba.

Me acaba Amor, y de alivio me priva
Fortuna, y mi conciencia un llanto airado
y estólido destila; y, apenado,
siempre conviene que llorando viva.

No ha de volver el dulce tiempo ido,
y el que viene traerá peor mudanza;
y de mi curso ya he pasado medio.

No de un diamante real, de uno fingido

veo huir de mis manos la esperanza,
y a mis designios, ay, partir por medio.

CXXV

Si éste que me destruye
pensamiento pungente
de un color adecuado se trajease,
la que me quema y huye
quizás sería ardiente,
y Amor donde ahora duerme despertase;
y tal vez no vagase
tan solitario, yendo
por campos y collados
con los ojos mojados,
si ardiera la que hielo está ahora siendo,
aunque me deje luego
sólo llamas y fuego.

Como Amor me empereza
y de ideas me despoja,
al rudo verso dulce son no cubre:
no siempre en la corteza

la rama en flor, o en hoja,
su natural virtud fuera descubre.
Vean lo que el pecho encubre
Amor y aquellos ojos
cabe los que él se sienta.
Que el dolor, si se ahuyenta,
en llanto se desborda y en enojos:
me daña aquél, y el llanto
a ella, si bien no canto.

Dulces rimas que he usado
en el primer asalto
de Amor, cuando otras armas no tenía,
¿por quién será quebrado
mi pecho de basalto
para que lo desahogue cual solía?
Que hay dentro de él diría
algo que a mi señora
pinta, y quiere alabarla:
luego, al querer cantarla
no me basto, y morir creo a esa hora.

¡Ay de mí, que así ha huído
el socorro atendido!

Como al niño que prueba
su lengua, cuando intenta
hablar, porque el callar siempre le hastía,
así el deseo me lleva
a hablar, y a que me sienta,
antes que muera, la enemiga mía.
Si toda su alegría
está en su rostro hermoso
y es para el resto esquiva,
óyelos verde riba,
y a mis suspiros da un vuelo espacioso,
y que siempre se diga
que tú fuiste mi amiga.

Sabes que no ha tocado
tierra pie tan hermoso

como aquel por el cual ya fuiste hollada:
vuelve el pecho cuitado,
y el flanco tormentoso,
a que su pena sea por ti escuchada.
Si tuvieses guardada
alguna gentil huella
entre flores y hierba,
la vida mía acerba
llorando buscaría descanso en ella.
Mas cual puede se calma
mi errante y dudosa alma.

Cuanto mi vista observa
me invita a estar sereno,
pues pienso que su luz aquí ha llegado,
y si una flor o hierba
cojo, «En este terreno
arraiga -digo- en que ella ha acostumbrado
ir, entre río y prado;
o un asiento se hacía
fresco, florido y verde».

Así, nada se pierde
de todo ello, y saber más peor sería.
Alma beata, ¿cuál
eres, si a otro haces tal?

¡Oh pobrecilla mía,
qué ruda eres! Creo que te percatas:
quédate entre estas matas.

CXXVI

Fresca y dulce agua clara
do la única a quien miro
como a mujer ponía su hermosura;
rama en la que apoyara
(lo recuerdo y suspiro),
como en una columna, su figura;
hierba que por ventura
su vestido cubría
al par que al puro seno;
aire sacro, sereno,
do, al mirarme, al amor mi pecho abría:
escuchad juntamente
de mi discurso extremo el son doliente.

Pero si es mi destino,
y así lo quiere el cielo,
que estos ojos Amor cierre llorando,
a mi cuerpo mezquino

dad vosotros consuelo,
y mi alma hasta su hogar suba volando.
Sea el morir más blando
si llevo esta esperanza
a ese dudoso paso: que el espíritu laso
no hallará en otro puerto tal bonanza
ni en más tranquila fosa
dejaría su carne fatigosa.

Tal vez llegue el instante
en que al acostumbrado
lugar torne la mansa fiera hermosa
y, donde me ha mirado
un día a mí sagrado,
vuelva la vista alegre y deseosa
de verme, y ¡triste cosa!
tierra entre piedras viendo
tan sólo, Amor la inspire
de modo que suspire
dulcemente, por mí merced pidiendo,

y la obtenga del cielo
secándose los ojos con el velo.

Del ramaje bajaba
(y es dulce a la memoria)
lluvia de flor que el cuerpo le cubría;
y ella sentada estaba,
humilde en tanta gloria,
y el amoroso nimbo la envolvía;
una al manto caía,
otra en las trenzas blondas,
que oro pulido y perlas
parecían al verlas;
cuál se posaba en tierra, o en las ondas,
o parecía, errando,
«Reina aquí Amor», decir otra girando.

Cuántas veces pensaba
entonces, temeroso:
«Sé que en el paraíso ésta ha nacido.»

Sentí que me llenaba
aquel porte glorioso
-y el rostro y viva voz- de tanto olvido,
que dije, dividido
ya de la verdadera imagen, suspirando:
«¿Cómo aquí vine, o cuándo?»;
pues creí el sitio el cielo, y no el que era.
Y amo tanto a este prado
que paz, si no es en él, nunca he hallado.

Si adornada tú fueses cual deseas,
podrías audazmente
salir del bosque, e irte con la gente.

CXXVII

Al sitio hacia el que Amor me va empujando
debo volver las rimas lastimeras
que son secuela de mi triste mente.
¿Cuáles últimas son, cuáles primeras?
Quien de mi mal conmigo está tratando
me hace dudar, pues dicta oscuramente.
Mas, porque leo tan frecuentemente
la historia, que su mano ha escrito en medio
del corazón, de cuanto voy sufriendo,
la diré; que diciendo
doy tregua al llanto, y al dolor remedio.
Y digo que, aunque viendo
esté mil cosas varias con fijeza,
sólo a una mujer veo, y su belleza.

Desde que, despiadada, mi ventura
del mayor de mis bienes me ha alejado,
inexorable, áspera y superba,

Amor con el recuerdo me ha salvado:
y así, si veo en juvenil figura
al mundo que se viste ya de hierba,
ver me parece en esa edad acerba
la bella joven, que es mujer ahora;
luego que el sol asciende con más lumbre,
la creo, por costumbre,
llama de amor del corazón señora;
pero si pesadumbre
da aquél al día, al desandar camino,
ya en sus días perfectos la imagino.

Fronda en ramas, violetas en la tierra,
mirando en la estación que el frío pierde,
y es la estrella mejor más poderosa,
tengo en los ojos el violeta y verde
con que estaba al principio de mi guerra
Amor armado, tanto que aún me acosa,
y la suave corteza deliciosa
que los jóvenes miembros envolvía
donde hoy reside el ánima gentil

que otro placer por vil
me hace tener: pues veo todavía
su humildad femenil
en flor, la cual creció antes que los años
y es la causa y consuelo de mis daños.

Siempre que tierna nieve en los collados
herida por el sol veo, y lejana,
como el sol a la nieve Amor me trata:
que, lejos, su belleza más que humana
pone a mis ojos tiernos y mojados,
y, cerca, los deslumbra y me maltrata:
pues entre el oro y el color de plata
únicamente a mí se está mostrando
lo que por nadie contemplado ha sido;
y el deseo encendido
por ella, si sonrío suspirando,
tanto me arde, que olvido
nada le afecta, pues se vuelve eterno:
sigue en verano y no muere en invierno.

Tras la lluvia nocturna, mi mirada
no vio en el aire claro estrella errante,
y llamear entre el rocío y el hielo,
sin que sus ojos viera en tal instante,
que sostienen mi vida fatigada,
como los vi a la sombra de su velo;
y así como esplendor daban al cielo
el día aquel, así los veo ahora,
húmedos, centellear; y estoy ardiendo.
Al sol naciente viendo,
siento nacer la luz que me enamora,
y cuando va cayendo
creo ver que a otro sitio ella se aleja
y tenebroso el que abandona deja.

Si rosas blancas y otras encarnadas
mi vista, en vaso de oro, cautivaron,
por mano virginal recién cogidas,

aquella faz mis ojos evocaron
que vence a las delicias más preciadas
con tres que en ella se hallan reunidas:
el cuello y rubias trenzas esparcidas
sobre sus más que lácteos blancos,
y las mejillas que arden levemente.
Si el aura de repente
mueve las blancas y amarillas flores
del campo, suavemente,
contemplo el primer día en el que suelto
vi su cabello, y vime en fuego envuelto.

Contar una por una las estrellas
y encerrar a los mares en un vaso
tal vez creía yo cuando he pensado
decir, pues mi papel resulta escaso,
en qué sitios la bella de las bellas,
estando en sí, su luz ha derramado
para que nunca de ella esté apartado:
no lo haré; que si algunas veces huyo,
en cielo y tierra el paso me ha impedido,

que a mis ojos ha sido
siempre presente, mientras me destruyó.
Y a ella estoy tan unido
que otra no veo ni deseo ni amo,
ni el nombre de otra suspirando llamo.

Sabes, canción, que cuanto digo es nada
respecto al amoroso pensamiento
que día y noche oculto está en mi mente,
por el que únicamente
un consuelo en tan larga guerra siento:
que por mi alma ausente
y lejana morir podría llorando,
mas voy con él la muerte retrasando.

CXXVIII

Italia mía, aunque el hablar sea vano
a las llagas mortales
de que tan lleno está tu cuerpo hermoso,
quiero que mis suspiros sean cuales
los espera el toscano
Arno, y Tíber y el Po, do estoy lloroso.
Y así, pedirte oso
que la piedad que Te condujo a tierra
Te haga a Tu almo país mirar con celo
y veas, Rector del cielo,
de qué leve razón cuán cruel guerra;
y los pechos, que cierra
Marte cruel y fiero,
Tu mano ablande y abra;
y sea yo mensajero
de Tu verdad, diciendo mi palabra.

Vosotros, a quien dio Fortuna el freno

de las tierras preciadas
que el alma a compasión no os han movido,
¿qué hacen aquí foráneas espadas?
¿Porque el verde terreno
de la bárbara sangre esté teñido?
Gran yerro el vuestro ha sido:
mucho parecéis ver, muy poco viendo,
que en corazón venal la fe buscáis,
y cuantos más pagáis
os están más contrarios envolviendo.
¡Diluvio que, viniendo
de extranjeros desiertos,
a nuestros dulces campos así anega!
Si nuestros desaciertos
esto nos traen, ¿quién a salvarse llega?

Bien proveyó Natura a nuestro estado
cuando hizo al Alpe escudo
contra la ira tudesca destructora,
pero el deseo ciego tanto pudo
contra su bien, que ha dado

al cuerpo sano sarna roedora;
en una jaula ahora
fieras salvajes y las mansas greyes
se alojan, y el mejor más pena siente;
y esto es de la simiente,
por más dolor, de aquel pueblo sin leyes
a cuya tropa y reyes
Marco abrió el flanco un día,
según se lee, y su obra no se olvida,
que en el río bebía,
más que el agua, la sangre allí vertida.

Callo de César, el que en todo suelo
la hierba enrojeciera
con sus venas, do el hierro nuestro entraba.
Que hace una mala estrella, se dijera,
que nos deteste el cielo:
culpa es vuestra, en quien tanto se esperaba.
Vuestra discordia acaba
del mundo por gastar la mejor parte.
¿Y qué culpa es, qué juicio o qué destino

incordiar al vecino
pobre, y la hacienda poca con mal arte
vejar, y en otra parte
buscar gente y sentir
gozo porque alma y sangre vende a precio?
Verdad quiero decir,
no por odio hacia otros, ni desprecio.

¿No tanta prueba a comprender os mueve
el bavárico engaño
que con la muerte juega el dedo alzando?
La vejación peor juzgo que el daño;
mas vuestra sangre llueve
más, puesto que otra ira os va empujando.
Y si de vos pensando
de maitines a tercia estáis un día,
veréis que alzarlos es pensarse vil.
Latina alma gentil,
sacude el peso de esta carga impía y de la idola-
tría
de un nombre sin esencia:

que el vencer gente bárbara y astrosa
a nuestra inteligencia
pecado es nuestro, y no natural cosa.

¿No es ésta la primera tierra mía?
¿No es éste el nido mío
donde criado fui tan dulcemente?
¿Y no es ésta la patria en que confío,
madre benigna y pía
que cubre las cenizas de mi gente?
Por Dios, esto la mente
tal vez os mueva, y con piedad mirad
las lágrimas del pueblo doloroso,
que de vos el reposo
después de Dios, espera; oh, sí, mostrad
un signo de piedad,
y fe contra furor
se armará y vencerá en breve; que es cierto
que el antiguo valor
en los pechos itálicos no ha muerto.

Ved, señores, que el tiempo vuela y muda,
y ved cómo la vida
huye, y cómo la muerte está negando.
Aquí estáis, mas pensad en la partida:
que el alma sola y nuda
aquel sendero pisará dudando.
Y, este valle pasando,
plázcaos deponer el odio insano,
viento contrario a la vida serena;
y aquel que en pena ajena
tiempo se gasta, en acto más humano,
o de ingenio o de mano,
en cualquier alabanza,
en un estudio honesto se convierta,
que así el gozo se alcanza
y la senda del cielo se halla abierta.

Canción, yo te amonesto

que digas tus razones cortésmente
porque te habrá de oír gente altanera
y en las almas impera
una costumbre antigua inconveniente
y amiga de quien miente.
Tú hallarás tu ventura
en los pocos que al bien siguen amando.
Diles: «¿Quién me asegura?
¡La paz, la paz, la paz! yo voy gritando.»

CXXIX

De monte en monte voy, de pensamiento
en pensamiento, por Amor guiado,
y cuantas rutas sé turban mi vida.
Si en cuesta, arroyo y fuente hallo aislamiento,
o en un valle entre lomas sombreado,
allí se aquieta el ánimo afligida;
y si amor la convida
ya ríe o llora, o teme o se asegura;
y el rostro, que refleja siempre al alma,
ya se inquieta o se calma,
y en un estado poco tiempo dura;
y quien supiera de esta vida el uso
diría: «Este arde y siéntese confuso.»

Por altos montes y en las selvas pruebo
algún reposo, y es cualquier morada
fiera enemiga de la vista mía.
A cada paso un pensamiento nuevo

de mi señora me hace que cambiada
vea en gozo la pena que traía;
y apenas yo querría
ver mudarse esta vida amarga suave,
pues me digo: «Tal vez te guarda Amor
para un tiempo mejor
y, viéndote tú vil, alguien te alabe.»
Y en éstas cambio, y digo suspirando:
«¿Podrá ser cierto? Pero ¿cómo y cuándo?»

Donde da sombra un pino o un collado,
en cualquier piedra pinta el pensamiento
su bella faz, si acaso me detengo;
y, vuelto en mí, y en lágrimas bañado
de compasión, «¡Ay, triste», me lamento,
«dónde he llegado y qué lejos te tengo!»
Pero mientras mantengo
en el primer pensar la mente inquieta
y, olvidado de mí, su rostro veo,
tan cerca al Amor creo
que mi alma con su propio error se aquieta:

y, al verla en tantos sitios tan hermosa,
no quiero, si el error dura, otra cosa.
Muchas veces (¿habrá quien creerlo pueda?)
en aguas claras y en la hierba verde,
o en un haya, la he visto igual que viva,
y en blanca nube -que la misma Leda
confesaría que su hija pierde
como estrella a que el sol de su luz priva-.
Y cuanto más esquiva
es la parte en que me hallo, y más desierta,
tanto más bella yo la voy haciendo.
Después -la verdad viendo
y el dulce error-, cual una piedra muerta,
y helado, en una viva tomo asiento,
igual que uno que escribe su lamento.

Donde de otra montaña no ha podido
dar la sombra en la cima más saliente
llevarme suele mi deseo intenso;
allí mis daños con los ojos mido
y empiezo allí, llorando amargamente,

a despejar la niebla que condenso;
y en cuanto miro y pienso
cuánto aire de su bella faz me aleja,
que siempre está tan lejos y conmigo,
en voz baja me digo:
«¿Qué sabes, triste? Allí tal vez se queja
ella porque estás lejos, y suspira.»
Y cuando pienso así, mi alma respira.

Canción, tras aquel alpe
donde es alegre el aire y más sereno,
tú me verás al pie de una corriente
donde la aura se siente
de un laurel odorífero y ameno.
Quien roba mi alma allí con ella mora;
que aquí mi imagen sola ves ahora.

CXXX

Pues de Merced cerrada está la vía,
por la desesperada me he alejado
de los ojos que, no sé por cuál hado,
guardan el galardón de la fe mía.

Nacido para el llanto, no querría
sino de llanto el pecho ser cebado:
y no me duelo, porque en tal estado
llorar es dulce más que se creería.

Y tan sólo a una imagen me resigno,
no hecha por Praxiteles ni por Fidia,
mas por mejor maestro, y más condigno.

¿Qué Escitia me asegura, o qué Numidia,
si, aún no saciada de mi exilio indigno,
así escondido vuelve a hallarme Envidia?

CXXXI

Yo haría un canto de amor tan diferente
que al durísimo pecho le arrancara
mil suspiros al día, y que incendiara
altos deseos en la fría mente;

y vería cambiar frecuentemente,
haciéndola llorar, la bella cara,
como al que en pena ajena al fin repara
y de su error ya tarde se arrepiente;

y que las rojas rosas en la nieve
el aura mueve, y ver un marfil deja
que vuelve mármol a quien lo ha mirado;

y todo aquello que en la vida breve
más me impulsa a gloriarme que a la queja:

pues la edad más tardía he alcanzado.

CXXXII

Si no es amor, ¿qué es esto que yo siento?
Mas si es amor, por Dios, ¿qué cosa y cuál?
Si es buena, ¿por qué es áspera y mortal?
Si mala, ¿por qué es dulce su tormento?

Si ardo por gusto, ¿por qué me lamento?
Si a mi pesar, ¿qué vale un llanto tal?
Oh viva muerte, oh deleitoso mal,
¿por qué puedes en mí, si no consiento?

Y si consiento, error grave es quejarme.
Entre contrarios vientos va mi nave
-que en altamar me encuentro sin gobierno-
tan leve de saber, de error tan grave,
que no sé lo que quiero aconsejarme
y, si tiemblo en verano, ardo en invierno.

CXXXIII

Como blanco a saeta Amor me ha puesto,
como al sol nieve, como cera al fuego,
y niebla al viento: y aunque ronco os ruego,
vos, mi señora, no hacéis caso de esto.

Golpe mortal de vuestros ojos presto
partió, y tiempo y lugar no valió luego;
de vos procede, y os parece un juego,
el fuego y viento y sol a mí funesto.

El rostro es sol, saeta el pensamiento,
fuego el deseo: Amor viene a hostigarme
y con estas tres armas me destruye;

y el angélico canto, y el acento,
y el dulce aliento, lejos de salvarme,

son la aura ante la cual mi vida huye.

CXXXIV

Paz no encuentro, y no tengo armas de guerra;
temo y espero; ardiendo, estoy helado;
vuelo hasta el cielo, pero yazgo en tierra;
no estrecho nada, al mundo así abrazado.

Quien me aprisiona no me abre ni cierra,
por suyo no me da, ni me ha soltado;
y no me mata Amor ni me deshierra,
ni quiere verme vivo ni acabado.

Sin lengua ni ojos veo y voy gritando;
auxilio pido, y en morir me empeño;
me odio a mí mismo, y alguien me enamora.

Me nutro de dolor, río llorando;
muerte y vida de igual modo desdeño:

en este estado me tenéis, señora.

CXXXV

La más distinta y nueva
cosa que hubo jamás en otro clima
a mí, si bien se estima,
más se asemeja: Amor esto me hace.
Allá donde el sol nace
vuela un ave soltera de tal suerte
que de querida muerte
renace, y toda en vida se renueva.
Vida igual sólo lleva
mi querer, pues así sobre la cima
de su alto pensamiento al sol se vuelve,
lo mismo se disuelve
y de nuevo la vida así lo anima:
arde y muere, y con fuerzas deja el fuego
para luego de ser Fénix dar prueba.

Una piedra se cita
que, en el índico mar, de tal manera

atrae al hierro, que de la madera
lo arranca y echa a pique el bastimento.
Esto entre olas yo siento
de amargo llanto; que el escollo amado
con su orgullo ha llevado
al naufragio a mi vida ya marchita:
así sus armas quita
al corazón (que cosa dura era
y me mantuvo, y ahora anda esparcido)
la piedra que ha atraído
carne y no hierro. ¡Oh suerte traicionera:
que, siendo carne, arrástrame a la riba
aquella viva piedra calamita!

Al extremo Occidente
muestra su mansedumbre y dulce encanto
una fiera, mas llanto
muerte y dolor dentro en sus ojos tiene:
avisado conviene
que hacia ella quien la ve la vista gire;
quien sus ojos no mire

lo demás puede ver tranquilamente.
Mas yo, incauto y doliente,
corro siempre a mi mal, y sé bien cuánto
sufro y sufrir espero; pero, luego,
el querer sordo y ciego
tanto puede, que el bello rostro santo
y los ojos sin par harán que muera
por esta fiera angélica inocente.

Surge en el mediodía
la fuente a la que el sol su nombre ha dado:
de modo desusado,
suele de noche hervir, de día helarse;
pues más suele enfriarse
cuanto más sube el sol y el calor crece.
Y esto a mí me acontece,
que es fuente de dolor el alma mía:
y cuando se desvía
la que es sol para mí, y estoy privado
de mi luz, y en la oscura noche lloro,
suelo arder; mas si el oro

veo y los rayos de mi sol amado,
por dentro y fuera empiezo a transformarme
y a congelarme: así mi alma se enfría.

Tiene Epiro otra fuente
que, siendo de agua fría -escriben de ella-,
si un candil no destella,
lo enciende, pero apaga al encendido.
Mi pecho, que ofendido
no estaba aún por amoroso fuego,
al acercarse luego
a esa fría, que al llanto hace que aumente,
se incendió: y tan hirviente
martirio nunca han visto sol ni estrella,
que a un corazón de piedra ablandaría;
pues cuando mi alma ardía
apagóla virtud helada y bella.
Mi corazón así apaga y enciende:
mi alma lo entiende y justa ira siente.

Lejos de este mar -leo
en las famosas islas de Fortuna
dos fuentes hay: quien de una
de ellas bebe, riendo alegre muere;
si en la otra beber quiere,
se salva. Así es mi suerte: que riendo
moriría, no siendo,
ay, por mi doloroso clamoreo.
Pues mi guía te creo,
Amor, hacia una fama oculta y bruna,
callemos de esta fuente siempre llena,
que con más ancha vena
vemos cuando con Tauro el sol se aduna;
que así mis ojos lloran todo el tiempo,
y más al tiempo en que a mi dama veo.

Canción, si, impertinente,
alguien me espía, dile: «Se halla junto
al peñón en que el río Sorga surge;

y nadie le ve ni urge
sino Amor, que jamás le deja un punto,
y la imagen fatal que le destruye,
puesto que huye del resto de la gente.»

CXXXVI

Fuego del cielo entre tus trenzas llueva,
malvada, que del río y de la encina
llegaste a rica y grande, a la mezquina
gente robando: así obrar mal te prueba;

nido de la traición eres, y cueva
de cuanto mal al mundo de hoy inquina,
sierva del vino, el lecho y la cocina,
en que Lujuria su potencia prueba..

Por tus salas, la joven junto al viejo
va triscando, y el Diabolo anda ocupado
con el fuelle y el fuego y el espejo.

No a la sombra entre plumas te has criado,
sino descalza, al aire tu pellejo;

y ahora tu hedor a Dios habrá llegado.

CXXXVII

Colmado ha el saco Babilonia avara
de la ira de Dios, y está estallando
de vicios: que, a Minerva y Jove odiando,
por Venus y por Baco se declara.

Justicia espero y me consumo; y para
ella un sultán estoy vaticinando
que hará una sede única, no cuando
yo quisiera, en Bagdad para su tiara.

Sus ídolos habrán de desplomarse
con torres de los cielos enemigas,
y a los torreros se verá quemarse.

Las almas bellas, de virtud amigas,
guiarán al mundo, y lo verán llenarse

de antiguas obras y áureas espigas.

CXXXVIII

¡Oh fuente de dolor, albergue de ira,
de error escuela y templo de herejía!
Roma ya fuiste, Babilonia impía
por quien tanto se llora y se suspira.

¡Oh prisión dura, fragua de mentira,
donde el bien muere, donde el mal se cría!
¡Oh infierno en vida, gran pasmo sería
ver que Cristo contigo no se aíra!

En fiel pobreza y castidad nacida,
contra quien te fundó tú alzas los cuernos.
¿En quién esperas, puta descarada?

¿En tu adulterio? ¿En plata mal habida?
Ya Constantino no volverá a vernos;

mas tome al mundo triste por morada.

CXXXIX

Cuando hacia vos con más deseo expando
las alas, oh amistoso grupo bueno,
con más liga Fortuna pone un freno
a mi vuelo, y me obliga a andar errando.

El corazón, que a su pesar os mando,
siempre tenéis en ese valle ameno,
donde al mar más la tierra estrecha el seno,
del que anteayer yo me alejé llorando.

Si hacia la izquierda voy, él bien camina;
va él con Amor, y yo me voy forzado;
yo hacia Egipto, pero él a Palestina.

Mas la paciencia alivia al apenado,
pues la larga costumbre determina
un vernos juntos corto y poco usado.

CXL

Amor, que vive en mi alma y la domeña
y en mi pecho su sede mayor tiene,
armado a veces a la frente viene,
se instala allí, y allí planta su enseña.

La que a amar y a sufrir a mí me enseña,
y quiere que el deseo ardiente frene
con respeto y razón -que así conviene-,
porque me nuestro osado me desdeña.

Y Amor huye hacia el pecho, temeroso,
toda empresa abandona y tiembla y llora,
y no asoma, escondido y silencioso.

¿Qué más haré, si es mi señor medroso,
que estar con él hasta la extrema hora?
Quien muere amando tiene un fin dichoso.

CXLI

Lo mismo que en verano volar suele
la polilla a la luz acostumbrada
hacia unos ojos cuya luz le agrada,
por lo que, cuando muere, otro se duele;

así mi sol fatal me hace que vuele
hacia la dulce luz de su mirada;
pues quiere Amor, al que cordura enfada,
que a quien discierna venza quien anhele.

Bien sé de su esquivez y su recelo,
por los que moriré indudablemente,
pues no domino a mi angustioso anhelo;

mas me encandila Amor tan suavemente
que lloro ajeno enfado, y no mi duelo;
y el alma, ciega, en perecer consiente.

CXLII

Hacia la sombra de las bellas frondas
yo corrí, huyendo de implacable luz
que me abrasaba desde el tercio cielo.
Ya libraba de nieve a los collados
la aura amorosa que renueva al tiempo,
y florecían ya hierbas y ramas.

No ha visto el mundo tan graciosas ramas,
ni el viento movió ya tan verdes frondas,
cual las que me mostró aquel primer tiempo:
tal que, temiendo yo la ardiente luz,
sombra no quise ya de los collados,
sino del árbol que es más grato al cielo.

Un laurel defendióme de aquel cielo,
por lo que, deseoso de sus ramas,
mucho he ido por selvas y collados;

pero nunca encontré tronco ni frondas
que tanto honrase la suprema luz
que no cambiara su virtud el tiempo.

Más firme cada vez de tiempo en tiempo,
yendo hacia do sentí llamarme al cielo,
y guiado por suave y clara luz,
volví devoto a las primeras ramas
cuando en tierra esparcidas son las frondas
y cuando al sol son verdes los collados.

Campos, ríos, selvas, piedras y collados,
cuanto es creado, vence y cambia el tiempo:
por lo que yo perdón pido a estas frondas
si, tras haber girado mucho el cielo,
quise evitar las envascadas ramas
tan pronto como pude ver la luz.

Tanto al principio amé la dulce luz

que con gusto pasé grandes collados
para arrimarme a las amantes ramas:
ahora la vida breve, y sitio y tiempo,
muéstranme otro camino de ir al cielo
y frutos dar, no sólo flor y frondas.

Otro amor, otras frondas y otra luz,
otro ir al cielo por otros collados,
busco, porque ya es tiempo, y otras ramas.

CXLIII

Cuando os escucho hablar tan dulcemente
como Amor a sus fieles les instila,
tanto el deseo ardiente se encandila
que inflamaría a la difunta gente.

Entonces a mi dama hallo presente
doquiera ya me fue dulce o tranquila
y con suspiros, no con otra esquila,
me despertaba tan frecuentemente.

Con el cabello al aura desatado,
volver la veo: al corazón tan bella
regresa porque viene con su llave.

Mas el fuerte placer, atravesado
en mi lengua, de qué modo está ella
dentro de mí mostrar claro no sabe.

CXLIV

Ni al sol jamás tan bello vi elevarse
en un cielo de niebla despejado,
ni al arcoiris, cuando ya ha escampado,
con tan varios colores adornarse,

en cuantos llameando vi cambiarse,
el día que de Amor tomé el recado,
al rostro al cual -y no soy extremado-
nada que sea mortal puede igualarse.

Vi que los ojos el Amor volvía
tan suaves, que cualquiera vista oscura
desde entonces acá ya me parece.

Sennuccio, el arco vi cómo tendía,
tal que mi vida ya no fue segura,

y el deseo de verlo en ella crece.

CXLV

Ponme do mata el sol flores y hierba
o allí donde lo vencen hielo y nieve;
ponme donde su carro es tibio y leve,
do está quien nos lo da y nos lo conserva;

ponme en fortuna humilde o bien superba,
donde el cielo está claro, donde llueve;
ponme en la noche, en día largo y breve,
en la edad más madura o en la acerba;

ponme en el cielo, en el abismo, en tierra,
en alto cerro, en valle hondo y palustre,
alma que es libre, o que su cuerpo encierra,

ponme con fama oscura, o con ilustre:
seré cual fui, proseguiré mi guerra,

continuando el suspirar trilustre.

CXLVI

Oh de ardiente virtud engalanada
alma gentil, por la que escribo tanto,
oh de la honestidad albergue santo,
firme torre en valor alto fundada,

oh llama nívea, cuesta salpicada
de rosas, do me espejo y me abrillanto,
oh placer por quien yo el vuelo levanto
hacia el rostro de luz más extremada:

vuestro nombre, de andar tanto camino
mis rimas, llenaría Tule y Batro,
el Don, el Nilo, Atlas, Olimpo y Calpe.

Mas si del mundo no se oye en las cuatro
partes, lo oirá el país que el Apenino

divide, y lo circunda el mar y el Alpe.

CXLVII

Cuando el querer, que con sus dos ardientes
espuelas y su freno cruel me rige,
por contentar al pecho que así aflige,
viola a veces sus leyes inclementes,

halla a quien el temor y los candentes
deseos en la frente lee y colige
y ve a Amor, que su empresa audaz dirige
en los ojos turbados y pungentes.

Y, como aquel que el golpe está temiendo
de Jove airado, atrás se echa al instante:
que el gran temor al gran deseo frena.

Mas al frío llamear, que transluciendo

igual que un vidrio está el alma anhelante,
su visión dulce a veces lo serena.

CXLVIII

Po, Arno, Tesino, Varo, Adigio y Tebro,
Eufrates, Tigris, Nilo, Hermo, Indo y Era,
Ródano, Sena, Alfeo y la mar fiera,
Rin, Danubio, Albia, Ganges, Don y el Ebro,

y yedra, abeto, pino, haya o enebro
no pueden mitigar en mí la hoguera
cual la corriente que es mi compañera
de lágrimas, y el árbol que celebro.

Sólo esta ayuda encuentro en los asaltos
de Amor, y es fuerza, pues, que armado viva
la vida que transcurre a grandes saltos.

Crezca el verde laurel en fresca riba,
y aquél que lo plantó conceptos altos

bajo su sombra al son del agua escriba.

CXLIX

A veces se me muestra menos dura
la angélica figura y risa clara
y el aura de su cara
y de sus ojos es menos oscura.

¿Qué hace conmigo aquí tanto
suspiro que engendraba el dolor,
mostrando al exterior
mi despechada y angustiada vida?
Si hacia el lugar aquel el rostro giro
por sentirme mejor,
ver me parece a Amor
por quien mi causa ahora es sostenida:
mas no veo la guerra concluida
ni al corazón ya serenado veo,
que más arde el deseo
cuanto más la Aperanza me asegura.

CL

-¿Qué piensas, alma?, ¿habrá paz o batalla?
¿habrá tregua?, ¿o será el guerrear eterno?

-Qué ha de ser de nosotros no discierno,
mas sí que en nuestro mal placer no halla.

-Nos vuelve, con su vista que avasalla,
hielo en verano y fuego en el invierno.

-Ella no, quien ejerce su gobierno.

-¿Qué nos importa, si ella lo ve y calla?

-Calla a veces la lengua y se lamenta
el corazón, y allí donde no es vista llora,
aunque muestre el rostro sosegado.

-Para aplacar la mente esto no cuenta,
pues en ella el dolor sigue y se enquista;
que no cree en la esperanza el desgraciado.

CLI

Nunca de oscura tempestad marina
huyó al puerto el barquero fatigado
cual yo del pensamiento alborotado
huyo a donde el deseo más me inclina.

Ni venció a ojos mortales luz divina
como a mi vista el rayo despiadado
del blanco y negro suave y delicado
en que su dardo Amor dora y afina.

No ciego, con la aljaba yo le veo;
nudo cuanto vergüenza no le vela;
garzón con alas, no pintado: vivo.

Me muestra desde allí lo que a otros cela: .
punto por punto en esos ojos leo

cuanto digo de Amor, y cuanto escribo.

CLII

La mansa fiera, alma de tigre o de osa,
con rostro humano y forma de ángel viene,
y entre el gozo y el llanto me mantiene
y hace a mi suerte parecer dudosa.

Si no me acoge o libra presurosa,
mas, como suele, en duda a mi alma tiene,
hará que este veneno el pecho llene
y acabe, Amor, mi vida dolorosa.

No puede ya mi ánimo cansado
tantos cambios sufrir, que hacen que quede
a un tiempo al rojo vivo y congelado;

que si huir un descanso no concede,
pues me hallo cada vez más acabado,

no podrá nada quien morir no puede

CLIII

Ígneos suspiros, id al pecho frío
y el hielo abrid que con Piedad contiene
y, si al ruego mortal el cielo atiende,
muerte o merced acabe el dolor mío.

Id, pensamientos dulces, que os envío
a decir lo que, al no verlo, no entiende:
si el sino o su aspereza nos ofende,
no esperanza tendremos, ni extravío.

Decir podéis, quizá no propiamente,
cuán inquieto y cuán hosco es nuestro estado,
cuando ella en paz está serenamente.

Id seguros, que Amor va a vuestro lado;
que tal vez sea Fortuna más clemente,

si de mi sol el gesto he descifrado.

CLIV

Los cielos y la tierra han puesto a prueba
todo su arte y cuidado en la luz pura
que es espejo del sol y de Natura,
si aquél a lo demás ventaja lleva.

La obra es tan noble, tan graciosa y nueva,
que la vista mortal no está segura:
que en los ojos su gracia y su dulzura
se diría que Amor hace que llueva.

El aire, por sus rayos conmovido,
de dulce honestidad queda inflamado,
y es el decir, y hasta el pensar, vencido.

Deseo bajo allí no es despertado,
mas de honor y virtud: ¿y cuándo ha sido
vil querer por beldad suma apagado?

CLV

No fueron Julio y Jove tan, movidos,
éste a empuñar el rayo, aquél la espada,
que no viese Piedad su ira calmada,
de sus armas los dos desposeídos.

Lloraba mi señora, y sus gemidos
quiso Amor que escuchase, y que embargada
viese de anhelo a mi alma, y apenada,
y a mi médula y huesos removidos.

El dulce llanto Amor quiso pintarme;
aún más: quiso en el pecho aquellos suaves
dichos, como en diamante, cincelarme,

donde con fuertes e ingeniosas llaves
vuelve a menudo, y es para arrancarme

lágrimas pocas y suspiros graves.

CLVI

Angélicas costumbres vi en el suelo
y una celeste y única hermosura,
cuyo recuerdo es gozo y amargura,
pues entre sombras y humo me desvelo.

Dos bellas luces vi llorar con duelo,
que a la lumbre del sol hacen oscura,
y oí cosas que al Tíber, por ventura,
harían parar, y andar al Mongibelo.

Cordura, Amor, Dolor y Cortesía
tan bien armonizaba su lamento
que nunca el mundo oyó tal armonía;

y el cielo estaba a ella tan atento
que en las ramas ni una hoja se movía,

pues su dulzura saturaba al viento.

CLVII

El día aquel, si amargo, siempre honrado,
tanto en mi alma estampó su imagen viva
que estilo y juicio no hay que lo describa,
aunque mil veces lo haya recordado.

El porte, de gentil piedad ornado,
su dulce queja, amarga y expresiva,
hacían dudar si era mujer o diva
la que así al cielo había serenado.

Oro el cabello, el rostro nieve ardiente,
cejas de ébano y ojos como estrellas
donde no en vano Amor su arco tensaba;

y, entre perlas y rosas, el pungente
dolor formaba ardientes voces bellas:

cristal llorando, llamas suspiraba.

CLVIII

Doquiera que mis tristes ojos lleve
por sentir a mi anhelo serenado,
hallo a quien una dama allí ha pintado
para que mi deseo se renueve.

Alta piedad que al fiel pecho conmueve
dice su sufrimiento delicado:
a oído y vista finge el venerado
suspirar, y la voz viviente mueve.

Con Amor y Verdad, juzgué que aquellas
eran bellezas que jamás se vieron,
porque no tienen par, so las estrellas.

Ni tan piadosos términos se oyeron,
y tan dulces, ni lágrimas tan bellas

de ojos tan bellos bajo el sol salieron.

CLIX

¿En qué parte del cielo y en qué idea
se encontraba el ejemplo en que Natura
tomó el rostro gentil con que procura
que cuanto puede arriba aquí se vea?

¿Qué ninfa en fuente, en qué selva una dea,
al aire un oro dio de tal finura?

¿Cuándo un pecho acogió virtud tan pura,
aunque culpable de mi muerte sea?

Por ver beldad divina en vano mira
quien los ojos no vio que, suavemente,
hacia quien la contempla a veces gira:

ni cuán duro es Amor, y cuán clemente,
sabe quien nunca vio cómo suspira,

y cómo ríe y habla dulcemente.

CLX

A Amor y a mí tan admirados deja
como a quien mira una increíble cosa
la que, cuando habla o ríe jubilosa,
a ninguna sino a ella se asemeja.

Bajo su sosegada sobreceja
dan mis estrellas luz tan candorosa,
que otra no inflama y guía a la ardorosa
alma que altos amores se aconseja.

¡Qué milagro cuando ella entre la hierba
está como una flor, o está oprimiendo
una mata su seno inmaculado!

¡Y qué dulzura, en la estación acerba,
ver cómo, pensativa, le está haciendo

una guirnalda al terso oro rizado!

CLXI

¡Oh pasos vanos, oh ideas vehementes,
oh memoria tenaz, oh fiero ardor,
oh débil pecho, oh afán arrollador,
oh mis ojos, que más que ojos sois fuentes!

¡Oh fronda, honor de las famosas frentes,
oh del valor gemelo único honor!
¡Oh fatigada vida, oh dulce error,
que me empujáis tan lejos de las gentes!

¡Oh bello rostro a quien, para que pueda
excitarme y frenarme, espuela y brida
ha dado Amor, y resistir no vale!

¡Oh almas gentiles, si es que alguna queda,
y vos, sombras y polvo ya sin vida,

paraos a ver si hay mal que al mío iguale!

CLXII

¡Flores felices, biennacidas hierbas
que, pensativa, pisa mi señora;
campo que oyes su voz cautivadora
y de sus bellos pies huellas conservas;

arbustillos de frondas aún acerbas,
violetas cuyo tinte me enamora,
umbrosas selvas, que os mostráis ahora,
llenas de sol, más altas y superbas;

oh sitio ameno, oh río de agua pura
que le bañas la faz, y de su vista
tomas la viva luz que es tu hermosura;

yo envidio que de honesto amor os vista!
No habrá en vosotros una piedra dura

que a arder entre mis llamas se resista.

CLXIII

Amor, que mi alma ves y me has guiado
por un camino duro e inclemente,
pon la vista en el fondo de mi mente,
donde ves lo que a todos he ocultado.

Bien sabes, tras de ti, cuánto he penado,
mas surges ante mí constantemente,
día a día, y en monte y en pendiente,
y no ves que el sendero es empinado.

La dulce luz de lejos estoy viendo
y a ella me empujas por fragosa vía,
mas volar como tú jamás entiendo.

Contenta dejarás al ansia mía
si, aunque de desear estoy muriendo,

no le disgusta a ella mi agonía.

CLXIV

La Noche a cielo y tierra callar hace,
y al viento, y fieras y aves encadena,
que en su carro estrellado va serena,
y en su lecho la mar sin olas yace.

Veo, ardo y lloro; y la que me deshace
está ante mí por darme dulce pena:
guerra es mi estado, de ira y dolor llena,
y evocarla es la paz que me complace.

Así sólo una clara fuente viva
mana el dulzor y la amargura mía,
que herida y cura vienen de una mano;

mi sufrimiento a puerto nunca arriba,
y muero y nazco mil veces al día,
tanto de mi salud me hallo lejano.

CLXV

Cuando el cándido pie en el fresco prado
el dulce paso honestamente mueve,
virtud que yema y flor abra y renueve
parece de su planta haber brotado.

Amor, que al cortés pecho tiene atado,
sin que su fuerza en otro sitio pruebe,
de esos ojos placer tan dulce llueve
que de otro bien no quiero ser cebado.

Y con el modo de ir va armonizando
el dulce hablar y la mirada suave,
y el porte lento, decoroso y blando.

Con estas cuatro llamas prender sabe
el fuego en el que yo me voy quemando,

que al sol estoy igual que nocturna ave.

CLXVI

Si me hubiese quedado en la espelunca
en la que Apolo se volvió profeta,
tal vez tendría Florencia su poeta,
no sólo Mantua, Verona y Aurunca;

mas como mi terreno no se enjunca
con humor de tal piedra, otro planeta
seguir conviene, y que en mi campo meta,
para segar abrojos, la hoz adunca.

Seca la oliva, hacia otra parte mueve
Parnaso el agua que hacia ella iba
y la mantuvo un tiempo en flor y viva.

Mi desventura, o culpa, así me priva
de buen fruto, si a Jove no conmueve

y sobre mí su inspiración no llueve.

CLXVII

Cuando Amor su mirada a tierra inclina
y acoge en un suspiro el bello aliento
con sus manos, y luego su voz siento,
clara, apacible, angelical, divina,

un dulce raptó al corazón domina
y digo -así me cambia el pensamiento-:
«Sea su despojo este último momento,
si tan fiel muerte el cielo me destina.»

Y el dulce son que a mis sentidos ata,
porque al oír se siente afortunada,
al alma, a partir presta, luego frena.

Así vivo, y así liga y desata
el hilo de la vida que me es dada

la única que del cielo aquí es sirena.

CLXVIII

Tráeme Amor un recado lisonjero,
que secretario nuestro siempre ha sido:
me consuela y se muestra decidido
a lo que, deseoso, tanto espero.

Yo, que, a veces, por falso y embustero
y por veraz, a veces, le he tenido,
entre creerle y no estoy suspendido,
porque ni el sí ni el no me suena entero.

En éstas pasa el tiempo: en el espejo
me veo andar hacia la edad opuesta
a lo que me promete y tanto ansío.

No sólo yo me estoy poniendo viejo,
mas mi deseo igual se manifiesta
y en mi ya breves días no confío.

CLXIX

Lleno de un dulce afán que me desvía
de los demás, huir del mundo suelo,
y de mí mismo con frecuencia vuelo
buscando a la que huir me convendría;

y la veo pasar dulce e impía,
tanto que el alma tiembla y alza el vuelo,
porque armados suspiros guía el celo
de la enemiga del Amor y mía.

Cierto es que, si no yerro, he percibido
un claro rayo en su nublada frente,
que calma en parte al pecho doloroso:

retengo al alma y, ya que he decidido
descubrirle mis males claramente,

tanto he de hablar que comenzar no oso.

CLXX

Muchas veces, tan bello rostro humano
me anima, y a la fiel escolta mía,
a asaltar con honesta cortesía
a mi enemiga, y con discurso llano.

Mi pensamiento hacen sus ojos vano,
pues mi buena fortuna o suerte impía,
mi bien, mi mal, mi vida y mi agonía,
el que lo puede hacer puso en su mano.

Por lo que nunca puedo decir nada
que por otro que yo sea entendido:
así me ha vuelto Amor flojo y cobarde.

Y veo que un amor tan encendido
me ata la lengua y luego me anonada:

pues quien su ardor explica, poco arde.

CLXXI

Los brazos sin razón me están matando
a que Amor me ha entregado, y si me duelo
crece el dolor; por eso, como suelo,
es mejor que me calle y muera amando:

que ésta podría al Rin, cuando está helando,
romper escollos e incendiar el hielo;
y a sus gracias su orgullo es paralelo
y le disgusta ver a otro gozando.

Yo, con mi ingenio, no puedo hacer mella
en el diamante de su pecho duro,
que lo demás es mármol que respira:

ni con sus mil desdenes podrá
ella quitarle, ni aunque muestre el aire oscuro,
la esperanza a mi pecho que suspira.

CLXXII

Oh Envidia, de virtudes enemiga,
que tan bellos comienzos impugnaste,
¿por qué sendero silenciosa entraste
en el propicio pecho de mi amiga?

Has arrancado de raíz la espiga
de mi salud: si amante la mostraste
a mis ruegos, ¿con qué artes la cambiaste
que así me odia, y mi casto amor castiga?

Pero, aunque con su obrar agrio e impío,
de mi bien llore y de mi llanto ría,
no ha de cambiar ni un pensamiento mío;

no, aunque me mate mil veces al día,
de mi esperanza hará menguar el brío:

si ella me espanta, a Amor tengo por guía.

CLXXIII

De sus ojos mirando el sol sereno,
donde está quien los míos pinta y baña,
al corazón ya el alma no acompaña
por ir en busca de su edén terreno.

Luego, hallando de miel y acíbar lleno
cuanto teje este mundo, obra de araña
ve, y se queja de Amor y de su saña,
y de su ardiente espuela y duro freno.

Entre extremos mezclados y contrarios,
ya su deseo helado, ya encendido,
queda el alma entre mísera y feliz:

más que alegre, está el pecho acongojado

y de su ardiente empresa arrepentido,
pues tal fruto procura tal raíz.

CLXXIV

Bajo estrella cruel (si tiene el cielo
poder en nuestra suerte) yo he nacido;
cruel la cuna fue donde he dormido,
y el que mi pie pisó fue cruel suelo;

y de una cruel dama yo me duelo
cuyos crueles ojos me han herido:
por lo que, lejos de callar, te pido,
Amor, que sea tal arma mi consuelo.

Mas de mis penas tú te estás burlando:
ella no, porque no son aún más duras,
pues de dardo, y no lanza, el dolor siento.

Mas me alivia por ella estar penando
y no gozando de otra; y me lo juras

por tus saetas de oro, y yo consiento.

CLXXV

Cuando el tiempo y lugar me represento
en donde me perdí, y el nudo amado
con que Amor de tal forma me ha ligado
que amargo es dulce, y llanto esparcimiento,

soy mecha y yesca, y fuego dentro siento,
pues siempre su sollozo delicado
oigo, y gozo sintiéndome inflamado,
y de ello vivo, a nada más atento.

El solo sol que ante mi vista esplende
aún me calienta con su lumbre cara
en la tarde, como hace tanto tiempo;

y me alumbraba de lejos y me enciende

tanto, que la memoria firme y clara
me muestra el nudo aquel, y el sitio y tiempo.

CLXXVI

Por los salvajes bosques arriesgados
y, aunque con gente armada he de cruzarme,
voy tranquilo, pues no pueden turbarme
más que unos ojos por Amor armados.

Cantando voy (¡oh afectos alocados!)
a quien ni el cielo puede arrebatarme:
va en mis ojos, y suelo figurarme
ver su compañía, y son los arbolados.

Creo oirla, y del aire oigo el rumor
en las frondas, del pájaro el lamento,
y al agua huyendo entre la hierba verde.

Nunca un silencio, un solitario horror
de umbrosa selva dióme tal contento:

si no es porque mi sol lejos se pierde.

CLXXVII

Mil arroyos y cuestras en un día
mostróme Amor por la famosa Ardena,
que pies y corazón de plumas llena,
para ir al tercer cielo, a quienes guía.

Pasar sin armas donde Marte hería
sin avisar fortuna juzgo buena,
pues cual nao sin timón y sin entena,
lleno de ideas tristes, me sentía.

Llegado al fin de la jornada oscura,
de dó vengo, y con qué alas, recordando,
siento de tanto ardor nacer pavura.

Pero el bello país que estoy pisando,
y su río, me acoge y me asegura

el pecho, que a su luz' ya estoy mirando.

CLXXVIII

Amor a un tiempo me espolea y frena,
me asegura y me espanta, arde y enfría,
mima y desdeña, llama y se desvía,
ora me da esperanza y ora pena,

y me eleva o me arrastra, y me encadena
donde el vago deseo se extravía,
y su sumo placer es agonía,
¡de error tan singular mi alma está llena!

Muéstrale un pensamiento amigo el vado,
no de agua que en los ojos se deshace,
para ir a donde espera estar contenta;

pero fuerza mayor volverse la hace,
y que por otra vía, y no de grado,

su larga muerte, y mía, ella consienta.

CLXXIX

Geri, cuando por mí se enciende en ira
mi enemiga, tan dulce y altanera,
siento un consuelo que hace que no muera,
y por cuya virtud mi alma respira.

Si desdeñosa hacia otra parte mira
(¿es que privar de luz mi vida espera?),
muéstranle una humildad tan verdadera
mis ojos, que el desdén luego retira

Si así no fuera, no diversamente
a verla iría que al rostro de Medusa,
que hacía volverse mármol a la gente.

Lo mismo has de hacer tú: que veo exclusiva
otra ayuda, y huir no es pertinente
de las veloces alas que Amor usa.

CLXXX

Po, bien puedes llevarte mi envoltura
con tu fuerte corriente apresurada,
pero al alma que dentro está encerrada
la tuya ni otra fuerza no la apura;

que a su deseo va por la segura
aura, sin un bandazo ni una orzada,
volando hacia la fronda de oro amada,
y más que remo y vela se apresura.

Rey de los otros y soberbio río
que al sol encuentras cuando nace el día
y en el poniente dejas al sol mío,

sobre tu cuerno va la carne mía
y, con plumas de amor, vuela con brío

el resto a donde habita su alegría.

CLXXXI

Amor tejió una red encantadora,
de oro y de perlas hecha, bajo un ramo
del árbol siempre verde que tanto amo,
aunque a su sombra el alma triste llora.

Su semilla, que amarga y enamora,
sembró y recoge, y yo tiemblo y me inflamo;
nunca tan suave y plácido reclamo
se escuchó desde Adán hasta esta hora.

La luz que al sol había oscurecido
lucía en torno, y el cordel tenía
la mano que a la nieve ha derrotado.

Así caí en la red, pues me han cogido
el angélico hablar, la cortesía

y el desear y estar esperanzado.

CLXXXII

Amor, que al corazón da ardiente celo,
con helado temor lo tiene atado,
y dudo qué es mayor en tal estado:
la esperanza, el temor, la llama, el hielo.

Tiemblo en verano, y bajo el frío cielo
ardo, y es mi anhelar desconfiado,
como si un hombre fuese disfrazado
con traje de mujer, o bajo un velo.

De éstas, la primer pena me lastima,
pues ardo siempre, y a entender no llego
el dulce mal, ni cabe en verso o rima;

mas la otra no, que es tal mi bello fuego
que iguala a todos; de su luz por cima

quien volar piensa, en vano vuela luego.

CLXXXIII

Si el suave hablar y la gentil mirada
me matan cuando mira de esta suerte,
y si Amor sobre mí la hace tan fuerte,
sólo con que hable, o ría sosegada,

¡ay, triste!, ¿qué será cuando apartada,
o por mí culpa o por perversa suerte,
tenga la vista de Merced, y a muerte
me reto mientras hoy mi paz le agrada?

Pero si tiemblo -el corazón helado-
cuando veo cambiada su figura,
tal temor desde antiguo está probado.

Mujer es cosa móvil por natura:
y yo sé bien que un amoroso estado

en pecho femenil muy poco dura.

CLXXXIV

Natura, Amor y el alma pudorosa
do toda alta virtud vive reinando
contra mí están: su estilo practicando,
porque del todo muera, Amor me acosa.

Soportar un esfuerzo jamás osa
la que Natura está sin fuerza atando,
que ella se esquivo siempre, desdeñando
esta vida tan vil y fatigosa.

Así el alma se escapa de su seno
muy poco a poco, y de su forma honesta
que era espejo gentil de cortesía;

y si a Muerte Piedad no tiene el freno,
ay, bien veo en qué estado se halla esta

vana esperanza en que vivir solía.

CLXXXV

Esta ave Fénix de dorada pluma
con tan bello collar lleva adornado
sin artificio el cuello delicado
que hace a mi corazón que se consuma;

con su diadema natural abrumba
de luz al aire: el eslabón celado
de Amor le saca un fuego tan sobrado
que me hace arder entre la helada bruma.

Con borde azul, de rosas adornada,
roja prenda sus bellos hombros vela;
belleza impar y novedoso velo.

Se dice que la falda perfumada
de los montes arábigos la cela

-y no es verdad, que vuela en nuestro cielo.

CLXXXVI

Si Virgilio y Homero hubiesen visto
el bello sol que con mis ojos veo,
lo habrían ensalzado, según creo,
de ambos estilos cada cual provisto:

quedara Eneas triste y desprovisto
de fama, como Ulises y Aquileo,
y el que rigió al Imperio en su apogeo
más de once lustros, y el que mató a Egisto.

Aquella antigua flor de armas y honor
tuvo un destino semejante al de esta
nueva flor de belleza y compostura:

Ennio de aquélla fue rudo cantor
y de ésta yo; y ¡oh, nunca esté molesta

porque mi ingenio alabe a su hermosura!

CLXXXVII

Cuando Alejandro vio la sepultura
de Aquileo, exclamó: «¡Oh afortunado,
que a quien ha enaltecido tu bravura
con tan ilustre trompa has encontrado!»

En cambio a esta paloma blanca y pura,
cuya igual nunca el mundo ha contemplado,
poca gloria mi estilo le procura:
así una suerte y otra fija el hado.

Pues digna de que Orfeo, el sabio Homero,
y el pastor al que Mantua aún honora
a ella tan sólo fuesen celebrando,

deforme estrella y sino traicionero
lo encargó al que su bello nombre adora,

mas tal vez la rebaja de ella hablando.

CLXXXVIII

Oh Sol, la única fronda por mí amada,
que amaste tú, en el valle nemoroso
verdea sola, y desde que su hermoso
mal nuestro miró Adán no es igualada.

La miramos, mas es por ti ignorada
mi súplica: que el monte tenebroso
está, porque has huído presuroso,
quitándome la luz por mí anhelada.

La sombra que desciende del collado
humilde en que mi fuego centellea,
y en el que mi laurel fue una varita,

creciendo mientras hablo, me ha privado
del sitio en que mi vista se recrea

y donde mi alma con su dama habita.

CLXXXIX

Llena mi nao de olvido, un mar capeo
áspero, a medianoche y en invierno,
entre Escila y Caribdis; y al gobierno
a mi señor, que es mi enemigo, veo;

en cada remo, un pensamiento reo
que no muestra temor ante este infierno;
la vela rompe un viento húmedo eterno
de esperanzas, suspiros y deseo.

Lluvia de llanto, niebla de desvío,
moja las jarcias, que se están soltando,
pues con dudas y error las he trenzado.

Sus dos luces me oculta el faro mío;
arte y razón están ya naufragando:

pienso en el puerto, y voy desesperado.

CXC

Una cándida cierva vi en la hierba
que sus dos cuernos de oro me mostraba:
so un laurel, entre dos ríos estaba
cuando el sol sale, en la estación acerba.

Su vista era tan dulce y tan superba
que en seguirla tan sólo me ocupaba,
como el avaro que un tesoro cava
y el gozo del cansancio le preserva.

«Nadie me toque -su collar decía
en letras de diamantes y topacios-:
hacerme libre quiso el César mío.»

Cuando llegaba el sol al mediodía,
ya cansados mis ojos, mas no sacios,

ella esfumóse, y yo caí en el río.

CM

Igual que es ver a Dios eterna vida,
y nada más se puede estar queriendo,
así el veros, señora, me está haciendo
feliz la vida breve y desvalida.

Nunca os vi una belleza tan cumplida,
si la verdad mi vista está diciendo:
hora beata es ésta, pues venciendo
está a toda esperanza ya sentida.

Y más no pediría si en el acto
no huyese; y si verdades reputadas
son que alguien del olor sólo subsista,

y alguien de agua o de fuego, y vista y tacto
aquietan cosas de dulzor privadas,

¿por qué no he de vivir de vuestra vista?

CXCII

Contemplemos, Amor, la esplendorosa
gloria nuestra, prodigios de Natura:
ve cómo en ella llueve la dulzura
y la luz celestial muestra gloriosa,

ve con cuánto arte dora, orna y endosa
su airosa y nunca vista vestidura,
cómo el paso y los ojos con blandura
moviendo va por esta nava umbrosa.

La hierba verde de pintadas flores
que hay bajo aquella encina antigua y negra
pide que el pie la pise, o ser rozada,

y el cielo de lucientes resplandores
se enciende en torno, y muestra que se alegra

de que así lo serene su mirada.

CXCIII

De un alimento tan ilustre vivo
que no le envidio a Jove su ambrosía,
pues mirando se olvida el alma mía
de otras dulzuras, y un Leteo libo.

Cuando en el pecho lo que dice escribo,
para llorar después, y Amor me guía
a donde declarar yo no sabría,
doble dulzura en una faz delibo:

que esa voz que en el cielo es tan querida
suena con un decir tan agraciado
que no se puede creer si no es oída.

Y así, en menos de un palmo se ha juntado
lo mejor que Natura en esta vida,

e ingenio y arte y Cielos, han creado.

CXCIV

La aura gentil, que al monte ya serena
sembrando flores por el bosque umbroso,
conozco por su soplo rumoroso,
por el que voy ganando fama y pena.

Por dar descanso al alma que se apena,
huyo del toscano aire delicioso;
y hoy, contra el pensamiento tenebroso,
ver quiero al sol que de su luz me llena.

En el que pruebo tanta y tal dulzura
que hasta él Amor por fuerza me ha traído;
luego, me ciega, y en huir no tardo.

Alas me han de salvar, y no armadura;
mas morir de esta luz mi sino ha sido,

que lejos me consumo y cerca ardo.

CXCV

De día en día cambio rostro y pelo,
mas muerdo el dulce anzuelo bien cebado,
a las untadas ramas abrazado
del árbol que no teme sol ni yelo.

Seca estará la mar y oscuro el cielo
antes que no esté ansioso y asustado
de su sombra, y odiando enamorado
la alta llaga amorosa que mal celo.

Descansar de mi afán jamás espero
hasta que me deshuese y me deshaga
o piedad tenga la enemiga mía.

Que antes espero ver lo no hacedero
que ella o la muerte curen esta llaga

que Amor con su mirada me hizo un día.

CXCVI

La aura serena que entre verde fronda
viene a rozar mi rostro murmurando
me trae a la memoria cómo y cuándo
primero Amor me abrió una herida honda;

y el bello rostro, aunque alguien me lo esconda,
que celos o desdén está ocultando,
y la enjoyada trenza está evocando,
antaño suelta y más que el oro blonda:

la cual ella esparcía dulcemente
y recoger sabía de tal suerte
que, al pensarlo, temblar siento a mi mente;

luego, el tiempo le ató un nudo más fuerte
y ciñó al pecho un lazo tan potente

que no lo ha de soltar sino la muerte.

CXCVII

La aura celeste que ahora está oreando
al laurel donde Amor a Apólo hería,
que un dulce yugo puso al alma mía
del que tarde demás me estoy librando,

puede en mí lo que obró Medusa cuando
al viejo moro en piedra convertía,
pues soltarme del nudo no sabría
que al oro, y aun al sol, está humillando:

nombro al cabello rubio, y al rizado
lazo que me ata tan graciosamente
que armarme de humildad sólo procuro.

A su sombra mi pecho siento helado,
pues de blanco pavor tiñe mi frente;

mas sus ojos me vuelven mármol duro.

CXCVIII

La aura suave al sol despliega y vibra
el oro que el Amor mismo ha tejido,
y con esos cabellos me ha ceñido
un lazo del que mi alma no se libra.

No hay médula en mis huesos, sangre en fibra,
que no me hayan temblado cuando he ido
junto a la que en su peso suspendido
me tiene, y muerte y vida allí equilibra,

viendo a la luz arder en que me enciendo,
y el nudo que me tiene tan atado,
flotando al lado izquierdo o al derecho.

Yo no puedo decir lo que no entiendo:
de tanta luz, mi juicio está ofuscado,

y de tanta dulzura, estoy deshecho.

CXCIX

Bella mano que oprimes con ardor
mi corazón, y así acabas mi vida;
mano por cielo y tierra concebida
con todo su arte para hacerse honor;

de cinco perlas oriental color,
duras y ásperas, ay, sólo en mi herida,
dedos ahusados, muy poco os convida
a que os mostréis, para obsequiarme, Amor.

Oh cándido, gracioso amado guante
que cubrió marfil puro y frescas rosas,
¿quién tan dulce despojo ha poseído?

¡Así tuviese el velo en este instante!
Son inconscientes las humanas cosas,

y esto es hurto, y será restituído.

CC

No sólo la desnuda bella mano
que por mi mal el guante ya se ha puesto,
sino la otra y los brazos, han dispuesto
el lazo que ahoga al pecho humilde y llano.

Mil tiende Amor, pero ninguno en vano,
entre las formas de su cuerpo honesto,
adorno del celeste y alto gesto
que no logra entender ingenio humano:

brillantes cejas y mirar pausado,
y boca angelical llena de perlas
y rosas, y de dulce melodía,

por quien suelo temblar maravillado;
y las guedejas áureas, que al verlas

vencen al sol estuvo a mediodía.

CCI

Amor me había hecho, y mi ventura,
el don de un bello guante recamado,
y a ser casi feliz había llegado, diciéndome:
«¡De quién fuiste envoltura!»

Y nunca sin temblar esa aventura,
que me hizo rico y pobre, he recordado,
pues el dolor y la ira me han llenado
de amorosa vergüenza y de amargura:

pues constante no supe allí mostrarme
cuando la noble presa retenía
de que un ángel quería despojarme;

ni con alados pies huí aquel día,
aunque tan sólo fuera por vengarme

de la mano que causa mi agonía.

CCII

De un bello, claro, pulcro y vivo hielo
viene la llama en la que estoy ardiendo:
venas y corazón me está sorbiendo
y me deshago aunque mi angustia celo.

La Muerte alza su acero, y como cielo
airado o cual león está rugiendo,
a mi vida que huye persiguiendo,
y yo, lleno de horror, callo y me duelo.

Bien podría Piedad, a Amor unida,
ser la doble columna protectora
entre mi alma y las armas de la Muerte;

mas no me invita a creerlo la acogida
de mi dulce y tiránica señora;

y no la culpo a ella, y sí a mi suerte.

CCIII

Ardiendo estoy aunque alguien no lo crea;
así, todos lo creen menos aquella
que más quisiera yo, puesto que es ella
quien no parece creerlo aunque lo vea.

Suma beldad en quien la fe escasea,
¿de mi incendio en mis ojos no veis huella?
Yo iría, si no fuese por mi estrella,
a pedir a Piedad mi panacea.

Mi ardor, al que mostráis tanto desvío,
y mis versos, a honraros dedicados,
a mil estar podrían inflamando:

y me imagino, dulce fuego mío,
fría una lengua y dos ojos cerrados

quedar, tras nuestras vidas, destellando.

CCIV

Alma que tantas cosas has pensado,
leído, hablado, visto, escrito, oído;
ojos ansiosos y único sentido
que el santo hablar al pecho le has mostrado:

¡ojalá que al camino mal andado
hubiérais antes o después venido
por no haber un mirar tan encendido,
ni las amadas huellas, contemplado!

Mas con tan clara luz, y signos tales,
no debemos errar en el camino
que lleva a las esferas celestiales.

Valor cansado, sigue ese destino,
que, entre la niebla del desdén, señales
te hacen sus pasos y el fulgor divino.

CCV

Dulce ira, desdén dulce y dulces paces,
dulce mal, dulce afán, dulce gemido,
dulce discurso dulcemente oído,
que de aire dulce o dulces llamas haces.

Alma, calla y tus penas no rechaces,
templa el dulce amargor que te ha ofendido,
que un dulce honor amando has conseguido
a la que dije: Tú sola me places.

Tal vez habrá quien suspirando diga,
lleno de dulce envidia: Este ha sufrido,
por bellísimo amor, mucho en su tiempo.

Otros: ¿Por qué mis ojos, oh enemiga
Fortuna, no la han visto, y no ha venido

ella más tarde, o bien yo más a tiempo?

CCVI

Si lo he dicho, que me odie aquella hermosa
sin cuyo amor de vida estoy privado;
si lo he dicho, que viva yo amargado
bajo una señoría vergonzosa;
si lo he dicho, me sea desastrosa
toda estrella, y mi guía
sean Miedo y Celosía
y la enemiga mía
se me muestra más bella y desdeñosa.

Si lo he dicho, me hiera una amorosa
flecha de oro, y un dardo, a ella, emplomado,
si lo he dicho, me vea enemistado
con cielo y tierra, y sea ella impiedosa;
si lo he dicho, la que arde cautelosa
y la muerte me envía
siga como solía

y no más dulce y pía
se me quiera mostrar en acto y prosa.

Si lo he dicho, lo que es más por mí odiado
llene mi breve y enojosa vía;
si lo he dicho, de ver sea privado
sol o luna radiosa,
dama o doncella airosa,
mas tormenta espantosa
vea, cual Faraón al ser ahogado.

Si lo he dicho, por más que haya llorado,
no encuentre compasión ni cortesía;
si lo he dicho, el decir dulce que oía
cuando yo a él me rendí, sea amargado;
si lo he dicho, disgusto a quien amado
en celda tenebrosa,
desde que la jugosa
teta dejé a la fosa,
habría: y tal vez lo haga despreciado.

Si no lo he dicho, quien tan suave abría
mi pecho a una esperanza jubilosa
con mi cansada nave sea piadosa
y quiera gobernar su travesía;
y no sea otra, y haga lo que hacía
cuando me vio entregado;
de mí me he extraviado
(perder más no me es dado).
Quien tanta fe olvidase, mal haría.

Yo no lo dije, ni decir podría
por oro o fortaleza poderosa.
Siga en su arzón Verdad y, victoriosa,
haga caer en tierra a la Falsía.
Amor, tú me conoces: si ella espía,
di de mí lo acertado.
Y bienaventurado
mil veces sea llamado
quien antes muere, si sufrir debía.

Por Raquel he servido, y no por Lía;
y no sabría al lado
vivir de otra y, osado,
tras la hora dolorosa
con esta esposa al ígneo carro iría.

CCVII

Yo esperaba pasar mi tiempo ahora,
igual que transcurrió el recién pasado,
sin tener que tramar un nuevo invento:
mas mira, Amor, adónde me has llevado
-cuando no pido ayuda a mi señora-
porque aprendiendo tu arte estaba atento.
No sé si enfado siento,
que a mi edad en ladrón me has convertido
del mirar encendido
por el que vivo aunque de pena muero.
Mas debí hacer primero
lo que necesidad a hacer comienza,
que errar de joven es menor vergüenza.

Los ojos suaves que me dan la vida
con sus santas y altísimas bellezas
me consolaban tan frecuentemente
que viví como aquel que, sin riquezas,

vive de ayuda externa y escondida,
sin ser con ellos ni ella impertinente.
Pero, aunque lo lamente,
me vuelvo ahora injusto e importuno:
que el pobrecillo ayuno
hace lo que, de ser mejor su estado,
a otro habría afeado.
Si Envidia de Piedad la mano cierra,
hambre de amor excuse al que así yerra.

Que he buscado ya más de mil salidas
por, sin ellos, probar si mortal cosa
puede un día con vida mantenerme.
Pero el alma, que allí sólo es dichosa,
corre hacia esas miradas encendidas
y, siendo cera, al fuego he de volverme;
y así suele acaecerme
que miro a donde no guardan lo que amo,
y como a ave en el ramo,
que donde menos teme es atrapada,
así yo una mirada

le robo a veces a su rostro bello;
y a la vez ardo y me sustento de ello.

De mi muerte me nutro, y vivo ardiendo:
salamandra admirable y cebo extraño;
mas no es milagro, si alguien hay que quiera.
Feliz cordero en el fatal rebaño
fui, y Amor y Fortuna estánme haciendo
lo que suelen, al fin de mi carrera:
así da primavera
rosa y violetas, y el invierno nieve.
Pero si al vivir breve
de esta manera de alimento surto,
y ella dice que es hurto,
tan rica dama debe estar contenta,
pues de vivir me da sin darse cuenta.

¿Quién de lo que yo vivo es ignorante
desde que aquellos ojos he mirado
que me hicieron cambiar vida y costumbre?

Por más que en tierra y mar haya buscado,
¿quién conoce de todos el talante?
Vive de olor la muda muchedumbre,
y con fuego y con lumbre
a mis ansias famélicas yo cebo.
Amor -decirlo debo-,
no conviene a un señor el ser tan parco.
Tú tienes flechas y arco:
mueve la mano, y no anhelando muera,
que un morir bello honra la vida entera.

Llama oculta arde más, y cuando aumenta
nada puede ocultar su demasía:
lo sé, Amor, pues lo pruebo entre tus manos.
Lo viste tú cuando callado ardía;
ahora mi propio llanto me impacienta,
y a los que cerca están, y a los lejanos.
¡Oh pensamientos vanos!
¿Dónde me llevas tú, mala ventura?
¡Oh, de qué luz tan pura
mi esperanza nació! ¡Qué lazo ha hecho

para oprimir mi pecho
la que me arrastra al cabo de mis años!
La culpa es vuestra, y míos pena y daños.

Así, por amar bien, sufro tormento
y del pecado ajeno perdón pido;
del mío: que evitar su luz debiera,
y a cantos de sirena más oído
no prestar; pero aún no me arrepiento
de que mi pecho emponzoñado fuera.
Aún aguardo que quiera
su último golpe dar quien dio el primero.
Y, si bien pienso, espero
que un modo de piedad sea el matar presto,
ya que no está dispuesto
a tratarme mejor: que es muerte buena
la que al que muere libra de su pena.

Canción, mantendré el campo,
porque es un deshonor morir huyendo;

por eso me reprendo
mis lamentos, ¡tan dulce es, ay, mi suerte:
suspiros, llanto y muerte!
Siervo de Amor, que lees mis poesías,
no hay penas en el mundo cual las mías.

CCVIII

Rápido río que de alpestre vena
royendo -y de ello el nombre te ha venido-
conmigo bajas, por Natura urgido,
a donde Amor me empuja y me encadena:

ve delante, que el curso no te frena
cansancio o sueño, y antes que hayas ido
a dar al mar, verás el más florido
prado verde, y el aura más serena.

Nuestro dulce sol vivo allí estar suele
haciendo florecer tu izquierdo lado:
tal vez (¿qué espero?) mi tardar le duele.

Besa su mano, o bien su pie nevado;
dile, y el beso en las palabras vuela:

«Si pronta el alma, el cuerpo está cansado.»

CCIX

Las dulces lomas donde me he dejado
al partir, pues de allí no puedo irme,
como van ante mí, me hacen sentirme
bajo el peso que Amor me ha encomendado.

De mí mismo me siento yo asombrado,
que siempre avanzo y no sé desunirme
del yugo que he querido sacudirme,
y más me acerca estar más apartado.

Y como el ciervo herido de saeta
lleva en el flanco el hierro que lo ha roto,
y el dolor, al huir raudo, le aprieta,

así en el lado izquierdo un dardo noto
que tanto me deleita cuanto inquieta,

y, huyendo del dolor, mi fuerza agoto.

CCX

No desde el indio Idaspe al Ebro hispano,
aunque se busque en cada acantilado,
ni del Mar Rojo al litoral caspiano,
más de una fénix nunca se ha encontrado.

¿Qué cuervo diestro o que corneja, a mano
siniestra, anuncian, qué Parca hila, mi hado?
Sorda es Piedad cual áspid africano
donde verme feliz siempre he esperado.

Hablar de ella no quiero: en quien la mira
la dulzura y el fuego de amor crece,
pues tanto tiene y tanto a otros inspira;

y porque darme acíbar le apetece,
no advierte -que a otro lado el rostro gira-
que antes de tiempo ya mi sien florece.

CCXI

Deseo acucia, Amor la vía muestra,
Placer me arrastra, Usanza me transporta,
Esperanza me halaga y me conforta
y al laso corazón tiende la diestra:

él la coge, y la ciega escolta nuestra,
ay mísero, infielmente se comporta:
muerta Razón, tan sólo Afecto importa,
y un deseo tras otro se demuestra.

Virtud, Honor, Belleza, hablar gentil,
en las hermosas ramas son el unto
suave con que enviscada y preso he sido.

El mil trescientos veintisiete, en punto
a la hora prima, el día seis de abril,

entré en el laberinto, y no he salido.

CCXII

Feliz en sueños, de penar contento,
de abrazar sombras e ir tras la aura estiva,
en mar sin fondo o playa, aro agua viva,
edificio en arena, escribo en viento;

y al sol sigo mirando, aunque bien siento
que ya ha apagado mi virtud visiva;
y a una cierva errabunda y fugitiva
cazo con un buey cojo, enfermo y lento.

Noche y día buscando voy mi daño,
que para el resto estoy ciego y cansado;
sólo a Amor, a ella y a la Muerte anhelo.

Afanándome veinte, año tras año,
lágrimas y suspiros he mercado:
en tal astro piqué cebo y anzuelo.

CCXIII

Gracias que el cielo a muy pocos destina:
rara virtud, que no es de humana gente,
bajo el rubio cabello, cana mente,
y en la humildad, alta beldad divina;

seducción singular y peregrina,
y el cantar que en el ánimo se siente;
celeste andar y bello ánimo ardiente,
que al rigor rompe y al orgullo inclina;

y ojos que al corazón de piedra tornan,
que de alumbrar la noche son capaces
y a unos dan vida y a otros han matado.

Y el dulce hablar que altos conceptos ornan,
con los suspiros suaves y fugaces:

por estos magos fui yo transformado.

CCXIV

Ya estaba el alma tres días en parte
en que seguir empresas singulares,
y no las que otros creen dignas de premio,
cuando dudosa aún de su carrera,
sola, pensando, jovencita y libre,
en primavera entró en un bello bosque.

Una flor tierna había en aquel bosque
en el día antes, y arraigada en parte
a donde ir no podía un alma libre:
que vi lazos de formas singulares,
y tal gozo impulsaba a mi carrera
que perder libertad tuve por premio.

Caro, dulce, alto y fatigoso premio,
¡qué veloz me llevaste al verde bosque
que desvía a mitad de la carrera!

En el mundo busqué, de parte a parte,
versos, gemas o hierbas singulares
con que fuese otra vez mi mente libre.

Mas, ay, ya veo que la carne libre
se verá de ese nudo que es su premio
antes que medicinas singulares
cierren las llagas que me abrió aquel bosque
espinoso; y así llevo tal parte
que cojeo a mitad de mi carrera.

Entre lazos y estacas, mi carrera
muy dura es, cuando ligera y libre
planta preciso, y sana en toda parte.
Mas tú, Señor, cuya piedad ya es premio,
dame tu mano diestra en este bosque:
tu sol venza a mis nieblas singulares.

Ve mi estado y mis ansias singulares,

que, tras interrumpirme la carrera,
me han hecho morador de oscuro bosque;
vuélveme, si ser puede, suelta y libre
a mi errante consorte; y a Ti el premio,
si contigo la encuentro en mejor parte.

He aquí en parte mis dudas singulares:
si gano un premio o pierdo la carrera,
o el alma es libre, o presa está en el bosque.

CCXV

En noble sangre, vida humilde y quieta,
y en alta mente un cordial ardor;
fruto senil en una joven flor,
y ánima alegre en actitud discreta,

en esta mujer junta su planeta,
y el rey de las estrellas; y el honor,
la digna loa, el gran precio, el valor,
capaces de agobiar a un gran poeta

Con Castidad, en ella, está Amor junto;
con beldad natural, la cortesía,
y un gesto que habla aunque silencio observa;

y un no sé qué en los ojos, que en un punto
hace clara a la noche, oscuro al día,
dulce al ajeno y a la miel acerba.

CCXVI

Lloro de día; y por la noche, cuando
reposan los mortales afligidos,
lloro y veo mis males acrecidos:
así empleo mi tiempo sollozando.

Con triste humor mis ojos voy gastando,
con pena el alma; y soy de los nacidos
el último; y de Amor dardos buídos
sin cesar de la paz me están privando.

¡Triste de mí! De sol a sol me hallo,
y de una sombra a otra, consumiendo
lo más de este morir que llaman vida.

Más que mi mal, lamento ajeno fallo:
que la viva Piedad, que me está viendo
arder, no me socorre conmovida.

CCXVII

Antes quise, en rimada cantinela,
y con justa querella, hacerme oír
y hacer un fuego de piedad sentir
al corazón que bajo el sol se huela,

y que la nube que lo enfría y vela
deshiciese -aire ardiente- mi decir;
o hacer a los demás odio sentir
por quien me acaba, pues sus ojos cela.

No odio por ella, ni por mí piedad
busco: que ni lo quiero ni podría
(tal fue mi estrella, y tal mi dura suerte);

mas canto su divina y cruel beldad
para que, cuando el cuerpo deje un día,

sepa el mundo qué dulce fue mi muerte.

CCXVIII

Cuando entre las corteses damas bellas
aparece la hermosa sin segundo,
hace de las demás en un segundo
lo mismo que hace el sol con las estrellas.

Amor dice a mi oído sus querellas,
diciendo: «Mientras ella esté en el mundo,
sus virtudes lo harán bello y jocundo;
luego, mi reino morirá con ellas.

Como si, al cielo, luna y sol, Natura,
viento al aire, a la tierra hierba y fronda,
al hombre la palabra y la cordura,

les quitase, y al mar escama y onda;
la tierra así estará, sola y oscura

cuando al morir sus ojos nos esconda.»»

CCXIX

El valle, con sus nuevos cantos bellos,
llenán, al clarear, los pajarillos,
y lleno de murmullos y de brillos
va el arroyo, tan ágil como ellos.

La de albas luces y áureos destellos,
la de amores sinceros y sencillos,
peina, al son de amorosos caramillos,
a su viejo los níveos cabellos.

Así despierto a saludar la aurora,
y al sol que trae, y a aquel por el que he sido
cegado en años mozos como ahora.

Y, cuando los dos juntos han salido,
visto he que a las estrellas, a esa hora,

aquél, y este otro a él, ha oscurecidos.

CCXX

¿Dónde halló Amor el oro, y en qué vena,
de esas dos trenzas rubias? ¿y en qué espinas
cogió las rosas, y esas matutinas
escarchas, que de sangre y vida llena?

¿dónde las perlas en que forma y frena
las honestas palabras peregrinas?
¿en dónde esas bellezas tan divinas
de su frente que el cielo más serena?

¿De qué ángeles procede, de qué esfera
el celestial cantar que me está hundiendo
tanto que a poco más seré deshecho?

¿De qué cielo esa luz tan altanera
de los ojos que, paz y guerra siendo,

con hielo y fuego afligen a mi pecho?

¿Cuál destino, cuál fuerza o cuál engaño
me vuelve al campo, estando desarmado,
del que salgo vencido? (Y, si salvado,
asombro sentiré; si muerto, el daño.)

Daño no, mas provecho, porque entraño
en el pecho el fulgor que lo ha ofuscado
y lo derrite: en él vivo inflamado
y ardiendo estoy en el vigésimo año.

Son sus ojos, de lejos al mostrarse,
nuncios de Muerte y, cuando se aproxima
y su mirada a mí quiere tornarse,

con tal dulzura Amor hiere y anima,
que no puede decirse ni pensarse,

pues la verdad escapa a ingenio y rima.

CCXXII

-Damas que solas vais y acompañadas,
conversando con pena y alegría,
¿dónde está la que es vida y muerte mía?
¿por qué camináis de ella separadas?

-Recordando a aquel sol, regocijadas
vamos, y tristes sin su compañía,
que nos quitan Envidia y Celosa,
que al bien ajeno miran contrariadas.

-¿Quién freno a los amantes poner pudo?
-Nadie al alma, al cuerpo Ira y Aspereza:
como a veces nosotras, siente enojos.

Mas en la faz se lee el alma a menudo:
y así vimos nublar a su belleza

y al rocío cubrir sus bellos ojos.

CCXXIII

Cuando el carro del sol baña el mar, siento
al aura nuestra, y a mi mente, bruna,
y, bajo las estrellas y la luna,
una triste y cruel noche presiento.

Después, a la que no me escucha cuento,
¡ay, triste!, mis fatigas, una a una,
y con Amor y mi ciega fortuna,
y el mundo y mi señora, me lamento.

Se aleja el sueño y reposar me niega;
hasta el alba mi pecho se lamenta
y lágrimas el alma al rostro envía.

La aurora aclara al aura cuando llega,
mas sólo el sol que me arde y me contenta

es capaz de endulzar la pena mía.

CCXXIV

Si, en pecho fiel, amor que no es fingido,
cortés deseo en un alma vencida;
si en gentil fuego honesta ansia encendida,
que un ciego laberinto ha recorrido;

si un pensar que en la faz es advertido,
o en voz cortada apenas entendida,
por miedo o por vergüenza interrumpida;
si un violaceo palor de amor teñido;

si otro bien, y no el propio, siempre amado;
si un llanto que sin tregua urge y abruma,
paciendo ira, dolor y desengaño;

si arder lejos, y cerca estar helado
son razón de que amando me consuma,

sea vuestro el pecado, y mío el daño.

CCXXV

Doce damas honestamente holgando,
doce estrellas y un sol mejor diría,
vi en una barca en leda compañía;
y que otra igual se viera estoy dudando.

No en nave tal debió ir Jasón buscando
la lana que con gusto vestiría
cualquiera, ni el pastor que arruinaría
a Troya -y de los dos se sigue hablando.

Las vi después en un carro triunfal,
y a mi Laurea, con gestos desdeñosos
sentarse aparte, y cantar dulcemente.

No cosa humana, ni visión mortal.
¡Automedonte y Tifis venturosos,

que condujisteis tan donosa gente!

CCXXVI

Gorrión tan solitario no se halla,
cual yo, en tejado, o fiera en espesura,
pues no ve mi mirada -y no procura
distinto sol- la faz que la avasalla.

Mi gozo es este llanto que no calla,
dolor la risa, el pan mío amargura,
la noche afán, la clara esfera oscura,
y el lecho duro campo de batalla.

El sueño es en verdad, como se dice,
pariente de la muerte, pues de vida
priva al pecho al calmar su desvarío.

Solo país benéfico y felice,
campo umbroso y ribera florecida,
vos poseéis, y yo lloro, el bien mío.

CCXXVII

Aura que el pelo rubio y ondulado
mueves y asedias, y él te mueve a coro
suavemente, y esparces el dulce oro
que en crespos nudos dejas luego atado,

con los ojos te estás que me han picado
con avispas de amor, y yo aquí lloro
y vacilando busco mi tesoro
como animal huído y asustado:

pues creo hallarlo o veo claramente
que estoy lejos, y caigo en tierra o sigo,
y entre anhelo y verdad mi alma se siente.

Aire feliz, esté siempre contigo
el vivo rayo; y tú, clara corriente,

¿por qué seguir tu curso no consigo?

CCXXVIII

Amor, con la derecha, me abrió el lado
izquierdo, y un laurel de tal verdor
plantó en mi corazón, que su color
toda esmeralda habría derrotado.

Reja de pluma, el suspirar cuitado,
y el llover de los ojos dulce humor,
lo adornaron, y al cielo va su olor,
lo que otras frondas no sé si han logrado.

Fama, Honor, y Virtud y Cortesía,
estilo celestial, casta hermosura,
son las raíces de la noble planta.

Tal la llevo en mi pecho noche y día,
carga feliz; y, con plegaria pura,

rezo y la adoro como a cosa santa.

CCXXIX

Canté, ahora lloro, y no menor dulzura
me da el llanto que el canto ya me ha dado,
que a la causa, al efecto no, han volado
mis sentimientos, que aman tanta altura.

Por eso, la dureza y la blandura,
el acto fiero, humilde o mesurado,
soporto igual, del peso no agobiado;
ni a su desdén despunta mi armadura.

Usen en mí su habitual manera
Amor, mi dama, el mundo y mi fortuna,
que nunca pienso ser sino feliz.

Un más gentil estado, viva o muera,
no hay que el mío debajo de la luna:

tan dulce es de su acíbar la raíz.

CCXXX

Lloré, ahora canto, pues su santa lumbre
el sol vivo a mis ojos ya no ceta,
en la que honesto amor claro revela
su dulce fuerza y celestial costumbre;

suele hacer aquel sol que un río alumbre
de lágrimas, y acorta así la tela
de mi vida, pues no hay puente ni vela
que me salve, ni pluma que me encumbre.

Era tan hondo, y de tan ancha vena,
mi llanto, y tan lejana era la riba
que a ella llegaba con la mente appena.

No lauro o palma, mas serena oliva
Piedad me manda, y ya al tiempo serena

y el llanto enjuga, y quiere que yo viva.

CCXXXI

Con mi suerte vivía yo contento,
sin triste llanto y sin envidia alguna,
que si otro amante tiene más fortuna,
mil placeres no valen un tormento.

Los ojos por quien nunca me arrepiento
de mis penas, y no renuncio a una,
tal niebla cubre, tan pesada y bruna,
que casi apaga al sol que es mi sustento.

Piadosa y fiera tú, madre Natura,
¿quién de antojos contrarios te ha dotado,
y de fuerza que arruina a la hermosura?

Oh sumo Padre, ¿cómo has tolerado,
si eres de todo fuente viva y pura,

que alguien nos prive de tu don amado?

CCXXXII

Si Alejandro venció y se vio vencido
de ira, fue en parte menos que Filipo:
que Apeles y Pirgótile y Lisipo
le retrataran poco le ha valido.

De ira tan grande fue Tideo herido
que, muriendo, roía a Menalipo;
la ira que cegó a Sila un anticipo
fue de que al fin sería destruído.

Sabe Valentiniano que a tal pena
lleva la ira -y quien de ira muere:
Ajax con otros y consigo fuerte-.

Ira es breve furor: si no se frena
es furor largo, y a quien mucho hiere

a menudo avergüenza o le da muerte.

CCXXXIII

¡Qué venturoso he sido cuando uno
del par de ojos más fúlgido y más puro
al verlo de dolor turbio y oscuro,
a uno mío ha tornado enfermo y bruno!

Pues cuando de mirar rompí el ayuno
a la única que ver siempre procuro,
Amor me fue, y el Cielo, menos duro,
si es que a esta gracia las demás reúno:

que desde el ojo, o desde el sol derecho,
a mi diestro pasó la dama mía
el mal que amo y que daño no me ha hecho;

y, aunque ni juicio ni alas poseía,
pasó como una estrella y fue derecho,

pues Natura y Piedad fueron su guía.

CCXXXIV

Oh cuartito que otrora fuiste puerto
para mis graves tempestades diurnas,
fuente eres hoy de lágrimas nocturnas,
llanto que por pudor llevo encubierto.

Oh camita que afán y desconcierto
sosegaste, ¡de qué dolientes urnas
te baña Amor, y qué penas diuturnas
la eburnea mano me provoca a tuerto!

No sólo del retiro y del reposo
huyo, sino de mí y mi pensamiento,
que a veces me remonta si lo sigo',

y entre el vulgo, que me es hostil y odioso,
(¿quién lo pensara?) refugiarme intento:

tal miedo siento cuando estoy conmigo.

CCXXXV

Me lleva, ay triste, Amor donde no quiero
y sé que llego a donde no debiera,
por lo cual, a quien dentro de mí impera
mis importunidades reitero.

Nunca de escollos alejó el barquero
a una nave en la que un tesoro fuera
cuanto a mi barca yo, flaca y ligera,
de los embates de su orgullo fiero.

Mas por llorosa lluvia y fuertes vientos
de infinitos suspiros es movida,
pues reinan en mi mar noche e invierno:

y a ella tedio, y a sí angustia y tormentos
lleva sólo, a las olas sometida,

desarmada de velas y gobierno.

CCXXXVI

Yo yerro, Amor, y el yerro mío siento
y obro como quien tiene ardiendo el seno,
pues crece mi dolor, y me enajeno,
y a mi razón venciendo está el tormento.

Solía frenar mi ardiente sentimiento
por no turbar un rostro tan sereno:
ya no puedo, que me has quitado el freno
y arde mi alma en su propio desaliento.

Mas si, contra mi estilo se violenta,
tu espuela es quien la enciende y quien la guía
al mal camino en que salvarse intenta,

y más aún la virtud y cortesía
de mi señora: haz tú que se dé cuenta

y se perdone por la culpa mía.

CCXXXVII

No hay del mar tantos seres en las ondas,
ni más allá del cerco de la luna
tantas estrellas vio ninguna noche,
ni tantas aves viven en los bosques
ni tantas hierbas crecen en el campo,
cuantos son mis cuidados cada tarde.

Siempre esperando estoy la última tarde
que a mi cuerpo separe de las ondas
y me deje dormir en cualquier campo:
que nadie tanto afán bajo la luna
ha sufrido -y lo saben bien los bosques
que voy buscando solo día y noche.

Yo no tuve jamás tranquila noche,
mas suspirando fui mañana y tarde,
desde que Amor me avecindó en los bosques.

Y, antes que pare, no tendrá el mar ondas,
al sol su luz le prestará la luna
y en abril no habrá flores en el campo.

Consumiéndome voy de campo en campo:
pienso de día y lloro por la noche
y más quietud no tengo que la luna.
Luego, cuando oscurece y es ya tarde,
suspiro y de mis ojos salen ondas
que bastaran. a ahogar hierbas y bosques.

Hostil es la ciudad, fieles los bosques,
al pensamiento que por este campo
voy desahogando, entre murmullos de ondas,
por el dulce silencio de la noche:
tanto, que siempre espero que, a la tarde,
se vaya el sol y dé paso a la luna.

¡Ah, si, como el amante de la luna,

dormir pudiera yo en las verdes bosques,
y ésta, que antes de tiempo trae la tarde,
con aquélla y Amor viniese al campo
y sola se quedase aquí una noche,
y se quedase el sol entre las ondas!

Verás, sobre las ondas, con la luna,
canción hecha de noche en estos bosques,
un campo en flor mañana por la tarde.

CCXXXVIII

Reales dotes, angélico intelecto,
alma clara, mirar pronto y certero,
providencia veloz, y juicio austero
y digno de aquel pecho sin defecto:

de damas entre un número selecto,
en un día solemne y placentero,
de entre tan bellos rostros, el sincero
juicio escogió en seguida el más perfecto.

A las de más edad o más riqueza
con la mano ordenó quedarse a un lado
y hacia sí atrajo a la sin par belleza.

Frente y ojos, gentil y mesurado,
besó, y todas loaron su fineza:

y yo envidié aquel acto inusitado.

CCXXXIX

Hacia la aurora, cuando suele la aura
primaveral acariciar las flores
mientras los pajarillos cantan versos,
siento ir los pensamientos de mi alma
hacia quien los posee por la fuerza,
y otra vez tengo que entonar mis notas.

¡Ojalá suspirar pudiese en notas
tan suaves que endulzaran tanto a Laura
que le hiciesen justicia aunque me fuerza!
Pero antes echará el invierno flores
que amor florezca en esa gentil alma
que nunca ponderó rimas ni versos.

¡Cuántas lágrimas, ay, y cuántos versos
en mi vida esparcí! ¡Con cuántas notas
mil veces intenté doblegar su alma!

Mas ella cual montaña es ante la aura
dulce, que mueve frondas y a las flores,
mas nada puede ante tamaña fuerza.

A hombres y dioses ya venció a la fuerza
Amor, como se lee en prosas y versos:
y lo he probado yo al brotar las flores.
Ahora, ni el señor mío ni sus notas,
ni los ruegos ni el llanto, hacen que Laura
prive de vida o sufrimiento a mi alma.

Para la última lid, oh mísera alma,
acampa todo ingenio y toda fuerza
mientras sintamos de la vida la aura,
que no hay nada que no puedan los versos:
áspides encantar saben sus notas,
y al hielo embellecer con raras flores.

Ríen ahora en el campo hierba y flores:

no es posible que aquella angélica alma
no escuche el son de las amantes notas.
Si nuestro sino cruel tiene más fuerza,
llorando y entonando nuestros versos,
con el buey cojo cazaremos la aura.

En redes cayó la aura, en hielo flores,
con versos tiento a sorda y rígida alma,
que no fuerza de Amor estima, o notas.

CCXL

Yo le he rogado a Amor, y aún le ruego,
que me excuse ante vos, mi dulce pena,
y mi amargo placer, si con fe plena
fuera del buen camino me repliego.

Yo no puedo negar, y no lo niego,
que a la razón, que al alma noble frena,
derrote Amor: atado a su cadena,
a donde no deseo a veces llevo.

Vos, con tan clara mente virtuosa,
que tan alta virtud del cielo asume
cuanta jamás llovió benigna estrella,

debéis decir, no altiva, mas piadosa:
«¿Qué puede éste? Mi rostro le consume:

¿por qué es tan vehemente, y yo tan bella?»

CCXLI

El gran señor ante el que no aprovecha
esconderse ni huir, ni encastillarse,
de placer a mi mente hizo incendiarse
con una ardiente y amorosa flecha;

y aunque es mortal, y vino a mí derecha,
queriendo la victoria asegurarse,
con una de piedad decidió armarse,
con que me punza y el asedio estrecha.

Una llaga arde, y vierte fuego y llama,
la otra llora, en mis ojos, porque siente
el dolor del estado en el que os veo:

ni en una chispa, por la doble fuente,
se atenúa el incendio que me inflama,
pues la piedad aumenta mi deseo.

CCXLII

-Mira aquel monte, corazón aciago,
do dejamos ayer a la que un día
nos mostró compasión, más hoy
querría arrancarnos de lágrimas un lago.

Vuelve allí, que de estar solo me pago,
e' intenta comprobar si todavía
para el duelo creciente hay mejoría,
oh de mi mal partícipe y presago.

-Que a ti mismo te olvidas oigo y veo
y crees al corazón en tu costado,
lleno de pensamientos miserables.

Al alejarte del mayor deseo,
tú te fuiste, pero él allí ha quedado,

escondido en sus ojos adorables.

CCXLIII

Alcor verde, florido y sombreado
donde ora va pensando, ora cantando,
y fe de que hay querubes está dando,
la que a todas sus famas ha humillado:

mi corazón por ella me ha dejado
(y hace bien, y mejor no retornando)
y en la hierba sus huellas va buscando,
por donde mis dos ojos la han mojado.

A ella se acerca en busca de consuelo
y «Ah, si te acompañara sólo un rato»,
dice, «aquel cuya vida cansa el duelo».

Ella se ríe, y no nos da igual trato:
sin corazón, soy piedra; y tú eres cielo,

oh lugar sacro, dulce alcor beato.

CCXLIV

Sufro lo malo, y lo peor me aterra,
hacia lo cual tan fácil es la vía
que he entrado en parecida frenesía
y contigo mi mente sufre y yerra;

a Dios no sé si pido paz o guerra,
que el daño es grave y la vergüenza impía.
Mas ¿para qué penar? Lo que se avía
en el cielo, sufrámoslo en la tierra.

Y aunque yo no soy digno de que tanto
me honres, que Amor te engaña, y es frecuente
que a un ojo sano prive del buen tino,

que levantes el alma al reino santo
es mi consejo, y que urjas a tu mente:

que el tiempo es corto, y es largo el camino.

CCXLV

Dos frescas rosas, que al nacer el día
uno de mayo, un viejo y sabio amante
cogió en el paraíso, don galante,
entre otros dos menores dividía

con tan dulce sonrisa y cortesía
que a un bruto enamorara en ese instante,
y un amoroso rayo deslumbrante
al rostro de los dos cambiar hacía.

«¡No ve el sol dos amantes –exclamaba-
como éstos!», y reía suspirando;
y dio a ambos un abrazo afectuoso.

Así rosas y frases dispensaba,
y alegre el corazón está, y temblando:

¡oh feliz elocuencia, oh día dichoso!

CCXLVI

La aura que el verde lauro y la áurea y
fina melena mueve suave y flébilmente,
hace, con su gracioso continente,
que el alma sea del cuerpo peregrina.

Cándida rosa, no sin dura espina,
¿quién hallará quien igualarla intente?
¡Gloria de nuestra edad! Jove viviente,
¡mi fin antes que el suyo determina!

Así el público daño no vería
ni al ciego mundo de su sol privado,
ni a mis ojos, pues él sólo es luz mía,

ni al corazón, que ignora otro cuidado,
ni a mi oído, que no otra melodía

escucha, sin su honesto verbo amado.

CCXLVII

Alguien creerá que cuando alabo a aquella
que adoro en tierra soy exagerado,
pues en belleza, gracia y juicio honrado
digo que sobre toda otra descuella.

Yo creo lo contrario, y temo que ella
mi estilo encuentre bajo y apocado,
que es digna de un decir más elevado:
venga a verla quien no la cree tan bella.

Sé que dirá: «El bien al que éste aspira
capaz es de agotar a Mantua, Arpino,
Esmirna, Atenas, y una y otra lira.»

Lengua mortal a su estado divino
llegar no puede: Amor la impulsa, y tira;

y no por elección, más por destino.

CCXLVIII

Quien quiera ver cuánto pueden Natura
y el Cielo aquí, venga a ver a mi amada,
que ella es un sol, no sólo a mi mirada,
sino al mundo, que virtud no procura;

y venga pronto, que la muerte apura
al bueno, y con el malo es descuidada:
la que es entre los dioses esperada,
cosa bella y mortal, pasa y no dura.

Verá, si llega a tiempo, cortesía,
toda belleza y toda real costumbre
unidas por armónica argamasa:

que es muda, pensará, mi poesía
porque a mi ingenio ofusca tanta lumbre;

mas siempre ha de llorar si se retrasa.

CCXLIX

¡Qué temor cuando el día vuelve a mi mente
en que con ella, seria y cavilosa,
dejé mi corazón! -y en otra cosa
pensar no gusto tan frecuentemente.

Vuelvo a verla quedarse humildemente
entre las bellas damas, como rosa
con florecillas, no leda o llorosa,
como quien teme, y otro mal no siente.

Había abandonado su alegría,
vistosas prendas, perlas y ornamentos,
y risa y canto, y dulce hablar humano.

Dudando yo dejé a la vida mía:
tristes presagios, negros pensamientos

me acometen, y quiera Dios que en vano.

CCL

Solía, lejana, en sueños consolarme
con su visión angélica, mi amada;
y hoy está mi alma triste y espantada
y de pena y temor no sé guardarme:

pues creo, al ver su rostro, percatarme
de una piedad con el dolor mezclada,
y oír que me aconseja desolada
que de esperanza y gozo me desarme.

«¿No recuerdas», me dice, «la postrera
tarde en que en tus dos ojos llanto había,
y no pude a tu lado detenerme?»

Decírtelo no pude, ni quería;
y hoy lo digo cual cosa verdadera:

en este mundo ya no podrás verme.»»

CCLI

¡Oh visión miserable y espantosa!
¿Debo pensar que es cierto que no alienta
la que era luz por la que vi contenta
a mi vida, ya triste o jubilosa?

¿Puede ser que el rumor de tan gran cosa
por otros nuncios, y ella, yo no sienta?
Naturaleza, y Dios, no lo consienta,
y mi triste opinión sea mentirosa.

A mí me alivia el esperar ahora
la visión dulce de la faz amada
que me mantiene, y nuestro siglo honora.

Si por subir a la eternal morada
ha dejado el albergue en el que mora,
yo ruego que se acorte mi jornada.

CCLII

Dudoso de mi estado, lloro y canto,
temo y espero, y suspirando rimas
me tranquilizo: Amor todas sus limas
usa en mi corazón, que sufre tanto.

¿Ocurrirá que el bello rostro santo
a estos ojos le dé sus luces primas
(ver mi estado me impiden, ay, mis grimas)
o los condene a sempiterno llanto;

y que, por irse a la celeste esfera,
no piense en el que triste está en la tierra,
de quien es sol, y ver más luz no espera?

Con tal pavor y en tan perpetua guerra vivo,
que ya no soy el que antes era,

como el que en vía incierta teme y yerra.

CCLIII

Dulce mirar, prudente voz, ¿a verte
y oírte llegaré quizás un día?
Cabellos rubios con que amor hacía
el lazo que me oprime y me da muerte;

bella faz que me dio mi dura suerte
para que siempre llore y nunca ría:
¡oculto engaño, y del amor falsía,
darme un placer que sólo es dolor fuerte!

Y si de los hermosos ojos suaves
que albergan cuanto pienso, y a mi vida,
me llega acaso una dulzura honesta,

luego, por ver a mi merced perdida
y alejarme, caballos forja y naves

Fortuna, que a mi mal siempre es tan presta.

CCLIV

Por más que escucho, no hay nuevas de aquella dulce amada, que me es tan enemiga; y no sé qué me piense o qué me diga, y esperanza y temor siento por ella.

Alguna ya sufrió por ser tan bella, y ésta es más bella y del pudor amiga: tal vez tanta virtud de Dios consiga dejar el mundo y ser del cielo estrella;

más bien un sol; y, si es así, mi vida, mi poca paz, mi afán y desengaños llegarán a su fin. Oh cruel partida,

¿por qué me alejas tanto de mis daños?
Ya está mi breve historia concluída

a mitad de la cuenta de mis años.

CCLV

La noche desear, odiar la aurora
suelen, si son felices, los amantes;
la noche dobla en mí las agobiantes
penas, y es la mañana mejor hora:

que el otro sol y el sol que mi alma adora
abrir suelen entonces dos Levantes
de belleza y de luz tan semejantes
que el cielo de la tierra aún se enamora,

cual le ocurrió con la recién brotada
fronda del árbol que en mi pecho arraiga
y que más que mi vida es por mí amada.

Y es justo que quien trae quietud me atraiga
-que así me tratan noche y alborada-

y tema y odie a quien afán me traiga.

CCLVI

De aquella bien quisiera yo vengarme
que mirando y hablando me destruye
y, al alejarse, mi pasión rehuye,
tras sus crueles ojos ocultarme.

Así la fuerza empieza ya a faltarme,
que por ella en mi pecho disminuye,
pues sobre él ruga cual león: y huye
el sueño que debía consolarme.

El alma, que del cuerpo desenlaza
la Muerte, va a buscar a esa altanera,
a pesar de que siempre la rechaza.

Y me sorprenderá sobremanera
que, mientras habla, suspira y la abraza,

no interrumpa su sueño, si se entera.

CCLVII

Estaba yo mirando fijamente
el rostro del que estoy enamorado
cuando Amor, cual diciendo «¿qué has pensa-
do?»,
tendió la mano que es mi amor siguiente.

Como pez en la red quedó mi mente
donde por bien obrar había llegado,
y a lo real no volvió el juicio ocupado,
o como en liga pájaro inocente.

La vista, que perdió el primer aspecto,
como soñando hacia él se dirigía,
porque sin él su bien era imperfecto:

el alma, entre una y otra gloria mía,

yo no sé qué celeste y raro afecto
y qué extraña dulzura en sí sentía.

CCLVIII

De sus ojos tan viva luz venía
hacia mí dulcemente fulgurando,
y de un corazón cuerdo, suspirando,
de alta elocuencia tal caudal fluía,

que pienso que el recuerdo de aquel día
me llega a consumir, rememorando
cómo el brío me estaba allí faltando
porque variaba su costumbre impía.

Mi alma, de afán y pena alimentada
(¡tal poder tiene una prescrita usanza!),
contra el doble placer, llegó a enfermarse,

que al sabor de merced tan desusada,
temblando de pavor o de esperanza,

estuvo entre marcharse o no marcharse.

CCLIX

Siempre he buscado solitaria vida
(bien lo saben los bosques y los prados)
por huir de los sordos descarriados
que han perdido del cielo la subida;

y si mi voluntad fuese cumplida,
si no en mis patrios aires añorados,
me vería del Sorga en los collados:
que éste al llanto y al canto me convida.

Mas mi fortuna, a mí siempre enemiga,
me hace volver al sitio en que me indigno
viendo entre el fango a mi tesoro bello.

De mi mano que escribe ha sido amiga
esta vez, y quizá no sea indigno:

Amor, mi amada y yo sabemos de ello.

CCLX

Dos ojos en tal astro he contemplado
tan llenos de pudor y de dulzura,
en los cuales a Amor vi refugiado,
que a otra luz la desprecio por oscura.

De poseer tan única hermosura
ninguna edad ni tierra se ha alabado:
no la que con su gracia y su figura
afán a Grecia, y muerte a Troya, ha dado;

no la bella romana que con hierro
abrió su desdeñoso pecho honesto;
no Polixena, Isífile o Argía.

Esta excelencia es gloria, si no yerro,
de Natura; mas llega tarde, y presto

se ha de marchar, la suma dicha mía.

CCLXI

Toda mujer que aspire a honrosa fama
de cordura, valor y cortesía,
los ojos mire a la enemiga mía,
a la que el mundo mi señora llama.

Cómo se adquiere honor, cómo a Dios se ama,
cómo se unen recato y ufanía
allí se aprende, y la derecha vía
del cielo, que la espera y la reclama.

Allí el habla que excede a todo estilo,
el buen callar y las caras costumbres
que no explican ingenio ni escritura;

la belleza en que siempre me encandilo,
no se aprenden: que aquellas dulces lumbres
no adquiere el arte, sino la ventura.

CCLXII

-Primero amar la vida, y después de ella la honestidad de una mujer hermosa.

-Madre mía, al revés vuelve la glosa, que sin honestidad no hay cosa bella;

pues quien deja que su honra sufra mella no es mujer viva; y si la ves hermosa igual que antes, su vida vergonzosa es más que muerte, y ya no es nunca aquélla.

De Lucrecia jamás me ha sorprendido sino que precisase el férreo tajo para morir, y no bastase el duelo-.

Vengan cuantos filósofos han sido: sus opiniones quedarán por bajo de ésta, que sobre todas alza el vuelo.

CCLXIII

Árbol triunfal, oh planta victoriosa
de poetas honor, y emperadores,
que has llenado de gozos y dolores
a mi vida mortal y trabajosa;

verdadera mujer, que no otra cosa
desea ni cosecha sino honores,
ni de amor teme lazos tentadores,
ni engaños su conciencia virtuosa.

Gentileza de sangre, y la preciada
riqueza de rubíes, perlas y oro,
desprecias por igual, cual carga vana.

Tu belleza en el mundo no igualada
te hastía, salvo al ver que a tu tesoro
de castidad adorna y engalana.